

**FUNDAMENTOS TEOLÓGICO-PASTORALES DE LOS PROCESOS DE  
CONVERSIÓN DE LOS PRESBITEROS PARA LA NUEVA EVANGELIZACIÓN**

**ROGELIO OLVERA VARGAS**

**UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA (UPB)  
CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO (CELAM)  
INSTITUTO TEOLOGICO-PASTORAL PARA AMERICA LATINA (ITEPAL)  
BOGOTÁ, D.C.**

**2013**

**FUNDAMENTOS TEOLÓGICO-PASTORALES DE LOS PROCESOS DE  
CONVERSIÓN DE LOS PRESBITEROS PARA LA NUEVA EVANGELIZACIÓN**

**ROGELIO OLVERA VARGAS**

**Trabajo de grado para optar por el título de  
Licenciado Canónico en Teología Pastoral**

**Director**

**Pbro. Andrés Torres Ramírez**

**Licenciado en Teología**

**UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA (UPB)  
CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO (CELAM)  
INSTITUTO TEOLOGICO-PASTORAL PARA AMERICA LATINA (ITEPAL)  
BOGOTÁ, D.C.**

**2013**

**Nota de Aceptación**

---

---

---

---

---

---

**Presidente del Jurado**

---

**Jurado**

---

**Jurado**

**Bogotá, Colombia, noviembre de 2013.**

## **AGRADECIMIENTOS**

A Mons. Mario de Gasperin Gasperin, obispo emérito de la Diócesis de Querétaro, México, por su apoyo y confianza al enviarme a estudiar. A Mons. Faustino Armendáriz Jiménez, actual obispo, por contagiarme su alegría, dinamismo y entrega en la acción evangelizadora de la Iglesia.

Al Pbro. Andrés Torres Ramírez, por su tiempo, paciencia y generosidad al compartir su riqueza espiritual, intelectual y pastoral, y asesor en este trabajo de investigación.

A los docentes, administrativos y de servicio del ITEPAL, que ofrecen la calidez humana a todo agente de pastoral que viene a realizar una actualización o especialización académica-pastoral

A mi familia, amigos y hermanos sacerdotes que desde la distancia me acompañaron y ofrecieron su cariño. A los sacerdotes, familias y religiosas que me ofrecieron su amistad en Colombia.

## SIGLAS Y ABREVIATURAS

<b>AECA</b>	Asociación Española de catequetas
<b>AG</b>	Decreto sobre actividad misionera de la Iglesia, <i>Ad gentes divinitus</i>
<b>BIA</b>	Evangelios de la Biblia de la Iglesia en América
<b>CELAM</b>	Consejo Episcopal Latinoamericano
<b>CV</b>	Carta encíclica sobre la caridad en la verdad, <i>Caritas in veritate</i>
<b>DA</b>	V Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, <i>Aparecida</i>
<b>DC</b>	Carta encíclica sobre el sacramento del amor, <i>Deus caritas est</i>
<b>DGC</b>	Directorio General para la Catequesis
<b>DP</b>	III Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, <i>Puebla</i>
<b>DS</b>	Documento de síntesis de los aportes recibidos para la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano
<b>DV</b>	Constitución dogmática sobre la divina revelación, <i>Dei Verbum</i>
<b>EA</b>	Exhortación apostólica postsinodal sobre el encuentro con Jesucristo vivo, camino de conversión, la comunión y la solidaridad, <i>Ecclesia in América</i>
<b>EN</b>	Exhortación apostólica sobre el anuncio del evangelio hoy, <i>Evangelii nuntiandi</i>
<b>ES</b>	Carta Encíclica <i>Ecclesiam suam</i>
<b>GS</b>	Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual, <i>Gaudium et spes</i>
<b>IBI</b>	Interpretación de la Biblia en la Iglesia
<b>LG</b>	Constitución dogmática sobre la Iglesia, <i>Lumen gentium</i>
<b>NMI</b>	Carta apostólica al concluir el Gran Jubileo del año 2000, <i>Novo Millennio Ineunte</i>
<b>OT</b>	Decreto sobre la formación sacerdotal, <i>Optatam totius</i>
<b>PDV</b>	Exhortación apostólica postsinodal sobre la formación de los sacerdotes en la situación actual, <i>Pastores dabo vobis</i>
<b>PO</b>	Decreto sobre el ministerio y la vida de los presbíteros, <i>Presbyterorum Ordinis</i>
<b>RICA</b>	Ritual de Iniciación Cristiana.
<b>SC</b>	Constitución sobre la Liturgia, <i>Sacrosanctum Concilium</i>
<b>SD</b>	IV Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, <i>Santo Domingo</i>
<b>SS</b>	Carta encíclica en la esperanza fuimos salvados, <i>Spe salvi</i>
<b>VD</b>	Exhortación apostólica sobre la Palabra de Dios en la vida y misión de la Iglesia, <i>Verbum domini</i>

## TABLA DE CONTENIDO

<b>INTRODUCCIÓN</b>	10
<b>CAPÍTULO I: IDENTIDAD Y MISIÓN DE JESÚS DE NAZARET COMO FUNDAMENTO DE LA CONVERSIÓN CRISTIANA</b>	12
<b>1.1 La conversión en la revelación cristiana</b>	13
1.1.1 Las dimensiones de la conversión a partir del vocabulario bíblico	13
1.1.2 Matices e implicaciones de la conversión	16
a. Antiguo Testamento: alianza y conversión	16
b. Nuevo Testamento: dimensión cristológica de la conversión	17
1.1.3 La conversión, categoría fundamental en la revelación cristiana	19
<b>1.2 Misión e identidad de Jesús de Nazaret</b>	21
1.2.1 Concepción judeocristiana de la persona en el siglo I	21
1.2.2 El reino de Dios, fundamento de la identidad y misión de Jesús de Nazaret	22
a. Acciones: milagros y curaciones	25
b. Palabras: parábolas	28
1.2.3 Identidad y misión de Jesús de Nazaret, fundamento de la conversión cristiana	31
<b>1.3. La conversión cristiana y su especificidad</b>	31
1.3.1 El carácter totalizante e integral de la conversión	31
1.3.2 El carácter permanente y procesual de la conversión	33
a. El carácter permanente de la conversión en general	33
b. El proceso de la conversión segunda, reorientación total de la personalidad	35
1.3.3 El carácter eclesial de la conversión: se realiza en la Iglesia	
como tarea y misión	37
a. La Iglesia, comunidad convertida: tarea	38
b. La Iglesia, comprometida en el anuncio de la conversión: misión	39

<b>CAPÍTULO II: CONVERSIÓN PERSONAL Y PASTORAL DE LOS PRESBITEROS DESDE SU IDENTIDAD</b>	41
<b>2.1 Los presbíteros como discípulos misioneros de Jesús Buen Pastor</b>	42
2.1.1 El discipulado en el Nuevo Testamento	42
2.1.2 La identidad del discípulo: vocación, vida comunitaria y misión	44
2.1.3 El presbítero, discípulo misionero de Jesús Buen Pastor según Aparecida	46
<b>2.2 Elementos fundamentales de la conversión personal y pastoral de los presbíteros</b>	50
2.2.1 La “metanonia” como actitud permanente	50
2.2.2 La formación inicial y permanente como acompañamiento en su proceso de conversión	53
a. Formación inicial	53
b. Formación permanente	54
2.2.3 La santidad como proyecto de vida y urgencia pastoral	57
a. Llamados al seguimiento de Jesucristo	58
b. Configuración con el Maestro	59
c. Enviados a anunciar el Evangelio del Reino de la Vida	60
d. Animados por el Espíritu Santo	60
<b>2.3 El ministerio presbiteral, camino de conversión personal y pastoral permanente</b>	61
2.3.1 La gracia del sacramento del orden y la actitud de apertura permanente	61
2.3.2 La liturgia de la ordenación como orientación e impulso para la vida y ministerio del presbítero	63
a. Disponibilidad de asumir el ministerio presbiteral por toda la vida	63
b. La imposición de manos y la acción transformadora permanente del Espíritu	63
c. Tener el privilegio de anunciar el Evangelio	64
d. Celebrar los misterios del amor de Dios: la eucaristía y la reconciliación	64
e. Actitud permanente de orar por el Pueblo de Dios	65
f. La comunión con el pastor diocesano y el presbiterio	66

2.3.3 El ministerio presbiteral como lugar concreto de conversión personal y pastoral	67
a. Realizar toda actividad pastoral como hombre de Dios	67
b. Ser proclamador competente del Evangelio	68
c. Mantener presencia y cercanía con los excluidos y marginados	69
d. Vivir en permanente camino de santidad	70
e. Valorar y promover la fraternidad sacramental en el presbiterio	70
<b>CAPÍTULO III: LOS PROCESOS DE CONVERSIÓN PASTORAL DE LOS PRESBITEROS Y LOS DESAFÍOS DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN</b>	72
<b>3.1 Tiempo de Nueva Evangelización</b>	72
3.1.1 Implicaciones básicas de la Nueva Evangelización	73
3.1.2 Los nuevos escenarios en la Nueva Evangelización	74
3.1.3 La conversión pastoral, una exigencia de la Nueva Evangelización	76
<b>3.2 La conversión personal y pastoral, exigencia de los presbíteros en tiempos de Nueva Evangelización</b>	80
3.2.1 Un cambio de época, contexto de los discípulos misioneros	81
3.2.2 Situaciones que afecta y desafían la vida y el ministerio de los presbíteros	82
a. La identidad sacerdotal	83
b. Inserción en la cultura actual	84
c. Situaciones existenciales	86
3.2.3 La conversión personal y pastoral de los presbíteros en un cambio de época	87
<b>3.3 La conversión de los presbíteros, camino para reavivar la pastoral de la Iglesia</b>	92
3.3.1 Animación bíblica de la pastoral	92
3.3.2 La iniciación cristiana, como modelo operativo	94
3.3.3 La espiritualidad de comunión, para una pastoral orgánica o de conjunto	96
<b>CONCLUSIONES GENERALES</b>	99
<b>BIBLIOGRAFÍA</b>	103

## **RESUMEN**

El llamado a la conversión pastoral ha sido recurrente en el Magisterio de la Iglesia a partir del Concilio Vaticano II, particularmente presente en los documentos conclusivos de las últimas tres Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano. El tema de la presente investigación aborda este llamado para mostrar sus fundamentos teológico-pastorales destacando su carácter procesual, se centra en la vida y ministerio de los presbíteros y se ubica en el contexto de la Nueva Evangelización. El relanzamiento de la acción evangelizadora de la Iglesia pasa por la conversión pastoral de todos sus miembros, se destaca la vida y ministerio de los presbíteros por el llamado propio que éstos han recibido como discípulos y misioneros de Jesús Buen Pastor.

**PALABRAS CLAVE:** Conversión. Conversión Pastoral. Nueva Evangelización. Presbíteros. Aparecida.

## INTRODUCCIÓN

*“La conversión personal despierta la capacidad de someterlo todo al servicio de la instauración del Reino de vida. Obispos, presbíteros, diáconos permanentes, consagrados y consagradas, laicos y laicas, estamos llamados a asumir una actitud de permanente conversión pastoral que implica escuchar con atención y discernir ‘lo que el Espíritu está diciendo a las Iglesias’ (Ap 2,29) a través de los signos de los tiempos en los que Dios se manifiesta” (DA 366).*

El llamado de los obispos latinoamericanos reunidos en Aparecida es amplio, claro y de una destacada riqueza teológica pastoral; este ha sido el trasfondo magisterial de la primera intuición para el presente trabajo de investigación. El tema se fue definiendo al centrarlo en la vida y ministerio de los presbíteros, ya que son ellos los primeros promotores del discipulado y la misión, los primeros agentes de una auténtica renovación de la vida cristiana en el pueblo de Dios. El enfoque de la XIII asamblea sinodal de los obispos facilitó la perspectiva que dio especificidad y actualidad a la intuición primera.

La evangelización es tarea y misión de toda la Iglesia, ella existe para evangelizar, ella es la responsable de una evangelización renovada; todos los cristianos deben afianzar sus actitudes interiores y asumir procesos permanentes de conversión. Los presbíteros, miembros del mismo pueblo de Dios, han de renovar su vida y ministerio sin perder de vista el cambio de época que se vive. De aquí que el objetivo general que se ha propuesto la presente investigación ha sido mostrar los fundamentos teológico-pastorales de los procesos de conversión de los presbíteros para dar respuesta a los nuevos desafíos que plantea el llamado a una Nueva Evangelización.

El texto que ahora se presenta está estructurado en tres capítulos. El primer capítulo desarrolla la categoría teológica de la conversión desde la Sagrada Escritura evidenciando que la conversión cristiana encuentra su fundamento, su especificidad y su dinamismo en la misión e identidad de Jesús de Nazaret. El segundo capítulo, después de retomar la especificidad de la vida y ministerio de los presbíteros a la luz de Aparecida, estudia los elementos básicos de la conversión de los presbíteros y aquellos que le corresponden por la gracia de su ordenación. Finalmente, el tercer capítulo explicita las implicaciones y exigencias que la Nueva Evangelización plantea a los procesos de conversión personal y pastoral de los presbíteros en nuestro tiempo para destacar que la conversión de éstos impulsa el relanzamiento de la acción pastoral de la Iglesia a través de opciones pastorales concretas.

El texto final que ahora se presenta ofrece una pluralidad de perspectivas desde las cuales se pueden emprender y favorecer los procesos de conversión personal y pastoral de los presbíteros, en la conciencia de que cualquiera de ellas, bien asumida, conducirá a procesos integrales que implicarán las restantes perspectivas para favorecer el desarrollo de la vida y ministerio de los presbíteros. Por otro lado, cada uno de los capítulos, por sí mismo, brinda elementos iluminadores para opciones pastorales en ámbitos propios: se puede retomar el contenido del capítulo primero para impulsar la conversión cristiana de toda la Iglesia en su conjunto; el capítulo segundo facilita la promoción de los procesos de conversión desde la propia identidad del presbítero que no cambia y, finalmente, los contenidos del último capítulo nos facilita una consideración desde los nuevos escenarios.

Para lograr transformaciones efectivas y consistentes es necesario asumir procesos permanentes y graduales que, aunque lentos, faciliten la conversión pastoral que “toca todo y a todos”. Se espera que este sea un aporte que contribuya en este sentido y suscite acciones pastorales renovadas, creativas y guiadas por la inspiración del Espíritu.

## **CAPÍTULO I**

### **IDENTIDAD Y MISIÓN DE JESÚS DE NAZARET COMO FUNDAMENTO DE LA CONVERSIÓN CRISTIANA**

El Papa Benedicto XVI, en el segundo párrafo con el que da introducción a su carta encíclica “*Deus caritas est*”, señala que la opción fundamental de los cristianos se expresa en la afirmación de su fe en el amor de Dios. A renglón seguido agrega: “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y con ello una orientación decisiva” (DC 1).

De estas palabras se intuye que no hay vida cristiana sin la conversión que se deriva del encuentro con tal Persona, y que la identidad y misión del cristiano se definen a partir de la identidad y misión de dicha Persona. De esta manera, en el mismo texto citado se pueden insertar los temas que se abordan en esta parte de la investigación: “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro [conversión] con un acontecimiento, con una Persona [con su identidad y su misión], que da un nuevo horizonte a la vida [identidad de discípulo] y con ello una orientación decisiva [misión de discípulo]”.

Con el fin de explicitar la riqueza del sentido de estas afirmaciones, el primer capítulo de este trabajo se propone abordar la conversión desde la Sagrada Escritura en general y considerar los elementos fundamentales de la misión e identidad de Jesús de Nazaret para mostrar que la conversión cristiana encuentra su fundamento y su especificidad en Él.

## **1.1 LA CONVERSIÓN EN LA REVELACIÓN CRISTIANA<sup>1</sup>**

Para reconocer el lugar que le corresponde a la conversión en la revelación cristiana conviene, en primer lugar, hacer un estudio del término y de su uso en el vocabulario bíblico, a fin de, en un segundo momento, realizar un acercamiento de conjunto al Antiguo y al Nuevo Testamento para distinguir los diferentes matices e implicaciones que esta categoría va adoptando.

### **1.1.1 Las dimensiones de la conversión a partir del vocabulario bíblico<sup>2</sup>**

“La conversión es una realidad muy compleja y para señalar algunos de sus aspectos es necesario ampliar el análisis al contexto cultural y religioso en que se expresa y verificar cómo la viven aquellos que han acogido su invitación” (Mongillo, 1982, p. 123). Es por ello que, para distinguir las dimensiones fundamentales de la conversión, es necesario realizar una aproximación al vocabulario bíblico, así sea de manera general.

Juan Alonso, al realizar un estudio terminológico, además de señalar la complejidad de la realidad de la conversión y los contextos donde se manifiesta, afirma que “no es posible establecer esquemas rígidos sobre el alcance de los términos, ni tampoco determinar rígidas correspondencias entre los vocablos usados en hebreo, griego y latín, debido a que la riqueza de matices de la noción de conversión no es condensable en una sola palabra” (Alonso, 2011, p. 24).

Conforme se han realizado las diversas traducciones de la Biblia, el término “conversión” ha ido adquiriendo diferentes acepciones y matices. Es necesario, por tanto, conocer los verbos o, si es el caso, los sustantivos con los que se denomina esta realidad,

---

<sup>1</sup> Las citas bíblicas textuales de los Evangelios tienen como fuente los “Evangelios de la Biblia de la Iglesia en América, -BIA” (CELAM, 2011), y las textuales restantes o de referencia, la Biblia de Jerusalén (2009).

<sup>2</sup> En el capítulo I de la obra de Juan Alonso (2011), “La conversión cristiana. Estudios y perspectivas”, se aborda el tema del vocabulario bíblico a partir de algunos estudios lexicográficos y se presenta una reflexión más profunda y minuciosa del término conversión. Para B. R. Gaventa, citado por Juan Alonso (2011), se requiere un análisis de todo el conjunto de imágenes que se utilizan para explicar el retorno del hombre a Dios en sus diversas manifestaciones.

tanto en hebreo, como en griego y en latín. Esto facilitará distinguir sus dimensiones esenciales.

Los verbos hebreos más utilizados y significativos en el Antiguo Testamento para hacer referencia a la conversión, como “retorno individual” o “colectivo” a Dios, son *naham* y *sub*; cada término expresa una de las dimensiones de la conversión: *naham*, expresa la dimensión interior y emocional; *sub*, la exterior y sus implicaciones concretas.

Con 1059 veces en la Biblia Hebraica, *sub* es el término que más se utiliza en el vocabulario bíblico y viene a ser una palabra clave y fundamental en la exhortación profética para restablecer la relación entre Dios y el pueblo: la auténtica conversión incluye el aspecto interior (retorno a Dios) y el aspecto exterior (actos que lo animan y concretan). “En 164 ocasiones *sub* se encuentra directamente ligado a la alianza de Dios con su pueblo, y adquiere un papel insustituible como medio para expresar tanto la ruptura como la recuperación de esa relación, pudiéndose aplicar tanto a Dios como al Pueblo” (Alonso, 2011, p. 26).

Para referirse a la conversión, la Biblia griega utiliza fundamentalmente los verbos *metanoéin* y *epistréphein*. El primer término hace referencia al cambio interior, consecuencia del arrepentimiento y penitencia, mientras que el segundo indica el cambio de conducta externa y práctica (Giblet, 2002). Ambos verbos *-metanoéin* y *epistréphein-* así como sus correspondientes sustantivos *-metánoia* y *epistrophé* - se utilizan para indicar la conversión y el cambio de conducta, tanto interna como externa, realidades distintas y unidas entre sí (Alonso, 2011)<sup>3</sup>.

Dionisio Borobio une *metanoein* y *metanoia*, verbo y sustantivo, e indica que significan arrepentirse, sentir arrepentimiento, cambiar de sentimiento o mentalidad (cf. Ex 13,17; Jr 31,19) y agrega que los LXX aplican *metanoeo* tanto a Dios (cf. 1 S 15,29) como a los hombres (cf. Jr 8,6; 31,19). Sin embargo, en el Nuevo Testamento no se sigue esta

---

<sup>3</sup> También Mongillo hace la distinción de los verbos, indicando la dimensión interior y exterior de la conversión, y señala que “La primera se manifiesta en una visión de vida, en una mentalidad en consonancia con el reconocimiento de Dios, la segunda concierne más bien a la vida de convertido y al comportamiento que convalida la ruptura con el mundo del que se ha apartado” (1982, p. 122).

lógica, porque la puntualización en lo intelectual de *metanoë*, entendida como cambio de mentalidad, ahora viene a significar el cambio total e integral que implica las dimensiones del ser y vida de la persona entera: “En el NT no se sigue la praxis de los LXX (que traducían *nahan* por *metanoëo*), sino que *metanoëo* viene a traducir más bien la idea expresada por *sub*: volverse, convertirse, enmendarse, referido no tanto al cambio práctico y externo, cuanto al cambio de pensar y de querer” (Borobio, 1983, p.211).

De igual forma, Dionisio Borobio une *Epistrephēin* y *epistrophé*, verbo y sustantivo, e indica que significan convertirse, cambiar, volver, apartarse. En el hebreo del AT *sub* se traduce como invertir, volverse, retornar, cambiar de rumbo. Desde una perspectiva teológica, este cambio comprendería una nueva orientación de la vida, dejando el mal y regresando a Dios (cf. Jr 18,8; MI 3,7). En el NT *epistropho* conserva su significado de conversión (cf. Mc 4,12; Lc 1,16-18; 22,32; Hch 15,19), pero en ocasiones es asumido como sinónimo de *metanoëo*, indicando con ello el alejarse de todo lo que destruye la relación con Dios (el pecado, el mal, el error) y tomando una reorientación fundamental de la voluntad humana hacia Dios y su reino, tal como lo presentó y reveló en Jesús de Nazaret, concreción de su amor (Borobio, 1983).

San Jerónimo, cuando a finales del s. IV traduce la Biblia al latín en lo que hoy se conoce como Vulgata, emplea el término latino *poenitentia* como término correspondiente a *sub* (hebreo) y a *metanoia* (griego). Vivir la experiencia de conversión o convertirse se denominará “hacer penitencia”, quedando reducida así al aspecto externo. “Desde la nueva terminología, esta categoría tan profunda, central y personal se irá trivializando poco a poco hasta ser entendida como el conjunto de unos actos meramente externos, sensibles, ascéticos, tal como el privarse de cosas gratas pero secundarias (ayunar, dar limosna...). Se unía esto a lo que se debía hacer tras la confesión” (Floristán, 2002, p. 234).

### 1.1.2 Matices e implicaciones de la conversión

Por medio de un acercamiento global al Antiguo y Nuevo Testamento, es posible distinguir los matices e implicaciones de la conversión.

#### a. Antiguo Testamento: alianza y conversión

La historia de Israel, al tener como núcleo la alianza, será la historia de las llamadas de Dios y las resistencias del hombre; en ella, la exhortación profética resuena como interpelación para volver al Dios de la alianza<sup>4</sup>.

Bajo la perspectiva de la alianza, la conversión tiene un carácter social, para indicar que debe tener una proyección comunitaria en lo cotidiano, a fin de no quedarse en un reduccionismo individualista, legalista y ritualista (Herráez, 1993). Cuando, por la Alianza, Yahvé es para Israel su Dios (cf. Is 51,1; Jr 24,7; Os 2,21-25), la actitud concreta que se exige al hombre es un cambio que se exprese en relaciones humanizantes y humanizadoras, especialmente hacia los marginados y excluidos (cf. Is 1,17; 58,6-14; Za 7,9-10); esta nueva realidad provocará un corazón y un espíritu nuevos (cf. Ez 18,31; 36,25-27).

Los salmos, recopilación de las composiciones poéticas por las que Israel externa su alabanza a Dios, tienen como contexto religiosos el post-exilio, donde la ley, el sacerdocio y el templo configuran la identidad de Israel. Esta es la razón por la que el tema de la conversión tiene poca importancia; sin embargo, expresan la necesidad de la conversión a Dios al reconocer el pecado e invocar su misericordia (Alonso, 2011).

Desde una visión de conjunto, en los salmos se puede distinguir una propuesta teológica de conversión que incluye la conversión moral y religiosa donde se constata un doble movimiento: de Dios al hombre y del hombre a Dios. Así, el salmo 51 muestra la

---

<sup>4</sup> Juan Alonso (2011) hace mención explícita de que la predicación profética impulsó la idea bíblica de conversión, enfatizando dos principios esenciales: la gracia de Dios, origen y fundamento en el desarrollo de todo el proceso de conversión y, simultáneamente, la necesidad en ella de la respuesta permanente y activa del hombre para remarcar el carácter total de una conversión auténtica a Dios.

actitud de confianza total a Dios, característica de la conversión auténtica del rey David: a) el penitente regresa a Dios, reconociendo su bondad y misericordia (cf. Sal 51,3; 130, 7-8); b) simultáneamente confiesa su pecado y su condición pecadora (cf. Sal 51, 5-7; 38,5-9); c) la dinámica de la conversión, iniciada por tomar conciencia del pecado, continúa con el arrepentimiento y la súplica del perdón (cf. Sal 51,19; 34,19); d) termina el proceso de conversión con el firme propósito de cambiar de conducta (cf. Sal 51, 12-14), aquí la conversión se prolonga en el testimonio y el convertido se vuelve testigo (Alonso, 2011).

En la literatura sapiencial el verbo *sub* aparece pocas veces en su sentido religioso, dejando ver así la poca importancia de la conversión para este género literario; la sabiduría que se transmite se forja por la observación de la naturaleza y de la experiencia humana de un pueblo; la conversión perderá su riqueza y seguirá un cauce legalista, obscureciéndose el carácter de totalidad de la conversión. Sin embargo, el temor de Dios, principio de la sabiduría de Israel, expresa también la respuesta al Dios de la alianza<sup>5</sup> (Alonso, 2011).

#### b. Nuevo Testamento: dimensión cristológica de la conversión

El elemento distintivo de la llamada a la conversión en el Nuevo Testamento es su dimensión cristológica. Visto en su conjunto, el llamado a la conversión es fundamental y forma parte esencial de la predicación de Jesús y su anuncio del reino<sup>6</sup>. Herráez (1993) señala que en este llamado está implícita la invitación a encontrarse, escuchar, acoger y seguir sin condiciones a una persona, Jesucristo (cf. Mt 4,18-22; 16,24-28; 17,5; Jn 1,9; 14,1-6; Hb 10,19-20; 1 Jn 4,9); a través de su Espíritu, se llega al reconocimiento del Padre (cf. Rm 8,14-15; 1 Jn 4,13-14) para ser incorporados en su amor (cf. 1 Jn 4,10) y caminar desde él y con él como hijos en el Hijo (cf. Jn 1,12; Rm 8,16-17.29; Ef 1,5) como miembros del pueblo de la nueva alianza (cf. Hb 9,15; 1 P 2,9-10).

---

<sup>5</sup> Gilbert (2002) señala que es importante recordar y tener en cuenta que la ley en toda la Biblia se refiere a los preceptos de Dios (cf. Dt 6,1-5;11,18) y en los libros sapienciales es también la sabiduría con la que Dios guía la historia de Israel (cf. Sb 10-11).

<sup>6</sup> El reino de Dios no se puede reducir a un concepto esperanzador, sino que es un concepto “práxico” de concreción y práctica de lo que implica. “El reino de Dios no es un concepto, ni una doctrina o un programa sujeto a la libre elaboración, sino que es ante todo una persona que tiene el rostro y el nombre de Jesús de Nazaret, imagen de Dios invisible” (Calvo, 2005, p 767).

La buena nueva que Jesús de Nazaret proclama es una convocación a vivir en coherencia con el reinado del amor de Dios. Él mismo es la concreción de la bondad y del amor de Dios y lo comunica existencialmente; lo que lleva en lo profundo de su corazón lo expresa a través de sus palabras (dichos) y acciones (hechos). Por tanto, la conversión implica aceptar el mensaje de vida que se convierte en fundamento para orientar o reorientar las dimensiones del ser y del quehacer (cf. Mt 5,3-11; 7,24-27) que se muestra en frutos concretos (cf. Mt 7,17-23; Lc 6,43-45) de manera que, teniendo un cambio total e integral, llamemos Padre a Dios y hermanos a los demás (Herráez, 1993) <sup>7</sup>.

En una visión de conjunto se percibe que los escritos paulinos emplean poco el término “conversión”; sin embargo, al escudriñar el sentido que se le da al concepto cuando se dirige a sus destinatarios se reconoce su importancia<sup>8</sup>. El Apóstol de los gentiles describirá la naturaleza y dinámica de la conversión cristiana como un proceso por el cual se adquiere una vida nueva; el encuentro con Jesús de Nazaret en el camino a Damasco viene a resultar el punto fontal para adquirir una nueva visión de los planes de Dios. Las imágenes y antítesis paulinas (Adán y Cristo, hombre carnal y hombre espiritual, despojarse del hombre viejo y revestirse del hombre nuevo, hombre exterior y hombre interior) indican lo esencial y específico de la conversión cristiana: la radical transformación que la gracia de Dios realiza en el creyente (Alonso, 2011).

En el libro de los Hechos, los rasgos o características de la conversión son su carácter universal, la centralidad pascual y su significación bautismal. Los Hechos de los Apóstoles entienden la conversión como un alejarse del pecado, como un retorno a Dios y como una transformación integral de todo el hombre en Cristo (cf. Hch 3,19; 26,20). La conversión está en estrecha relación con la fe, la cual implica no un mero cambio de creencias, sino la aceptación de Cristo muerto, resucitado y establecido como Señor y Mesías y, desde luego, la adhesión a Él (cf. Hch 2,22-23;10,38). Esta exigencia de conversión es para los paganos (cf. Hch 17,24ss; 26,20) y para los judíos (cf. Hch 3,13-19;

---

<sup>7</sup> Los evangelios usan el término “Padre” más de 170 veces en labios de Jesús en relación con Dios, siendo el evangelio de Juan el que más lo usa. Cuando Jesús llama a Dios Abba nos revela cuál es el corazón de su relación con Él (Calvo, 2005).

<sup>8</sup> Juan Alonso (2011), al realizar el estudio terminológico, menciona que en los escrito paulinos el término *epistréphein*, es usado dos veces (cf. 1 Ts 1,9; 2 Co 3,16); el verbo *metanoéin*, una vez (cf. 2 Co 12,21); y en tres ocasiones el sustantivo *metánoia* (cf. Rm 2,4; 2 Co 7,9-11; 2 Tm 2,25).

5,30-31); el acontecimiento de conversión como un don de gracia es acompañado y sellado por el rito del bautismo, para el perdón de los pecados, y por el don del Espíritu (Borobio, 1983).

El Evangelio de Juan, evangelio de las “llamadas” e historia de las invitaciones constantes a la conversión, muestra la actitud negativa de rechazo a Jesús y sus obras, causa primordial del enfrentamiento de los fariseos con Jesús y del drama de su pasión y muerte (cf. Jn 1,11; 3,11; 5,40). “Tampoco para Juan está ausente la realidad de la conversión, aunque lo esté la palabra. Convertirse es para Juan creer que Jesús es el Hijo de Dios, abandonar el reino de las tinieblas para entrar en el reino de la luz, pasar de la muerte a la vida” (Borobio, 1983, p. 216).

Finalmente, en Hebreos y en el Apocalipsis se percibe una situación nueva, ya que los autores no tiene como destinatarios a los paganos sino a las comunidades cristianas; se llama no a la conversión primera (adhesión a Cristo), sino que se trata de responder a la necesidad de la conversión segunda (cf. Hb 6,4-8). La conversión es permanente porque se corre el riesgo de la des-conversión y se exige siempre la actitud o voluntad de renovación. Para Juan, la conversión es una llamada “provocativa y estimulante, apocalíptica y urgente, dirigida a despertar a los que han caído en la tibieza o el abandono, a los que han perdido el entusiasmo de la conversión primera” (Borobio, 1983, pp. 216-217).

### **1.1.3 La conversión, categoría fundamental en la revelación cristiana**

Después de un acercamiento de conjunto al vocabulario bíblico, que nos permitió reconocer las dimensiones interior y exterior de la conversión, y de una aproximación global a la Sagrada Escritura, que nos facilitó una comprensión de sus principios esenciales, asentimos, a manera de síntesis, la importancia de la conversión como categoría fundamental en la revelación cristiana:

- La categoría teológica de conversión es como un hilo conductor en toda la historia de la salvación. En relación y complementariedad con otras categorías

teológicas importantes (gracia, pecado, misericordia, alianza, arrepentimiento, perdón, etc.) ayuda a comprender la relación y el proceso de comunicación y comunión entre Dios y el hombre (Alonso, 2011).

- Los verbos en hebreo *naham* y *sub*; así como los verbos en griego *metanoéin* y *epistréphein*, y sus correspondientes sustantivos, *metánoia* y *epistrophé*, se utilizan para indicar las dimensiones de la conversión: el cambio de conducta tanto externa como interna, realidades distintas y unidas entre sí.
- Los rasgos específicos de la conversión bíblica son la alianza y la conversión donde está implicada toda la vida del Israel, siendo un proyecto y proceso nunca acabado, y por ella el pueblo es capaz de comprender su identidad más profunda: origen, presente y futuro. Conversión, en la que no sólo el hombre está llamado a retornar al Dios de la alianza, cuantas veces sea necesario, sino en el cual Dios siempre toma la iniciativa y ofrece una y otra vez su perdón y misericordia (Alonso, 2011).
- La conversión bíblica indica una permanente actitud de cambio y de orientación total e integral a Dios concretada en la fidelidad y que se distingue por sus tres elementos esenciales: radicalidad y totalidad de sus implicaciones; experiencia religiosa en el que se inscribe su entero desarrollo, cuyo principio dinamizador es la gracia divina; y el humanismo, pues la conversión constituye un recuperar la identidad personal y religiosa (Alonso, 2011).
- La conversión bíblica aparece como don y tarea. “Don, porque su hacerse, consolidarse o rehacerse radica en la original bondad y amor de Dios. Tarea, porque requiere un lento proceso y un continuado esfuerzo de respuesta a lo largo del cual nos vamos haciendo más auténticamente cristianos” (Herráez, 1993, p. 244).
- En toda su predicación Jesús de Nazaret, concreción del amor y bondad de Dios, tiene como elemento fundamental la llamada a la conversión y a la fe, por lo que su identidad y misión tendrán como perspectiva el carácter “práxico” de lo que implica el reino de Dios. El encuentro personal con Jesús es el punto fontal para adquirir una nueva visión de los planes de Dios y una radical transformación de su gracia (Borobio, 1983).

El estudio actualizado de las fuentes bíblicas hace posible que la teología redescubra que la conversión es fundamental y permanente, es “evangelio” en la vida de todo creyente. El elemento clave de la conversión es un doble movimiento, de Dios que llama permanentemente al hombre y del hombre que responde a Dios, este es el elemento distintivo de la conversión evangélica (Montero, 2001).

## **1.2 MISIÓN E IDENTIDAD DE JESÚS DE NAZARET**

Silva Retamales (2012), al plantearse el cuestionamiento sobre la misión de Jesús de Nazaret hace ver que esta pregunta no es diversa a otra similar: ¿quién es Jesús? Es decir, en el siglo I preguntarse por la misión es preguntarse por la identidad; preguntarse por “el quehacer” de alguien no es distinto a preguntarse por “su ser”.

Para explicitar que la misión e identidad de Jesús de Nazaret es fundamento de la conversión cristiana es necesario tener presente la manera como expresó tal identidad y misión, para lo cual conviene, en primer lugar, un acercamiento histórico al siglo I para comprender cómo se define la identidad de una persona en el contexto judeocristiano.

### **1.2.1 Concepción judeocristiana de persona en el siglo I**

En el glosario geográfico, histórico y sociocultural que se ofrece en los “Evangelios de la Biblia de la Iglesia en América, -BIA” (CELAM, 2011) se afirma que en el siglo I se concibe a la persona desde un “pensamiento globalizante” que incluye el cuerpo, el alma y el espíritu, y en razón de un “pensamiento representativo” se comprende a partir de tres binomios conformados por los miembros del cuerpo humano:

“... ‘Boca y oídos’ representan la capacidad de comunicación; de aquí que sordos y mudos se los considere incapaces de relaciones sociales. ‘Pies y manos’ la capacidad de actuar, reaccionar e interactuar con el mundo circundante (Dios, personas, cosas). ‘Corazón y ojos’ la capacidad de pensar, sentir y decidir, ya sea

para el bien o para el mal (Mt 9,4). Gracias a la transparencia de los ojos, el corazón –que se concibe una ‘bodega’ (2 Co 7, 2-3)- se retroalimenta y ‘llena’ con ideas y sentimientos (Ef 1,18)...” (CELAM, 2011, p. 303).

Con todo, es el corazón el centro vital del ser humano; los ojos revelan su profundidad y la boca tiene la función de expresarla (cf. Mt 12,34; 15, 17-20; Lc 6,45). Es necesario que los ojos estén abiertos para que el corazón puede comprender (cf. Mt 13,15; 1 Co 2,9); en él se elaboran los planes, se piensa y se juzga; sólo después el hombre lo expresará con el lenguaje (boca-oídos) y lo concretizará con las acciones (pies-manos).

“En la Sagrada Escritura, corazón significa la interioridad del hombre, donde tienen lugar sus pensamientos, sentimientos, afectos, motivaciones, actitudes... De ahí proceden sus palabras y sus obras (Mt 15,18). Es, pues, como el centro y la sede de todas las facultades espirituales (intelectivas y afectivas)” (Esquerda, 1998, p. 144).

Por tanto, como señala Silva (2012), la identidad de una persona en el contexto judeocristiano del siglo I se comprende por sus relaciones fundamentales; por ellas se conoce su mundo interior expresado en palabras y en acciones: “Como estas relaciones se manifiestan mediante acciones y palabras, las que dan a conocer su mundo interior, todas ellas (acciones, palabras y mundo interior) expresan su identidad o relaciones fundamentales” (Silva, 2012, p. 24).

### **1.2.2 El reino de Dios, fundamento de la identidad y misión de Jesús de Nazaret<sup>9</sup>**

En el contexto de Jesús, para conocer la identidad de una persona lo primero que interesaba era saber acerca de su procedencia y de su familia, más que conocer su descripción psicológica.

---

<sup>9</sup> Aunque la investigación actual se esfuerza por situar a Jesús en el contexto concreto de la Galilea de los años treinta, no en algo tan genérico como el judaísmo del siglo I, haremos nuestro acercamiento desde esta perspectiva. Pagola (2012), en su obra “Jesús. Aproximación histórica”, asume esta propuesta.

Se llamaba *Yeshúa*, y el nombre quiere decir “Yahvé salva”; en su pueblo, la gente lo llamaba *Yeshúa bar Yosef*, “Jesús, el hijo de José”, y en otras partes le decían *Yeshúa hanotsrí*, Jesús el de Nazaret (Pagola, 2012) <sup>10</sup>.

Saber que Jesús desarrolló su vida en Nazaret, una aldea pequeña y desconocida, ayuda a comprender que conocía a detalle la vida cotidiana de la gente, por ello su lenguaje fue siempre de palabras sencillas y claras, fruto del contacto y percepción de esta realidad. En el texto de San Mateo 12,34, Jesús menciona que la boca habla de la abundancia del corazón y será lo que impactará a la gente, ya que nunca habían escuchado hablar a alguien con tanta convicción, fuerza y autoridad.

En Nazaret la familia no estaba constituida por un grupo reducido (padres e hijos) sino que abarcaba a gran parte de la población (familia extensa); en ella se establecían lazos profundos de carácter social y religioso. Además, la familia era el núcleo fundamental y origen de la verdadera identidad (Pagola, 2012). Por otro lado, el evangelio de san Marcos nos indica que Jesús buscaba formar una “familia” integrada por todos los hombres y mujeres que estuvieran dispuestos a hacer la voluntad de Dios (cf. Mc 3,34-35).

Desde la conciencia de ser un pueblo amado por Dios configurado por la alianza, se pueden reconocer tres signos que caracterizaban la identidad de Israel al cual perteneció Jesús y que causaban la admiración y el respeto de otros pueblos, incluso del imperio romano: la circuncisión de los varones, la ley del sábado y la abstención de alimentos impuros (Pagola, 2012). En Nazaret, distante del templo de Jerusalén y de los maestros de la ley, se percibía una fe conservadora y elemental, poco sujeta a tradiciones pero arraigada en el corazón de la gente. “Jesús nunca despreció la ley, pero un día enseñaría a vivirla de una manera nueva, escuchando hasta el fondo el corazón de un Dios Padre que quiere reinar entre sus hijos e hijas buscando para todos una vida digna y dichosa” (Pagola, 2012, pp. 51-52).

---

<sup>10</sup> Pagola (2012) menciona que Jesús nació probablemente en Nazaret, solo los evangelios de la infancia, Mateo y Lucas, nos hablan de su nacimiento en Belén, por cuestiones teológicas; por lo demás, todas las fuentes dicen que proviene de Nazaret (cf. Mc 1,9; Mt 21,11; Jn 1,45-46; Hch 10,38) y que era llamado “Jesús, el Nazareno” (nazarenos) o de Nazaret (cf. Mc 1,24;10,47:14, 67; 16,6; Lc 4,34;24,19).

Junto con la procedencia, la familia y el ambiente religioso, otra forma para conocer a la persona en el siglo I, base de nuestro acercamiento, son sus relaciones fundamentales, ya que brindan un acceso a su mundo interior (pensamientos, sentimientos y decisiones) que se expresa en palabras y acciones, facilitando comprender su origen, su presente y su destino (ser y quehacer).

Jesús Espeja, en su obra “Jesucristo. La invención del diálogo”, hace ver que del resultado de una lectura global e imparcial de los evangelios, se pueden señalar tres dimensiones que nos aproximan a la intimidad de Jesús de Nazaret, dimensiones que pertenecen a una experiencia única y que no pueden separarse: “vive apasionado por la llegada de una realidad nueva que llama “reino de Dios”; se deja alcanzar por el sufrimiento de los seres humanos haciendo suya la causa de los más débiles, y vive en una intimidad singular con Dios” (Espeja, 2001, p. 109).

Espeja (2001) afirma que Jesús utilizó con frecuencia la expresión “reino de Dios” como elemento fundante que permite una aproximación a su mundo interior y que refleja un aspecto esencial de la proclamación de su mensaje, expresión que aparece muchas veces y en diversos estilos: parábolas, oraciones, bienaventuranzas, profecías escatológicas y milagros<sup>11</sup>. El anuncio del reino de Dios, que provocó la alegría y la esperanza de la gente en recuperar su dignidad, será la clave para comprender la identidad de Jesús, ya que este reino lo fascina, lo apasiona y es lo que queda expresado en su vida, en sus palabras y en sus acciones, dejando ver el sentido más profundo de su proyecto de vida (cf. Lc 8,1). Sin embargo, no obstante que habla constantemente de este reino, nunca explica directamente en qué consiste (Pagola, 2012).

Si bien no se pueden elaborar definiciones precisas sobre lo que es el reino de Dios, desde un acercamiento al contenido bíblico del símbolo y retomando elementos de Espeja (2001), se puede describir de la siguiente manera: el reino de Dios significa la realización

---

<sup>11</sup>Jesús Espeja (2001), señala que “Reino de Dios” y sus equivalentes (reino de los cielos, reino de mi Padre) aparece trece veces en Mc, seis en Lc, y veinticinco en Mt. Y además se utiliza en distintas formas literarias, por lo que no demuestra que la expresión tenga siempre por autor al mismo Jesús, ya que los evangelios también utilizaron el vocabulario de Jesús, como puede ser el caso de Mt; pero se cumple el criterio del testimonio múltiple para tener ciertas garantías de que se está en la tradición original sobre el Jesús histórico.

del proyecto de Dios en la humanidad y en el mundo, proyecto que suscita e implica una conversión libre del ser humano; la llegada del reino de Dios se hace realidad en presencia de fuerzas malignas, suscitando una esperanza activa y, finalmente, su reinado es una realidad ya presente y activa en medio de los procesos históricos.

Los signos de que llega el reino de Dios por medio de Jesucristo se pueden estructurar en dos grupos: los milagros y las curaciones (acciones), que implican una adhesión o confianza en Él; y las parábolas (palabras), especialmente las parábolas del reino, expresión simbólica de la interioridad de Jesús, revelación del sentido divino de lo humano. Por medio de estos signos resuena la llamada insistente a la conversión, para que las personas, tocadas en su mundo interior (pensamientos, sentimientos y decisiones) por el evangelio, den un nuevo sentido a su existencia<sup>12</sup>.

**a. Acciones: milagros y curaciones**

De las acciones en el ministerio de Jesús de Nazaret, Silva Retamales (2012) destaca tres que más claramente muestran el “Reino” de Dios y al “Dios” que quiere reinar: curación de enfermedades, casa-familia y mesa.

*Curación de enfermedades* Las curaciones de enfermos son signos que inauguran la presencia de Dios y muestran su fidelidad a la alianza en favor de la humanidad. La enfermedad era entendida como un desorden espiritual, no psicossomático, por lo que recuperar la salud era volver a Dios y participar de su santidad. Cuando Jesús sana a algún

---

12 Un momento clave que marcó la vida de Jesús fue dejarse bautizar por Juan, el bautista. En este signo se refleja que comparte la visión de la situación crítica de Israel y acepta la idea de preparar al pueblo para el encuentro con Dios. Además, a la muerte de Juan, que provocó gran impacto en sus discípulos, Jesús abandona el desierto y transforma su proyecto con un horizonte nuevo (la perspectiva ahora es la misericordia de Dios) y un nuevo lenguaje, cuyo centro es el reino de Dios (Pagola, 2012). Las fuerzas que originaron, guiaron y dinamizaron la praxis pastoral de Jesús (el amor filial al Padre, la docilidad incondicional al Espíritu, la pasión por el Reino, la comunidad con sus discípulos y la ternura hacia los pobres) coinciden con las dimensiones fundamentales de su ministerio (profeta del reino, rey-pastor, sacerdote), las cuales se interrelacionan y se complementan (Valadez, 2003). El “Documento de Síntesis, -DS”, elaborado con los aportes de las Conferencias Episcopales de América Latina, como preparación inmediata de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, en el numeral 89, al hablar de la vida histórica de Jesús, afirma que, sus palabras y acciones “están íntimamente entrelazadas, de forma que las palabras explican las acciones y éstas confirman las palabras. Esta radical coherencia del Hijo del hombre que ‘pasó la vida haciendo el bien’ (Hch 10,38), suscitaba la vinculación a Él como ‘Maestro’ y ‘Mesías’ y la fe daba paso a progresivas confesiones de su identidad y misión”

enfermo hace visible que Dios quiere reinar y salvar a todo los hombres ofreciendo nuevamente su alianza y su comunión. “Sanar enfermos para Jesús se transforma en un signo patente del Dios que busca reinar salvando a la humanidad de la opresión del mal y sus causas, pues busca con ella una vida en comunión en nueva relación de alianza” (Silva,2012, p. 25).

Las sanaciones realizadas por Jesús tienen base histórica, independientemente de la interpretación que se les otorgue; Él mismo niega que sean prodigios caídos del cielo (cf. Mc 8, 11-12). “Tuvo el carisma de comunicarse, llegar al fondo de los demás en una interacción de ‘empatía’, e inspirar confianza [...] En esa comunicación profunda con pobres y enfermos, que habían perdido su autoestima porque, según la mentalidad corriente, pobreza y enfermedad iban unidas al pecado, el reconocimiento de su dignidad como buena noticia pudo darles confianza en sí mismos y ponerles en pie” (Espeja, 2001, pp. 139-140).

Jesús anuncia el reino de Dios realizando sanaciones y liberando de espíritus malignos (exorcismos); ofrece, por la fuerza sanadora que proyecta su persona (amor compasivo), una nueva identidad a las personas y las integra a la sociedad que las había excluido<sup>13</sup>. Esta sanación y liberación muestran a un Dios misericordioso que quiere reinar y se convierten en la mejor parábola de que un mundo nuevo se está gestando. Proclamar el reino y sanar será la misión permanente que encomendará a sus discípulos (cf. Lc 10,1-9) buscando siempre nuevos signos que expresen la misericordia de Dios en el mundo (Pagola, 2012). “En el reino de Dios, la verdadera identidad consiste en no excluir a nadie, en acoger a todos y, de manera preferente, a los marginados” (Pagola, 2012, p. 261).

---

13 Las curaciones y exorcismos aparecen en los evangelios y además en todas las formas literarias como son relatos, dichos de Jesús, controversias, etc. (Pagola, 2012). Jesús lo realiza “...para mostrar que la salvación toca el cuerpo y afecta a todas las dimensiones del hombre. Cualquier disolución de la integridad del hombre debe ser eliminada, por ser contraria al Reino y al Don de Dios” (Calvo, 2005, p. 765). Se menciona que la enfermedad “daña alguna de las ‘tres zonas’ que, según los antropólogos (Geradon, Mallina, Pilch), constituyen a la persona según estas culturas de la cuenca mediterránea: la zona del pensamiento y la emoción (ojos-corazón), la zona de la comunicación (boca-oídos); la zona de la actividad (manos-pies)” (Pagola, 2012, p. 161).

*Casa/familia* Con este binomio se expresa el signo que inaugura la creación de una “nueva familia” o “nuevo pueblo” de Dios, obra del Mesías. Teniendo como lugar principal las “casas domésticas” a donde todos están invitados, quienes no ingresan ellos mismos se marginan. Las casas serán lugares de encuentro con Dios y los hermanos, frutos de la fe. “La ‘casa doméstica’, pues, se convierte para Jesús y sus discípulos en lugar teológico y espiritual apropiado para constituir y formar al pueblo de la nueva alianza” (Silva, 2012, p. 26).

*Mesa* La mesa es el signo del inicio de la vida en comunión y de la solidaridad en el amor de toda la humanidad. Ésta pasa a ser distintivo de los discípulos del Mesías y un lugar de encuentro donde Dios regresa la dignidad al hombre y le brinda la posibilidad de vivir en la solidaridad del amor con todos. Jesús rompe la brecha entre los judíos, que se consideran justos, y los que, por la misma ley, no lo son (pecadores y publicanos); Él mismo invita a todos a la mesa donde nadie es excluido ni marginado; Dios es un padre rico en amor y misericordia (Silva, 2012).

Con las comidas, dispuestas para todos, Jesús manifiesta su apertura y celebra festivamente por la vida que Dios ofrece y hace presente en su pueblo; además, forja del banquete compartido un símbolo expresivo de un pueblo que acepta la plenitud de vida querida por Dios (Pagola, 2012) <sup>14</sup>. “Las comidas del Hijo son a la vez acciones del Padre por las que restituye la dignidad de las personas y manifiesta que es posible la ética del amor, es decir, una relación y conducta fundada en su reinado en cuanto Padre y, por lo mismo, no es impensable la utopía cristiana de compartir vida y bienes” (Silva, 2012, p. 27).

---

<sup>14</sup> Al abordar el tema de “conversión y fiesta” Montero (2001) afirma que Jesús, en su anuncio de la conversión, emplea la clave de fiesta ya que en las imágenes del banquete (cf. Lc 14,16) y de las bodas (cf. Mt 22,2) se percibe que es la fiesta que Dios ha dispuesto para el hombre convertido.

## b. Palabras: parábolas<sup>15</sup>

Con respecto a las parábolas (palabras) de Jesús de Nazaret, se pueden reconocer como invitaciones para convertirse en hijos de Dios, por don gratuito, y aceptarlas implica todas las dimensiones de la persona que tienen que ser transformadas como consecuencia de esta opción fundamental (cambio de corazón que se debe expresar en las palabras y acciones). “Quien acepta al Hijo, acepta el reinado de Dios como ‘su Padre’, cuya principal consecuencia es convertirse en ‘su hijo’ por don divino. Esta nueva identidad o relación fundamental exige nuevas palabras, acciones y mundo interior, propios del Reino de un Padre: corrección fraterna, amor solidario, perdón y servicio mutuo” (Silva, 2012, p. 28).

Jesús nunca intentó dar una definición lógica del reino de Dios con sus palabras sino que utilizó un lenguaje poético y simbólico (parábolas) porque su finalidad era transmitir su experiencia personal e íntima, tocando el corazón de las personas<sup>16</sup>. “Cada una de sus parábolas nos da un retazo de aquella experiencia intensa que Jesús no acaba nunca de presentar definitivamente” (Espeja, 2001, p. 122). “Sus parábolas [palabra-acontecimiento] conmueven y hacen pensar; tocan su corazón y los invitan a abrirse a Dios; sacuden su vida convencional y crean un nuevo horizonte para acogerlo y vivirlo de manera diferente” (Pagola, 2012, p. 121).

En las “parábolas del reino” no encontramos ninguna norma ética, más bien conducen a un nuevo espíritu, amplían los horizontes y proponen caminos para vivir una conducta de acuerdo a las exigencias del reino de Dios. Son un camino de liberación (de los intereses individualistas, de las falsas seguridades, del fanatismo cultural, de las falsas imágenes sobre la divinidad y sobre las prácticas religiosas) de las situaciones actuales que se apartan del designio de Dios; presentan una nueva perspectiva respecto a los aspectos

---

<sup>15</sup> Espeja menciona que “Aunque las parábolas son traídas en los sinópticos, el cuarto evangelio emplea imágenes que provienen de las parábolas y tienen densidad teológica peculiar, por ejemplo las alegorías bíblicas del Buen pastor o de la vida. Parábola – *parabolé* en la versión griega de los LXX- designa no sólo narraciones, sino también sentencias, proverbios y normas prácticas; por eso hay distintas opiniones al precisar el número de parábolas evangélicas. Accesibles e importantes: J. Jeremías, las parábolas de Jesús, Estella, 1982; Muy completo y claro F. Fernández Ramos, el Reino en parábolas, Salamanca 1996” (2001, p. 143).

<sup>16</sup>Es necesario recordar y tener en cuenta, menciona Pagola (2012), que “en la mentalidad semita el corazón no es la sede del amor y la vida afectiva. Es más bien el nivel más profundo de la persona, la fuente de la percepción, el pensamiento, las emociones y el comportamiento. En el corazón de la persona se decide su vida entera” (p. 257).

económico, político y religioso para que sean plenamente humanos. “Las parábolas son símbolos del reino, de lo que sucede cuando Dios entra en el corazón de las personas y de la sociedad, como Padre cuyo señorío se verifica en el amor incondicional y gratuito que modela suavemente la intimidad del ser humano” (Espeja, 2001, p. 147).

En general, las parábolas de Jesús parecen contradecirlo todo, despiertan interés y curiosidad en los oyentes, lo invierten todo, hacen pensar y se ofrecen como ejemplos sencillos y claros. Siguiendo a Pagola (2012) se puede decir que de todas, la parábola que más provocó desconcierto fue la del grano de mostaza (cf. Mc 4, 31-32; Mt 13, 31-32; Lc 13,19), al hacer referencia a algo débil, insignificante y pequeño para indicar que el dinamismo del reinado de Dios está irrumpiendo de forma silenciosa y lo va transformando todo (la vida es más de lo que se ve).

### **1.2.3 Identidad y misión de Jesús de Nazaret, fundamento de la conversión cristiana**

Después de un acercamiento al contexto judeocristiano del siglo I, que nos permitió comprender cómo se definía la identidad de una persona, y de una aproximación al mundo vital de Jesús que se manifestó bajo la categoría del reino de Dios expresado en sus palabras y acciones, a manera de síntesis afirmamos que la identidad y misión de Jesús son el fundamento de la conversión cristiana.

- Conocer la identidad y misión de Jesús de Nazaret, facilita descubrir su mundo interior y descubrir las motivaciones más profundas que deben impulsar la renovación de la vida cristiana y la reforma de la Iglesia en su misión evangelizadora.
- La identidad y misión de Jesús se muestra por sus “acciones” (sanar enfermos, casa-familia, mesa) así como por el anuncio del “Reino” de Dios y al “Dios” que quiere reinar. También por sus “palabras”, sobre todo por las parábolas, explica las características y consecuencias de ese reinado de Dios y, a la vez, las notas distintivas del Dios que reina.

- Los milagros, como las parábolas, además de ser signos de la inauguración del reino de Dios son buena noticia, pero solo para aquellos que optan por la novedad de Jesús de Nazaret y deciden iniciar un proceso de conversión permanente e integral, ya que afecta toda las dimensiones de su ser y de su vida (cambio de mente, corazón y vida) y tiene como característica la alegría, pues se trata de una respuesta gozosa y apasionante al descubrir dentro de sí mismo que Dios está interviniendo para instaurar su reino en el mundo (Espeja, 2001).
- Todo el ministerio público o actividad profética de Jesús de Nazaret -con sus palabras, acciones y silencios- son una “teopraxis”, una práctica existencial conforme a su experiencia de Dios. Vivió y murió en función del reino de Dios, relativizando todo lo que era y tenía por ese valor absoluto. Anunció la llegada del reino en un proceso conflictivo que le llevó a la cruz: el profeta que anunciaba la salvación acabó siendo víctima para la salvación, por ello se habla de que sufre una crisis que divide su vida en dos etapas, en la primera habla con entusiasmo, hace milagros, lee los signos de los tiempos, mientras que en la otra habla poco y guarda silencio para ofrecer su propia vida (Espeja, 2001).
- El verdadero signo de la presencia del reino de Dios son las personas convertidas que han tomado en serio y radicalmente el Evangelio, orientando de forma nueva sus sentimientos y reorientando su existencia, por lo que la llamada que Jesús de Nazaret, concreción de la bondad y amor del Padre, hace que la conversión tenga distintas modalidades, según las distintas situaciones humanas: al que se instala en las falsas seguridades, la conversión significa que Dios tome el lugar central en su vida; a los pobres, enfermos y agobiados por la miseria de la existencia, la conversión significa confianza (Espeja, 2001).

El verdadero creyente, quien se ha encontrado con Jesús, asume el llamado a configurarse con Él y a comprometerse con su misión; sólo desde esta experiencia asume su identidad de discípulo misionero reconociendo la relación entre reino de Dios y mundo, hablando de Dios como testigo creíble y coherente y aceptando el proceso gradual de conversión en el seguimiento y configuración con Cristo iniciado por el sacramento del bautismo.

### **1.3 LA CONVERSIÓN CRISTIANA Y SU ESPECIFICIDAD<sup>17</sup>**

Para que la conversión sea auténtica, debe tener como característica fundamental la acción de las tres divinas personas y la respuesta integral y permanente del hombre como miembro de la comunidad creyente. “La conversión cristiana es acción trinitaria en la que entra en juego la elección y llamada de Dios Padre, el Misterio Pascual de Cristo y el don del Espíritu [...] Por parte del hombre, la conversión no exige sólo arrepentimiento de los pecados [...] sino una entrega total a Dios en la fe caracterizada por una actitud fundamental radicalmente nueva que consiste en hacerse niño delante de Dios” (Alonso, 2011, pp. 117-118).

A partir de los elementos que se derivan del estudio de la conversión en la revelación y, particularmente de la misión e identidad de Jesús que llama a la conversión, en este apartado se desarrollan tres rasgos específicos que le distinguen, siempre desde la centralidad de Jesucristo y de su índole trinitaria: su carácter totalizante e integral, su carácter permanente y procesual y su carácter eclesial.

#### **1.3.1 El carácter totalizante e integral de la conversión**

La “Asociación Española de catequetas -AECA”, en su comentario al Directorio general para la catequesis (2005), explica que la conversión integral empieza en la mente que se abre a la verdad que es Dios y a la Verdad que Dios revela por medio de Jesús de Nazaret, concreción de su bondad y amor, siendo el cambio del corazón y el cambio de vida consecuencia de ello por obra del Espíritu. Para que la conversión, desde su índole trinitaria, sea auténtica ha de ser total e integral, esto es, ha de implicar todas las dimensiones del ser y de la vida de la persona, exige un cambio de la mente y del corazón

---

<sup>17</sup>Alonso, J & Alviar, J (2011), indican que en el XXXI Simposio Internacional de Teología de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra, celebrado en Pamplona del 14 al 16 de abril de 2010 se abordó el tema “Conversión cristiana y evangelización” y al definir qué es la conversión, se descubre su especificidad: en sentido amplio es iniciativa de Dios [acción trinitaria] para que el hombre se convierta; en sentido concreto como descubrimiento e incorporación a Cristo y a la Iglesia mediante el bautismo; como retorno a la fe y a la práctica religiosa tras un periodo de abandono, indiferencia o rechazo [conversión segunda]; y, como actitud permanente y manifestación continua de la dinámica de la existencia cristiana.

(dimensión interna de la conversión) y un cambio de vida (dimensión externa de la conversión).

La primera dimensión de la conversión a Dios es el cambio de mente (pensar como Él). El “Directorio General para la catequesis -DGC” (1997), en su numeral 54, señala que una adhesión plena a Dios implica la aceptación libre y sincera a su verdad revelada. “Este es el primer paso del proceso de la fe y de la conversión y, podemos decir, que es lo único que el hombre puede hacer: despojarse de su verdad para aceptar la Verdad” (AECA, 2005, p. 54).

La segunda dimensión es el cambio de corazón (juzgar como Él). El Directorio General para la Catequesis indica que no basta el cambio de mente es necesario el cambio del corazón (cf. DGC 55) donde el creyente, al encontrarse con el Evangelio (Identidad y misión de Jesús de Nazaret), lo “toma en serio”, cambia su perspectiva, sus valores y enriquece sus aspiraciones más profundas, ya que encuentra de manera sobreabundante lo que siempre buscó alcanzar: la plenitud y la felicidad (AECA, 2005). “De un corazón convertido o abierto a Dios, brota la adoración, confianza, fidelidad, generosidad (Esquerda, 1998, p. 144).

La tercera dimensión es el cambio de vida (vivir como Él). Esto es, la conversión implica un cambio moral y espiritual que conduce a un nuevo estilo de ser y vivir que se proyecta en todas las áreas de la vida: mundo interior, comunión eclesial, convivencia familiar y las actividades profesionales, económicas y sociales. Se trata de una reconsideración en la prioridad de los valores que conduzca a una nueva manera de ver la realidad y de obrar en ella. Un cambio permanente será autentico cuando tenga como fundamento un cambio interior profundo. “No hay humanidad nueva si no hay, en primer lugar, hombres nuevos” (EN 18).

### 1.3.2 El carácter permanente y procesual de la conversión

No hay que perder de vista que la conversión es obra del Espíritu, el hombre necesita la gracia para responder permanente y procesualmente a Dios; ha de darse una estrecha relación entre la libertad del hombre y la Gracia (AECA, 2005). “Por la fe el hombre se entrega entera y libremente a Dios [...], asintiendo libremente a lo que Dios revela. Para dar esta respuesta de la fe es necesaria la gracia de Dios, que se adelanta y nos ayuda con el Espíritu Santo, que mueve el corazón, lo dirige a Dios, abre los ojos del espíritu” (DV 5). La novedad teológica de la conversión neotestamentaria es la transformación del hombre en hijo de Dios por Cristo, para que por medio del Espíritu Santo sea capaz de llamar a Dios Padre Abbá y los hombres, hermanos (Alonso, 2011).

#### a. El carácter permanente de la conversión en general

La conversión es un estado permanente<sup>18</sup>, es un proceso que dura toda la vida e implica una primera decisión u opción de apertura total a la gracia de Dios y exige renovar y actualizar constantemente esta decisión fundante, a ejemplo de Jesús de Nazaret que con sus “acciones” y “palabras” vivió una entrega total y radical a Dios en el anuncio y vivencia del “Reino” (AECA, 2005). “La fe es un don destinado a crecer en el corazón de los creyentes. La adhesión a Jesucristo, en efecto, da origen a un proceso de conversión permanente que dura toda la vida” (DGC 56).

Es necesario resaltar que el ministerio de la Palabra es el instrumento primordial de este proceso ya que cumple diferentes funciones: en el primer anuncio llama a la fe; en la catequesis, fundamenta la conversión; y en la educación permanente es alimento constante para renovar y actualizar la vida nueva recibida. Es la palabra que llama, enseña y fortalece

---

<sup>18</sup> Menciona Alonso (2011), con respecto a la conversión como estado permanente que dura toda la vida, que autores cristianos como Clemente de Alejandría u Orígenes retoman la idea de que no es un acto puntual y definitivo siendo completamente diferente al estado eterno que proponen los filósofos, porque este fenómeno tiene una proyección escatológica que termina con el encuentro definitivo con Dios. Además, Borobio (1983), señala algunas razones porque la conversión es permanente: el ideal de conversión nunca puede ser pleno mientras peregrinamos en el mundo; por la fragilidad humana (egoísmo o indiferencia) se corre el riesgo de la des-conversión; siendo la fe y conversión elementos unidos y complementarios habrá que convertirse siempre para no dejar de creer y, es la conversión no se reduce a un acto sacramental sino que es una actitud existencial.

la fe y la conversión (cf. DGC. 57). La Palabra de Dios interpela la vida y hace una llamada constante a la conversión (cf. VD 39). “Las Escrituras han ocupado una posición de primer plano en todos los momentos importantes de renovación en la vida de la Iglesia, desde el movimiento monástico de los primeros siglos hasta la época reciente del Concilio Vaticano II” (IBI, 2011, p. 107).

En el esfuerzo por distinguir este proceso permanente, de manera general se pueden reconocer los siguientes momentos: la conversión inicial, la decisión fundamental, la catequesis de iniciación y, por último, el camino hacia la perfección.

El primer momento es la conversión inicial. Al escuchar el primer anuncio explícito e incluso a “quemarropa” se suscita en el oyente un deseo o gusto por conocer el Evangelio. Aunque no es una decisión firme, es un paso y condición necesaria para los siguientes momentos. Se puede decir que los oyentes son simpatizantes o convocados movidos por una inquietud profunda y buscan profundizar más el kerigma para llegar después a una decisión libre, sincera y alegre, frutos del deseo de abrazar la fe conscientemente (AECA, 2005). Este proceso es lo que se llama conversión inicial<sup>19</sup>, que concatenado a los otros momentos o dimensiones de la conversión (cambio de corazón y vida) son consecuencia del cambio de mente y obra del Espíritu. No se pretende un cambio radical en la vida o conducta (finalidad de la catequesis o catecumenado), sino de un cambio de horizonte.

“Toca a las Conferencias Episcopales, además de la evangelización propia de este período, determinar, dado el caso, y según las circunstancias de la región, el modo de recibir por primera vez a los que se podría llamar ‘simpatizantes’, es decir, a los que, aunque todavía no crean plenamente, muestran, sin embargo, alguna inclinación a la fe cristiana” (RICA 12).

El segundo momento es la decisión u opción fundamental. Después de haber experimentado la conversión inicial, el segundo momento implica la adhesión a Jesucristo y

---

<sup>19</sup> Se pueden mencionar cuatro características principales con respecto de la conversión primera: la des-centralización de la propia personalidad; el encuentro con el Dios vivo de Jesucristo; la re-unificación personal, psicológica y social del convertido; y, la identificación con la comunidad de los creyentes (Borobio, 1983).

la decisión de seguirlo libremente; este paso es fundamental para la construcción de la vida futura del convertido, es por ello necesario no descuidarlo ni restarle valor con respecto a los otros momentos. Debe tomarse en su valor la voluntad de seguirle (AECA, 2005). Es necesario recordar que los apóstoles, al proclamar el mensaje de salvación, invitan a sus oyentes, de forma abierta y explícita, a la conversión, para ser bautizados en el nombre de Jesucristo y para que reciban el Espíritu Santo (cf. Hch 2, 37-41).

El tercer momento es la catequesis de iniciación. Después de haber optado por Jesucristo, es a través de la catequesis como se introduce al convertido en el conocimiento de la fe y práctica de la vida cristiana, teniendo como objetivo fundamental favorecer el cambio progresivo tanto de actitudes como de comportamiento. Al lograr la madurez necesaria, puede profesar su fe de modo explícito y será cuando la Iglesia le administre los sacramentos de la iniciación cristiana: bautismo, confirmación y eucaristía (AECA, 2005).

El cuarto y último momento es el deseo de alcanzar la perfección. Después de haber celebrado los sacramentos de la iniciación cristiana, estos son ahora, inicio y camino de perfección del bautizado: proceso permanente de conversión. “El bautizado, impulsado por el Espíritu, alimentado por los sacramentos, alentado por la oración, comprometido por el ejercicio de la caridad y guiado por la Iglesia, busca hacer suya la invitación de Cristo a ser perfectos como el Padre Celestial” (AECA, 2005, p. 55).

La conversión cristiana, como opción de vida por Jesús de Nazaret que pasó la vida haciendo el bien a través de sus “palabras” y “acciones” (fundamento de su identidad y misión), es un proceso-crecimiento siempre inacabado, una tarea permanente, donde se debe progresar a través de las diferentes etapas y crisis que ésta implica (Galilea, 1994).

b. El proceso de la conversión segunda, reorientación total de la personalidad

Una vez realizada la “auto-posesión” y decisión de recibir y asumir la conversión primera por el sacramento del bautismo, en el creyente puede darse un abandono de la fe y

de la práctica religiosa a causa del pecado mortal, la indiferencia o el rechazo, siendo necesaria la conversión segunda.

“Por conversión segunda se entiende, pues, la respuesta que el bautizado creyente da ante una situación de pecado mortal, que supone ruptura de la comunión con Dios y con la Iglesia, en cuanto actitud y medio correspondiente para recuperar aquella orientación de la conversión primera y aquella gracia bautismal, y así ser acogido y reconocido en la plena comunión con Dios y con la Iglesia” (Borobio, 1983, p. 222).

Las características principales de la conversión segunda son: rechazo del pecado, renovación de la vida y la manifestación externa.

- *Rechazo del pecado* El rechazo del pecado, que no es la conversión total, es condición necesaria para que la conversión segunda sea verdadera e implica un despegarse o comprometerse en romper con la situación o actitudes que se oponen a los valores del reino y que han afectado las dimensiones del ser y vida de la persona, siendo necesaria una de-centración y des-estructuración de la propia personalidad para romper con la cerrazón egocéntrica que fácilmente deriva en escrupulosidad o desesperación, para lograr una reunificación por la conversión. “La Iglesia ha expresado este movimiento o actitud de diversas maneras: por la contrición (porque rompe con algo que se había endurecido y cristalizado); por la compunción (porque supone como una punzada o desgarramiento interior); por el dolor del corazón (porque conlleva un sufrimiento interno y una tristeza); por las lágrimas, porque son el signo del rechazo y del dolor” (Borobio, 1983, p. 222).
- *La renovación de la vida* El punto central de la conversión segunda, y que constituye la verdadera esencia y finalidad de la conversión, es la renovación, recreación y transformación. Es recuperar la novedad del Evangelio por la cual se retoman las aspiraciones y anhelos más profundos, adquiriendo una actitud esperanzadora del futuro. Por tanto, es “*metánoia*” total e integral que renueva o reorienta la vida entera. “Esta reorientación, que es gracia de Dios, depende también de la intensidad y profundidad del acto de la voluntad, por el que, al mismo tiempo

que se rechaza el pecado desde el centro de la persona, se in-vierte y transpone la orientación de la libertad, renovando el ideal de la vida cristiana” (Borobio, 1983, p. 223).

- *Manifestación externa.* La manifestación externa es un elemento constitutivo de la misma autenticidad y veracidad de la conversión. La conversión, acontecida en el interior del hombre, es integral cuando se hace externa y visible para ser plenamente humana y verdaderamente cristiana. Esta manifestación se realiza de dos formas o en un doble nivel: “en primer lugar, por medio de las obras de justicia y caridad (“frutos de conversión”: Mt 3,8), por las que se verifica la verdad de la conversión en la vida; y en segundo lugar, por medio de signos eclesiales, por los que el penitente manifiesta su conversión ante la Iglesia, y ésta reconoce su autenticidad para la reconciliación” (Borobio, 1983, p. 224).

### **1.3.3 El carácter eclesial de la conversión: se realiza en la Iglesia como tarea y misión**

La conversión no es un acto individual y aislado sino que tiene dos referencias básicas: Dios y la Iglesia. En primer lugar, la conversión está referida a Dios que siempre toma la iniciativa y está atento al hombre esperando de éste su respuesta; el hombre se convierte desde Dios (iniciativa), por Dios (gratuidad) y para Dios (fin). “La conversión es toda de Dios, porque él la inicia y de él depende; y es toda del hombre, porque a él sólo le corresponde convertirse” (Borobio, 1983, p. 223). Pero, en segundo lugar, la conversión también está referida a la Iglesia, que acoge, anima y colabora en el proceso de retorno y renovación de la vida, a través de la “teopraxis” de Jesús de Nazaret y la lógica del reino con sus implicaciones últimas.

El Papa Benedicto XVI<sup>20</sup>, en el número dos de la Exhortación Apostólica “*Verbum Domini*” menciona que “Participar en la vida de Dios, Trinidad de Amor, es alegría completa (cf. 1 Jn 1,4). Y comunicar la alegría que se produce en el encuentro con la

---

20 Joseph Ratzinger (2005), en su obra “La Iglesia. Una comunidad siempre en camino”, señala además que la conversión es vivida y proclamada por la Iglesia ya que “No es una comunidad de quienes no tienen necesidad del médico, pero sí es una comunidad de pecadores convertidos, que viven en la gracia del perdón, transmitiéndola a su vez a otros” (p. 140).

Persona de Cristo, Palabra de Dios presente en medio de nosotros, es un don y una tarea imprescindible para la Iglesia”.

La Iglesia, como comunidad convertida por el encuentro con Jesucristo, necesita “tomar en serio” la conversión, asumiendo integralmente sus dimensiones personal y comunitaria; sin éstas, cualquier “conversión” queda esencialmente viciada o aplazada (Guerra, 1988). Por ello la Iglesia, en cuanto comunidad, tiene la conversión como tarea permanente y su anuncio como misión imprescindible.

a. La Iglesia, comunidad convertida: tarea

La Iglesia, en cuanto comunidad convertida, tiene como actitud fundante la apertura al Espíritu de Jesucristo; el seguimiento y el proceso de conversión que supone, y que da razón de su ser y quehacer eclesial. No se puede olvidar que el proceso de conversión de la Iglesia solo es posible si cada uno de sus miembros lo realiza, ya que “la Iglesia, abrazando en su seno a los pecadores, es a la vez santa y siempre necesitada de purificación, y busca sin cesar la conversión y la renovación” (LG 8).

“La conversión individual, a la vez que introduce vitalmente en la comunidad creyente, acontece inicial y progresivamente en ella, abiertos al Espíritu de Jesús y en relación con personas cuyo estilo de vida contagia la decisión de compartir esa misma trayectoria y abre a nuevas posibilidades de existencia” (Herráez, 1993, p. 250), lo cual exige también respetar y acoger las características de cada proceso personal de conversión.

La conversión cristiana es tarea de la Iglesia también porque se celebra en la Iglesia y cada uno de los sacramentos expresan la acogida, vivencia, celebración y anuncio de la conversión, destacando los sacramentos del bautismo y la reconciliación. En ambos se expresa y celebra de modo propio y explícito el hecho de la conversión.

El bautismo [realiza la *metánoia* cristiana fundamental] ha de llevar consigo la conversión personal y la inserción en la comunidad de los convertidos; la

confirmación ha de atestiguar el proceso de una conversión permanente y la pertenencia más efectiva a la asamblea de los bautizados; en el sacramento de la reconciliación se celebra de modo específico la acogida de la bondad de Dios, el encuentro con la propia verdad interior y la recuperación o acrecentamiento de la alegría de la salvación; en la eucaristía la familia de los convertidos “recibe alimento y vida” de “la mesa de la palabra de Dios y del cuerpo de Cristo” (DV 21; PO 18, AG 6); el orden sacerdotal configura a los testigos y anunciadores de conversión; el matrimonio es signo de la unión reconciliada de Cristo y su Iglesia; la unción de los enfermos ayuda a la conversión definitiva al Señor. (Herráez, 1993, p. 251)

b. La Iglesia, comprometida en el anuncio de la conversión: misión

La Iglesia es una “comunidad que, reconociéndose pueblo de Dios en camino y llamado a vivir en alianza con él, a medida que, en actitud de conversión, se esfuerza por desprenderse de cuanto dificulta esta alianza y por hacer suyo cuanto le ayuda a recibirla con mayor plenitud, comprende mejor y se siente urgida a proclamar y ofrecer coherentemente esa misma propuesta de vida” (Herráez, 1993, p. 250).

La Iglesia tiene el anuncio de la conversión como misión por ser comunidad convertida que se expresa en las vidas concretas de los hombres que se convierten en signos de conversión y agentes de construcción y transformación de la sociedad. “En contraposición, obstaculizan seriamente su avance positivo quienes no se sienten urgidos a promover esa superación, e incluso quienes la anuncian sin el compromiso de convertirse ellos mismos” (Herráez, 1993, p. 252). Esta dimensión eclesial de la conversión en la edificación de la sociedad debe motivar a todo miembro de la comunidad cristiana en la transformación y humanización de la sociedad. “Por eso, la comunidad cristiana convertida, para seguir construyendo historia de salvación, ha de estar decidida a implicarse efectivamente con el ser humano” (Herráez, 1993, pp. 252-253).

De esta manera, la conversión cristiana es principio de espiritualidad cristiana pues es la vida según el Espíritu de Jesús; su seguimiento implica la tarea permanente de vivir como Él, y asumiendo su causa; es el modo concreto de vivir la condición de bautizado; es la manera específica de vivir el Evangelio en la Iglesia y desde la Iglesia, en un tiempo y un lugar determinados (Valadez, 2003). Sólo asumiendo esta vida, cumpliéndola como tarea, se puede impulsar en los demás y con ello favorecer una evangelización renovada. “La vida de los santos –la existencia de san Pablo es un buen ejemplo- muestra de una manera luminosa que la conversión cristiana como transformación en Cristo es don y tarea; ante todo don, llamado de Dios Uno y Trino, pero don que ha crecer en el terreno de una fe viva y concreta” (Alonso, 2011, p. 126).

## **CAPÍTULO II**

### **CONVERSIÓN PERSONAL Y PASTORAL DE LOS PRESBITEROS DESDE SU IDENTIDAD**

El documento conclusivo de la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano y de El Caribe, celebrada en Aparecida, Brasil 2007, en su numeral 366 afirma que “La conversión personal despierta la capacidad de someterlo todo al servicio de la instauración del Reino de vida. Obispos, presbíteros, diáconos permanentes, consagrados y consagradas, laicos y laicas, estamos llamados a escuchar con atención y discernir lo que el “Espíritu está diciendo a la Iglesia” (Ap 2,29) a través de los signos de los tiempos en los que Dios se manifiesta”.

La conversión personal, se ha expresado en el capítulo anterior y el texto citado lo confirma, exige dos claves fundamentales: el encuentro auténtico con Jesucristo y el compromiso con su causa. Si la conversión ha de despertar la capacidad de someterlo todo al servicio de la instauración del Reino de vida, asumir la causa de Jesús, reclama una revisión de la pastoral de la Iglesia en su conjunto.

El presente capítulo centra su atención en la conversión personal y pastoral de los presbíteros desde su identidad y se orienta a describir que el camino para lograrla se encuentra en el propio ejercicio de su ministerio, a condición de tener claro lo específico de su discipulado y su misión, y los elementos fundamentales de la conversión personal y pastoral de los presbíteros.

Favorecer la conversión personal y pastoral de los presbíteros es una tarea compleja, ya que afecta su núcleo vital profundo que se expresa en su mentalidad, sus criterios, sus actitudes, sus hábitos, sus valores, sus relaciones, sus opciones, sus conductas, etc. Pero es, con mucho, lo más decisivo en nuestro tiempo (Valadez, 2008).

## 2.1 LOS PRESBITEROS COMO DISCIPULOS MISIONEROS DE JESÚS BUEN PASTOR

Para describir a los presbíteros como discípulos misioneros de Jesús Buen Pastor, de acuerdo al título que les asigna el Documento Conclusivo de la V Conferencia Latinoamericana y de El Caribe, conviene conocer las significaciones del término “discípulo”, mediante un acercamiento al Nuevo Testamento, y distinguir los elementos fundamentales de la identidad de todo discípulo misionero.

### 2.1.1 El discipulado en el Nuevo Testamento

El término “discípulo”<sup>21</sup>, en griego *mathetes*, es correlativo de Maestro (*rabbí*, *didáskalos*). Esta relación maestro-discípulo, en el ámbito judío, trascendía la enseñanza-aprendizaje intelectual, ya que implicaba comunión de vida (identidad y misión) mediante la “auto-apropiación” o “*metanoia*” que implica todas las dimensiones de la persona.

En el NT la palabra “discípulo” tiene varias significaciones (León, 1982). En un sentido amplio, se entiende por discípulo, aquel que hace una opción libre y consciente para orientar su vida bajo la guía de un maestro y, por tanto, quien toma la actitud permanente de escucharlo y “auto-apropiarse” sus enseñanzas (cf. Mt 10,24; Lc 6,40). “El seguimiento del discípulo (*ákoloutein*) es tanto un “ir detrás de” que significa fidelidad y coherencia en la puesta en práctica del mensaje de Jesús” (Ortíz, 2006, p. 15).

En sentido más restringido, el discípulo es quien hace una “auto-apropiación” no sólo del pensamiento, sino también del “*modus vivendi*” del maestro. Leonidas Ortíz, en su obra “La Formación Sacerdotal a la luz del Discipulado”, menciona que en el AT tanto los profetas como los sabios (cf. Is, 8, 16; Pr 1,8-10; 2,1) y en el NT tanto los fariseos como Juan el Bautista (cf. Mt 22,16; Mc 2,18; Mt 9, 14; 11,2) tenían discípulos: “Los profetas

---

21 El término “discípulo” en latín significa “el que aprende”. Jesús siempre es presentado junto a sus “discípulos”, teniendo una clara diferencia entre los “discípulos” de los fariseos y los de Juan Bautista. Los discípulos de los rabinos aprendían a interpretar la Ley, y sabiendo este oficio se independizan del que los había enseñado. En el discipulado de Jesús, toda la vida se es discípulo, porque la relación no se limita al conocimiento de sus enseñanzas, sino que se establece con el mismo Jesús. “Ser discípulo de Jesús significa vivir para siempre en comunión creciente [proceso] con su persona” (BIA, 2011, p. 306).

tenían sus discípulos, como los que rodean a Isaías, los cuales reciben en depósito su testimonio y su revelación; también los sabios tienen discípulos, a quienes llaman sus ‘hijos’; lo mismo sucede con los fariseos y Juan Bautista” (2006, p. 16).

En sentido estricto, en el Nuevo Testamento este término se aplica exclusivamente a los que reconocen a Jesús de Nazaret como su Maestro, a los doce apóstoles (cf. Mt 10,1; 11,1; 28;16) y, después, a un grupo mayor que le seguía continuamente (cf. Mc 12-14; Lc 7,11; Jn 2,2.22), de quienes Lucas afirma que eran setenta y dos y que fueron enviados por Jesús, de dos en dos (cf. Lc 10, 1-17).

En el libro de los Hechos de los Apóstoles, a partir del capítulo sexto (cf. Hch 6,1), se aplica la acepción de “discípulos” a los creyentes, es decir, a los que han optado por la fe de Jesús, refiriéndose tanto a los que lo conocieron como a los que no tuvieron esa experiencia personal. Por tanto, discípulo viene a significar lo mismo que cristiano (Ortíz, 2006).

Se establece, por tanto, una relación entre maestro-discípulo que no se reduce a formar un “discípulo intelectual” sino un “discípulo orgánico”; es decir, el discípulo entra en comunión de vida con Jesús y se “auto-apropia” su mensaje mediante un proceso permanente de conversión que implica todas las dimensiones del ser y asume un “*modus vivendi*” particular y original. El discípulo, el cristiano, es llamado a asumir la identidad y la causa del maestro hasta las últimas consecuencias<sup>22</sup>: renuncia aun a lo que más ama; participa, por la decisión de seguir a su Señor, del odio o desprecio del mundo; comparte, en fin, la vida y el destino del maestro (pasión, muerte y resurrección).

---

22 Las exigencias o consecuencias de llamado que Jesús hace a sus discípulos son claras: “Si alguno quiere venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, cargue con su cruz y me siga” (Mc,8,34); “Si alguno viene a mí y no me ama más que a su padre y a su madre, que a su mujer y a sus hijos, que a sus hermanos y a sus hermanas y más que a su propia vida, no puede ser mi discípulo” (Lc 14, 26); “Si el mundo los odia sepan que antes me odió a mí. Si ustedes fueran del mundo, el mundo los amaría como algo propio, pero ustedes no son del mundo, porque yo los elegí de entre los que son del mundo. Por esto el mundo los odia” (Jn 15, 18-19).

Desde el inicio de su ministerio, Jesús conformó un grupo de discípulos con los que compartió su identidad y misión<sup>23</sup>. Éstos desempeñaron un papel primordial en la tarea evangelizadora a partir del acontecimiento pascual que les impulsó a crear comunidades, las cuales tendrían como base el testimonio de vida de los apóstoles y, de acuerdo a las situaciones concretas, aprenderían a vivir un discipulado y una misión contextualizados.

La misión consiste en que, unidos al Maestro, sean sal (cf. Mt 5, 13-16), luz y levadura en el mundo, anunciando la Buena Nueva de Salvación. La comunidad de los discípulos se debe distinguir por la comunión (fraternidad y solidaridad) y la coherencia de vida (cf. Jn 13, 35); san Juan indica que lo que debe distinguir a los discípulos ante el mundo es el amor que se tienen (cf. Jn 13,35). “Todo discípulo de Jesús es un misionero a quien le incumbe la responsabilidad de hacer presente la obra salvadora de Jesucristo en el ambiente en el que le toca vivir y trabajar” (BIA, 2011, p. 316).

### **2.1.2 La identidad del discípulo: vocación, vida comunitaria y misión**

Siguiendo a Leonidas Ortíz (2006), se describe la identidad del discípulo a partir de tres elementos característicos<sup>24</sup>: la vocación, la vinculación a la comunidad y la misión.

Un primer rasgo de la identidad del discípulo será la vocación<sup>25</sup>, el llamado que Jesús hace a sus discípulos, a partir de su propia vocación de parte Dios y de su respuesta total e integral al Padre<sup>26</sup>. “La relación de Jesús con sus discípulos comienza con una llamada. Jesús llama con autoridad, a personas concretas en los más diversos lugares [...]

---

23 Marcos y Mateo inician su relato con la predicación de Juan el Bautista, el Bautismo de Jesús y las tentaciones en el desierto; y luego, presentan a Jesús cuando comienza la proclamación de la Buena Nueva de Dios y llama de inmediato a los cuatro primeros discípulos. Tanto el anuncio de la Buena Nueva y la vocación de los discípulos, están íntimamente vinculados entre sí (Ortíz, 2006).

24 El Documento de Participación para la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano en el numeral 45 señala también estos tres elementos: el llamado personal que hace Jesús al discípulo (vocación) y la respuesta amorosa y creyente por su voluntad de seguirlo, lo vincula inmediatamente a una comunidad de fieles en la que busca por el discernimiento cuál es su misión en la Iglesia y la sociedad.

25 Es necesario recordar que en las escuelas rabínicas, el maestro era elegido por sus estudiantes. Pero como lo indican los Evangelios, los discípulos de Jesús llegan a ser tales por un llamado (Mt 4,19; 9,9; Jn 21,19). El Evangelista Juan lo expresa de una forma clara al decir “No me eligieron ustedes a mí, sino que yo los elegí a ustedes y los destiné para que vayan y den fruto, y un fruto que permanezca” (Jn 15,16).

26 Se puede señalar tres escenas que son fundamentales para comprender la vocación de Jesús: el bautismo, el discernimiento en el momento de las tentaciones y la decisión de proclamar la Buena Nueva del Reino de Dios” (Ortíz, 2006, p. 18)

en diversas circunstancias [...] en situaciones personales distintas [...] y con una propuesta bien definida: para estar con Él y para enviarlos a predicar” (Ortíz, 2006, pp. 19-20). No hay que olvidar que en la Biblia este llamado se hace por la palabra o por una acción simbólica (cf. Mc 1,17-20) en la cotidianidad de las personas y mostrando la sensibilidad y el contacto permanente que tiene con el mundo vital de sus discípulos.

La novedad de la vocación del discípulo radica en que ya que no es el discípulo quien escoge al maestro, sino que es Éste quien llama y hace una propuesta personal a la que el que ha sido llamado debe responder, iniciando un proceso o itinerario de fe hasta las últimas consecuencias en las que se manifieste “el seguimiento y testimonio martirial, dimensiones fundamentales del discipulado” (Ortíz, 2006, p. 21).

Un segundo rasgo de la identidad del discípulo será la vida comunitaria, por la cual todos los llamados son hermanos y donde ninguno puede hacerse denominar maestro o padre (cf. Mt 23,8). Jesús reconoce la respuesta valiente, generosa y radical de sus nuevos seguidores y los inserta en su comunidad. “Formar comunidad significa abrazar su estilo de vida; asumir su destino con todas sus exigencias; participar en su misión; estar en actitud de permanente conversión; mantener la alegría por la proximidad del Reino [...] Es una vida comunitaria donde Jesús es el Maestro, los apóstoles son sus discípulos, el Reino es el mensaje, el amor es el lazo de unión, la Eucaristía es el corazón y la predicación del Evangelio es la misión” (Ortíz, 2006, pp. 22-24).

Valadez (2003) señala que la formación-educación de la comunidad de los discípulos de Jesús implicó tener y vivir una pedagogía-mística, con actitudes muy específicas: dedicación, paciencia, cercanía, constancia, ternura, firmeza.

En el documento de Participación de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, en el numeral 38, se menciona que “el encuentro con Jesucristo es la raíz, la fuente y la cumbre de la vida de la Iglesia y el fundamento del discipulado y de la misión”. En esta afirmación se recoge lo dicho anteriormente en el estudio del NT, queda

claro, entonces, que el tercer rasgo de la identidad del discípulo es la misión<sup>27</sup>, el reino de Dios, por lo que no se puede comprender a un discípulo de Jesús sin que sea, a la vez, misionero.

El P. Fidel Oñoro (2002), afirma que “Para Jesús, formar en el discipulado a los suyos, tiene una importancia vital. No se trata de iniciar al discípulo en los misterios del Reino de Dios y en la actitud de entrega y de servicio a la humanidad, sino también de entrenarlos para que propaguen y sigan difundiendo su mensaje” (p. 5).

“La misión que el Señor encomienda a sus discípulos es hacer discípulos mediante la predicación de la Buena Nueva, bautizándolos e iniciándolos en la vida cristiana, especialmente la Eucaristía y la caridad para con los pobres y abandonados” (Ortíz, 2006, p. 40). Esta misión, entonces, implica favorecer la conversión personal y pastoral, de manera que se promueva la apertura a la vida plena a la vez que la dignidad, la fraternidad y la solidaridad en el mundo, esto es, la vida nueva para nuestros pueblos.

### **2.1.3 El presbítero, discípulo misionero de Jesús Buen Pastor según Aparecida**

El documento conclusivo de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, bajo el título “Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en Él tengan vida”<sup>28</sup>, desarrolla el tema de los Presbíteros en el quinto capítulo, al tratar la Comunión de los discípulos misioneros de la Iglesia (cf. DA 154 a 239) en el tercer apartado, cuando trata de los “Discípulos misioneros con vocaciones específicas” (cf. DA 184 a 224) y donde nombra a las diversas vocaciones con títulos y calificativos muy bellos

---

27 El término “misión” se utiliza para expresar el “envío” de una persona con el objetivo de cumplir la tarea que se le ha encomendado. San Juan indica que Jesús fue enviado por el Padre para que el mundo “se salve por él” (Jn 3,17;cf. 12,47) para que destruyendo el pecado, sean merecedores de la vida eterna (cf. Jn 6,40). Jesús continúa su misión al enviar a sus discípulos que son llamados a ser “pescadores de hombres”(Mc 1,17), y enviados a “evangelizar” anuncian a todos el Reino de Dios, ya presente en el mundo (BIA, 2011).

28 Con este título es comprensible que el binomio “discípulo-misionero” aparezca más de 100 veces en todo el documento. “La parte central del DA, la segunda parte, está dedicada a la ‘Vida de Jesucristo en los discípulos misioneros’, y cada parte de este capítulo retoma el discípulo misionero bajo otro aspecto: la alegría de ser, la vocación, la comunión y la formación” (Suess, 2010, p. 37).

e interesantes (Melguizo, 2008) <sup>29</sup>. El documento denomina a los presbíteros discípulos misioneros de Jesús Buen Pastor, y desde esta categoría procura clarificar su identidad y su misión (cf. DA 191-204) <sup>30</sup>.

No hay que perder de vista que en el AT el título de pastor sólo se le daba a Yahvé, único y verdadero Pastor de Israel (cf. Sal 23, 1-4), mientras que Jesús de Nazaret viene a ser la concreción de la promesa que Dios hiciera, a través de los profetas (cf. Ez 34, 11.15), de dar a su pueblo un Pastor-Mesías. “Jesús conoce la tradición bíblica acerca del pastor y poco a poco va descubriendo y asumiendo su identidad y misión: la parábola del pastor y de la oveja perdida (cf. Mt 18,12-14; Lc 15,4-7) y el relato del Buen Pastor (cf. Jn 10,1-30) constituyen un auténtico autorretrato” (Valadez, 2003, p. 71).

El evangelio de Juan es el que presenta y desarrolla la categoría teológica de “Buen Pastor” que Jesús mismo se asigna: Jesús es el Buen Pastor (cf. Jn 10,11), donde el “yo soy”, utilizado frecuentemente en este evangelio, indica su ser más profundo de Hijo de Dios hecho hombre, “ungido” y “enviado” por el Padre (Jn 10,36) y por el Espíritu Santo (Lc 4,18). Jesús obra como Buen Pastor; esto es, llama, guía, expone su vida, anuncia la Buena Nueva y busca salvar integralmente a cada ser humano. Jesús vive hondamente el estilo de vida de Buen Pastor que ama a todos por igual, está dispuesto a dar su vida por las ovejas (cf. Jn 10,11ss), teniendo como fundamento de su amor afectivo y efectivo el amor al Padre en el Espíritu Santo.

---

29 El documento de Aparecida asigna a las vocaciones específicas los calificativos de discípulos misioneros estableciendo particularidades: A los Obispos como discípulos misioneros de Jesús Sumo Sacerdote; a los Diáconos, como discípulos misioneros de Jesús Servidor; a los Laicos, como discípulos misioneros de Jesús Luz del mundo; y a los Consagrados, como discípulos misioneros de Jesús Testigos del Padre (cf. DA 186-224). Recordemos que en el Concilio Vaticano II, en la Constitución Dogmática *Lumen Gentium*, Sobre la Iglesia, se asignaron títulos y calificativos solo a tres vocaciones específicas: sacerdotes (LG III), signo de Buen Pastor; Laicos (LG IV), signo de Cristo en medio del mundo; y Vida Consagrada (LG VI), signo de las bienaventuranzas.

30 Melguizo, señala una clave de lectura y estudio para comprender y aplicar las conclusiones de Aparecida: “hay que leerlas y estudiarlas transversalmente porque no hay que buscar en ellas por separado lo que se refiere al laico o al sacerdote en general, o al párroco en particular. Porque todos, absolutamente todos, sin excepción, somos discípulos misioneros de Jesucristo, empezando por los Obispos y empezando por la misma Iglesia que tiene que ser ella la primera discípula” (2008, p. 26). Ya que, lo que es válido para los cristianos en general, es válido también para todos los presbíteros sin dar nada por supuesto. Otras obras para comprender el documento de Aparecida son: Ortíz, L. (2010), “Claves para su lectura”. Bogotá: CELAM; Brighenti, A (2008). “Para entender el documento de Aparecida”. Bogotá: San Pablo; Fernández, V. (2007). “Claves de interpretación y aplicación de Aparecida”. *Medellín*, 38 (131), 363-375.

Las actitudes de Jesús Buen Pastor son el reflejo de su ser (identidad) y se expresan en su obrar comprometido (misión) con los más pobres y marginados. “Las diversas analogías empleadas por Él para indicar su propia realidad (esposo, hermanos, amigo...) se pueden resumir en la de Buen Pastor. Su ser, su obrar y su vivencia corresponden a la realidad profunda” (Esquerda, 2002, p. 46).

Esquerda (2002), en un breve resumen y retomando la enseñanza de *Presbyterorum Ordinis*, afirma que el presbítero está llamado hoy a ser signo transparente de Cristo Buen Pastor en medio de un mundo que necesita testigos y que pide experiencias y coherencia: “Signo de Buen Pastor en la Iglesia y en el mundo, participando de su ser sacerdotal (PO 1-3); prolongación del actuar del Buen Pastor, obrando en su nombre en el anuncio del evangelio, en la celebración de los signos salvíficos (especialmente la Eucaristía) y en los servicios de la caridad (PO 4-6); transparencia de las actitudes y virtudes del Buen Pastor, presente en la Iglesia “comunidad” y misión (PO 7-22)” (p. 35). De esta manera, la categoría teológica de “Jesús Buen Pastor” será la fuente primordial de la espiritualidad pastoral del presbítero; no ha de ser un título más, sino que ha de ser el fundamento de su ser (identidad) y de su quehacer (misión). Las actitudes más profundas de Jesús Buen Pastor, las que lo impulsaron en su misión y fundamentan su personalidad, deben ser asumidas por los presbíteros.

De forma más descriptiva y con un énfasis más pastoral, el numeral 199 del documento de Aparecida nos ofrece, en la línea del buen pastor, elementos para un perfil del presbítero:

“El pueblo de Dios siente la necesidad de presbíteros-discípulos que tengan una profunda experiencia de Dios, configurados con el corazón del Buen Pastor, dóciles a las mociones del Espíritu, que se nutran de la Palabra de Dios, de la Eucaristía y de la oración; de presbíteros-misioneros; movidos por la caridad pastoral: que los lleve a cuidar del rebaño a ellos confiados y a buscar a los más alejados predicando la Palabra de Dios, siempre en profunda comunión con su obispo, los presbíteros, diáconos, religiosos, religiosas y laicos; de presbíteros-

servidores de la vida: que estén atentos a las necesidades de los más pobres, comprometidos en la defensa de los derechos de los más débiles y promotores de la cultura de la solidaridad...”.

El documento de Aparecida insiste en que la caridad pastoral ha de ser la fuente de toda espiritualidad sacerdotal “ya que anima y unifica su vida y su ministerio” (DA 198). A partir de esta experiencia profunda los presbíteros podrán ser testigos de la primacía de Dios, lograrán una presencia más cercana con el pueblo, particularmente con los grupos humanos en situación de mayor necesidad, tendrán una mayor dedicación al acompañamiento espiritual y reflejarán una gran coherencia con lo que predicán. Todos estos elementos dejan ver la urgencia de “la renovación o conversión de los agentes de pastoral, y especialmente de los presbíteros” (Esquerda, 2002, p. 26).

El documento de Aparecida afirma que para lograr estos nuevos presbíteros discípulos misioneros es necesario que las diócesis y las Conferencias Episcopales impulsen una pastoral presbiteral que tenga como prioridad la espiritualidad específica y la formación permanente e integral de los sacerdotes (cf. DA 200). No hay que olvidar la exhortación que nos hiciera el Concilio Vaticano II:

“... Recuerden además todos los pastores que ellos, con su trato cotidiano y con su solicitud, muestran al mundo el rostro de la Iglesia a partir del cual los hombres juzgan la fuerza y la verdad del mensaje cristiano. Con su vida y con sus palabras, junto con los religiosos y sus fieles, deben mostrar que la Iglesia, por su sola presencia, con todos los bienes que contiene, es fuente inagotable de todas aquellas que el mundo actual necesita en grado sumo...” (GS 43).

## **2.2 ELEMENTOS FUNDAMENTALES DE LA CONVERSIÓN PERSONAL Y PASTORAL DE LOS PRESBITEROS**

La exigencia de la conversión personal y pastoral, como lo hemos considerado arriba, se plantea a toda la Iglesia; pero dado el carácter propio del ser y quehacer del presbítero y su impacto en la pastoral de la Iglesia ahora se considera de éste en particular. “Todos sabemos, y la experiencia cotidiana lo demuestra, que la Iglesia se mueve en gran parte gracias al esfuerzo de los Presbíteros. Cuando ellos se mueven, la Iglesia se mueve. Por tanto, si este precioso y urgente proyecto de la misión es acogido por ellos con pasión y lucidez la Iglesia Latinoamericana y caribeña será de verdad” (Hummes, 2008, p. 224).

Para sintetizar lo fundamental de la conversión personal y pastoral de los presbíteros conviene tener en cuenta la actitud permanente que exige, el proceso de acompañamiento que se le ofrece y la meta última a la que se dirige.

### **2.2.1 La “*metanoia*” como actitud permanente**

En el discurso inaugural de la segunda Conferencia General del Episcopado de América Latina, celebrada en Santo Domingo, el Papa Juan Pablo II indicaba que toda Nueva Evangelización sería una llamada a la conversión (cf. Mensaje inaugural No. 1). Sin embargo, no podemos olvidar que la conversión, con sus dimensiones fundamentales (interna y externa), es un movimiento que va de dentro hacia fuera, desde lo más íntimo a lo social, desde el individuo a la comunidad. “No hay humanidad nueva si no hay, en primer lugar, hombres nuevos” (EN 18) Y no hay cambio exterior permanente si, previamente, no se ha dado el cambio interior<sup>31</sup>.

En el numeral 18 del *Instrumentum Laboris* de la Asamblea sinodal del 2012, se menciona que “la fe cristiana no es sólo una doctrina, una sabiduría, un conjunto de normas

---

31 En su tesis de licenciatura canónica en Teología pastoral, Cáceres afirma que “la conversión es un reto y un desafío permanente para la evangelización de la Iglesia con el fin de la renovación de las personas y, así, la transformación del mundo” (2005, p. 119).

morales y una tradición. La fe cristiana es un encuentro real, una relación con Jesucristo”. En el numeral 19 del mismo documento se explica:

Este encuentro con Jesús, gracias a su Espíritu, [...]. Es un encuentro al cual nos prepara la acción de su gracia en nosotros. Es un encuentro en el cual nos sentimos atraídos, y que mientras nos atrae nos transfigura, introduciéndonos en dimensiones nuevas de nuestra identidad, haciéndonos partícipes de la vida divina (cf. 2 P 1,4). Es un encuentro que no deja nada como antes, sino que asume la forma de la “*metanoia*”, de la conversión, como Jesús mismo pide con fuerza (cf. Mc 1,15).

El presbítero, configurado con Cristo por el sacramento del orden, está llamado asumir la conversión como “*metanoia*” que afecta todas las dimensiones de su ser: “corazón-ojos”, “boca-oídos” y “manos-pies”. Viviendo en armonía interdependiente estas “categorías corporales” podrá testimoniar la novedad del Evangelio, ser un testigo creíble y coherente para la Nueva Evangelización; mostrar, como Jesús de Nazaret, por su palabras y acciones su mundo interior a través de sus relaciones fundamentales (Silva, 2012, p. 96)<sup>32</sup>.

- Capacidad de pensar, sentir y decidir: corazón y ojos. El presbítero reconocerá que el “corazón” es el órgano vital y central de su personalidad, es el lugar donde “residen los pensamientos, sentimientos y decisiones que ingresan a él por los ojos, los que se manifiestan también por ellos” (Silva, 2012, p. 96). Además, deberá cultivar a través de este binomio corporal, su relación y pertenencia al pueblo de la nueva Alianza, fruto de la pasión, muerte y resurrección del Jesús, del cual participa como sacerdote por el sacramento del orden. Sin olvidar que la corrección fraterna y la conversión del corazón, son elementos importantes de la espiritualidad sacerdotal (Silva, 2012).
- Capacidad de comunicación: boca y oídos. Con la “boca” el presbítero tiene “la posibilidad de salir de sí mismo y ofrecerse en relación con el entorno, lo que

---

<sup>32</sup>Silva Retamales (2012), al confrontar la situación actual de la Iglesia y lo que vivieron la primera y segunda generación de cristianos, afirma que tienen mucha semejanza por lo que expone algunos elementos que configuran lo que él llama “una espiritualidad discipular y misionera” que tienen a Jesucristo como fuente y modelo. Tiene como finalidad formar creyentes y comunidades con “corazón”, “boca” y “manos” evangelizados y evangelizadores y que aplicaremos en nuestro caso a los presbíteros

hace posible comunicarse con los otros y con Dios.” (Silva, 2012, p. 96); comunica su identidad-misión a través de la proclamación del kerigma y su testimonio de vida. Pero la misión que ha de realizar debe ser también para la comunión. “Los oídos abiertos a Dios simbolizan la disponibilidad para obedecer sus mandatos” (Silva, 2012, p. 96). Han de ser también presbíteros que con los “oídos” son competentes para escuchar a los demás, es decir, los presbíteros son “capaces de escuchar los gritos de sus contemporáneos y responderles con la verdad salvadora y la misericordia del Evangelio” (Silva, 2012, p. 97).

- Capacidad de actuar, reaccionar e interactuar: pies y manos. El presbítero debe realizar su servicio pastoral con la finalidad de cambiar su entorno mediante las obras. Por lo que se debe distinguir por la solidaridad con los excluidos y marginados de la sociedad. Además estará siempre dispuesto a ayudar, siguiendo el modelo del Maestro, a los enfermos y desvalidos mostrando con el testimonio de vida que el reino de Dios está ya presente (Silva, 2012).

Se puede resumir diciendo que por su “corazón, boca y manos” todo miembro de la Iglesia, por el sacramento del bautismo, y los presbíteros, por su vocación específica, debe caracterizarse en tres particulares capacidades:

- En cultivar profundas, estables y extensas relaciones personales, asumiendo la Iglesia universal, la diócesis, y la parroquia como su familia amplia, con la convicción de que junto con ellos es hijo de Dios y hermano en Jesucristo (Silva, 2012).
- En ser inclusivo: por la experiencia de fe y fraternidad ha de transformar sus relaciones personales y sociales, anulando la diferencia de clase social o estatus y sexo (Silva, 2012).
- En promover una cultura cristiana en la sociedad ya que al conocer los nuevos escenarios y desafíos que presenta, busca transformarla desde la fe y fundamentada en el Evangelio: es competente para dialogar con nuevos lenguajes, y con sus formas de pensar y creer (Silva, 2012).

## 2.2.2 La formación inicial y permanente como acompañamiento en su proceso de conversión<sup>33</sup>

El presbítero de hoy deber ser un hombre de profunda experiencia de Dios, que se configura permanentemente con el corazón del Buen Pastor, dócil a las orientaciones del Espíritu; que se alimenta de la Palabra de Dios, de la Eucaristía y de la oración; entregado de lleno al servicio de los más pobres y a la defensa de los derechos de los más débiles. La formación inicial y permanente es el acompañamiento propio con el que cuenta en su proceso de conversión que dura toda la vida.

### a. Formación inicial

El Seminario debe ser una comunidad de seguidores del Señor o escuela del Evangelio, donde los aspirantes al presbiterado han de vivir un proceso de configuración con Jesús, Buen Pastor<sup>34</sup>. “Antes que ser un lugar o un espacio material, debe ser un ambiente espiritual, un itinerario de vida, una atmósfera que favorezca y asegure un proceso formativo” (PDV 42); si se trata de un acompañamiento que favorezca la configuración con Cristo, se trata de un acompañamiento de procesos de conversión.

La formación inicial, aun reconociendo diversas dimensiones y objetivos intermedios que serán fundamentales para las siguientes etapas de la vida del presbítero, tiene como principal tarea favorecer el encuentro personal con Jesucristo vivo, fundamento de toda auténtica conversión<sup>35</sup>. Por ello es necesario que los candidatos aprendan a

---

33 El departamento de Vocaciones y Ministerio, DEVYM (2003), en la obra “¡Reaviva el Don de Dios! La Formación Permanente de los Presbíteros en América Latina y el Caribe”, señala tres consideraciones importantes básicas y generales para la Formación permanente: 1. Debe ser asumida por sus razones teológicas que tiene su raíz en las Sagradas Escrituras y no porque se trate de un desafío que plantea la situación actual; 2. Se pretende dar continuidad a la formación inicial y se convierta en permanente; 3. El sujeto de la formación inicial y permanente es el mismo. Esta obra está estructurada en dos partes: La Formación Permanente de los presbíteros en general y la Formación Permanente de los presbíteros jóvenes en particular.

34 La exhortación apostólica *Pastores Dabo Vobis* de Juan Pablo II (1992) derivada del Sínodo de 1990 menciona, en el numeral 72, cuatro dimensiones en la formación inicial: humana, espiritual, intelectual y pastoral. El documento conclusivo de Aparecida trata de las dimensiones de la formación presbiteral del numeral 319 al 324 y en el numeral 324 añade la dimensión comunitaria a la formación integral.

35 Las otras finalidades de la formación del discípulo, y que se pueden aplicar en la formación que ofrece el Seminario, son: el fortalecimiento de la vida comunitaria; la preparación para ser evangelizadores, y la iniciación del discípulo en la vida contemplativa que armonice la experiencia personal, su intimidad con Dios y la vivencia comunitaria (Ortíz, 2006).

redescubrir cada día el sentido de la vocación, teniendo en cuenta que el Señor llama en forma personal y así logren reafirmar permanentemente su respuesta, siguiendo a Jesús con fidelidad y coherencia (Ortíz, 2006).

#### b. Formación permanente<sup>36</sup>

La exhortación Apostólica *Pastores Dabo Vobis*, en el numeral 76, afirma que la formación permanente, “precisamente porque es *permanente*, debe acompañar a los sacerdotes siempre, esto es, en cualquier período y situación de la vida, así como en los diversos cargos de responsabilidad eclesial que se les confíen; todo ello, teniendo en cuenta, naturalmente, las posibilidades y características propias de la edad, condiciones de vida y tareas encomendadas”. Debe ser considerada como continuación del proceso permanente de conversión de los presbíteros, discípulos misioneros de Jesús Buen Pastor. “Teniendo en cuenta el número de presbíteros que abandonan el ministerio, cada Iglesia particular procure establecer con ellos relaciones de fraternidad y de mutua colaboración conforme a las normas prescritas por la Iglesia” (DA 200).

Melguizo (2010), indica que tanto en la formación inicial como en la permanente del presbítero, estas cuatro dimensiones fundamentales (humana y comunitaria, espiritual, intelectual, pastoral misionera) siguen siendo válidas para configurar al presbítero de hoy según el corazón de Dios.

- *Dimensión humana y comunitaria*: El sacerdote debe ser hombre de misericordia y compasión. Deber ser por tanto, “cultivador de las virtudes humanas (cf. OT 11), como fidelidad a Dios y a los hombres, como la madurez afectiva y sexual, la

---

36 Ángel Domingos Salvador (2008), en su obra “Formación presbiteral. Inicial y permanente”, tomando las directrices que ofrece el documento de Aparecida afirma que partiendo del contexto actual de la formación presbiteral y las situaciones que afectan la vida concreta de los presbíteros, se descubre que el nuevo eje inspirador o articulador en la acción de la Iglesia es la misión evangelizadora tomando en cuenta el cambio de época que se vive. Por lo que es necesario redefinir el nuevo modelo de presbítero: discípulo misionero, servidores de la vida, amigos de los pobres, llenos de misericordia. “Esto exige que se entre un proceso de repensar profundamente la formación (inicial y permanente) para renovarla y revitalizarla, en la perspectiva misionera” (p. 8); es necesario “privilegiar el ser, la cualidad, la santidad, la comunión y la misionariedad-testimonio, más que el hacer, la función, las actividades” (p. 37). Melguizo (2007), en la obra “¿Vale la pena ser sacerdote hoy?”, considera que la afirmación a esta pregunta debe ser acompañada cuando el presbítero se compromete a vivir una auténtica Pastoral de pastores, y en la III parte, “Un camino pastoral: la pastoral de pastores”, desarrolla ampliamente este tema de la formación permanente.

fidelidad a la palabra dada, el sentido de justicia, la estabilidad de ánimo, la seguridad en la toma de decisiones ponderadas, el recto juicio para juzgar los acontecimientos y los hombres” (Melguizo, 2010, p. 42).

Aparecida resalta esta dimensión humana del sacerdote en varios numerales del documento conclusivo (cf. DA 28, 104, 198, 319, 321). Deber ser hombre de misericordia y de compasión: “El presbítero, a imagen del Buen Pastor, está llamado a ser hombre de misericordia y la compasión cercana a su pueblo y servidor de todos, particularmente de los que sufren grandes necesidades” (DA 198). Además, la fuente de su espiritualidad debe ser la caridad pastoral ya que “anima y unifica su vida y ministerio. Consciente de sus limitaciones, valora la pastoral orgánica y se inserta con gusto en su presbiterio” (DA 198)

La alegría debe ser característica propia del presbítero como primer animador y promotor de la evangelización. “Tengan siempre la alegría del Señor, lo repito, estén alegres. Que la bondad de ustedes sea reconocida por todos. El Señor está cerca. No se aflijan por nada, más bien preséntenselo todo a Dios en oración, pídanle y también denle gracias” (Flp 4, 4-6).

- *Dimensión espiritual:* En el área de la espiritualidad el presbítero debe ser un pastor que se siente llamado a la santidad y que la busca configurándose cada día siempre con Jesucristo. “Debe ser un hombre fascinado por Él, identificado con Él [...] Un hombre con sólida estructura espiritual que busca el rostro de Dios, que tenga una experiencia de Dios, que sea testigo de la primacía de Dios y del misterio pascual. Un hombre testigo del evangelio y lleno del Espíritu Santo, hombre de Iglesia y preparado para el testimonio martirial” (Melguizo, 2010, p. 46).

Aparecida insiste en valorar la dimensión espiritual y lo hace a través de algunos numerales (cf. DA 129, 136, 368). El presbítero por la respuesta consciente, libre y

responsable a la llamada de Jesús lo toma “en serio”<sup>37</sup>: desde lo más íntimo del corazón, como discípulo busca adherirse integralmente a su persona. “Es un sí que compromete radicalmente la libertad del discípulo” (DA 136).

El presbítero debe tener a Dios como fundamento y centro vital de ministerio. En el discurso inaugural de Aparecida, en el numeral 5, como se ha mencionado el Papa Benedicto XVI al dirigirse a los presbíteros, menciona que solo así podrán experimentar la alegría y la fecundidad de su vocación. El sacerdote debe ser ante todo “un hombre de Dios” (1 Tm 6, 11) que conoce a Dios directamente, que tiene una profunda amistad personal con Jesús, que comparte con los demás “los mismos sentimientos de Cristo” (Flp 2,5). Solo así el sacerdote será capaz de llevar a los hombres a Dios, encarnado en Jesucristo, y de ser representante de su amor”. “Por tanto, sean perfectos como su Padre celestial es perfecto” (Mt 5, 48).

- *Dimensión intelectual*: El presbítero debe ser “un hombre que cuide su preparación cultural e intelectual, competente teológicamente, poseedor de recta doctrina, sanamente crítica, abierto a los cambios, evangelizador de la cultura, estudioso” (Melguizo, 2010, p. 48)<sup>38</sup>.

La inserción en la cultura, afectan y desafían la vida y el ministerio del presbítero, por lo que “está llamado a conocer la cultura para sembrar en ella la semilla del evangelio, es decir, para que el mensaje de Jesús llegue a ser una interpretación válida, comprensible, esperanzadora y relevante para la vida del hombre y de la mujer de hoy, especialmente para los jóvenes” (DA 194). “Dad culto al Señor, Cristo, en vuestro interior; siempre dispuestos a dar respuesta a quien os pida razón de vuestra esperanza. Pero hacedlo con dulzura y respeto. Mantened una buena

---

37 Albert Nolan (2007), en su obra “Jesús, hoy. Una espiritualidad de libertad radical”, propone que hoy es necesario tomar a Jesús “en serio”, ya que la espiritualidad de Jesús fue siempre contextual. “Nos tomamos a Jesús en serio cuando, entre otras cosas, empezamos a leer los signos de los tiempo de nuestro tiempo con honradez y sinceridad” (p. 21). Entonces el presbítero podrá vivir una espiritualidad radicalmente libre involucrando todas las raíces de su ser a ejemplo de Jesús: era libre para amar sin reservas, libre para hacer la voluntad y la obra de Dios.

38 Los numerales que resaltan esta dimensión el documento conclusivo de Aparecida son: 194, 276, 277

conciencia, para que aquella misma que os echen en cara sirva de confusión a quienes critiquen vuestra buena conducta de creyentes” (1 P 3, 15-16).

- *Dimensión pastoral misionera:* El presbítero en esta dimensión debe ser “un agente de una auténtica renovación cristiana; protagonista de la nueva evangelización y de la misión permanente; promotor de la unidad; ministro de la palabra (profeta); ministro de los sacramentos (liturgo); guía de la grey (pastor); presidente de la fiesta de la vida; hombre de comunión, inmerso en el mundo” (Melguizo, 2010, p. 50).

El documento de Síntesis, preparatorio de la V Conferencia, en el numeral 243 menciona al respecto: “Las comunidades cristianas esperan de sus pastores, testigos de la primacía de Dios, una presencia más cercana con su pueblo, particularmente con los grupos humanos en situación de necesidad; una mayor dedicación al acompañamiento espiritual; una gran coherencia con lo que predicán. Una orientación más decidida y profética de la Iglesia y de la sociedad; y que sean promotores y signos de unidad en el marco de una pastoral orgánica”

### **2.2.3 La santidad como proyecto de vida y urgencia pastoral**

El Concilio Vaticano II, de forma clara y sólida manifestó a través del decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros, *Presbyterorum Ordinis* en su numeral 12, la importancia, el significado y la forma de cómo vivir la santidad sacerdotal. Afirma que el ministerio presbiteral no se puede concebir sin el deseo de santidad, por lo que toda acción pastoral que realicen los presbíteros, deben conducirlos a su propia santificación (Maturkani, 2011).

Melguizo (2008), afirma que “Aparecida insiste, no sólo en el llamamiento universal a la santidad y en la vocación de los discípulos misioneros a la santidad, sino también en la pastoral misma de la santidad. Es decir, Aparecida situó el camino pastoral de toda la Iglesia en el perspectiva de la santidad” (p. 35). Hoy es urgencia pastoral el testimonio de comunión eclesial y la santidad (cf. DA 368; NMI 20), sin olvidar que la

santidad se realiza en las propias circunstancias y estados de vida de cada creyente y según la propia vocación.

La santidad es exigencia para la Iglesia, todos los creyentes y todas las vocaciones; pero será una urgencia pastoral para los presbíteros, quienes por su vocación específica de discípulos misioneros de Jesús Buen Pastor han decidido consciente, libre y generosamente ser cristianos en el sacramento del orden. Los grandes evangelizadores, han sido santos, la Iglesia necesita “sacerdotes santos” para evangelizar al hombre de hoy (Esquerda, 2002).

El documento Conclusivo de Aparecida, en la segunda parte, en el capítulo cuarto presenta el tema de “la vocación de los discípulos misioneros a la santidad” y lo desarrolla en cuatro aspectos de los numerales 129 al 153: llamados al seguimiento de Jesucristo; configurados con el Maestro; enviados a anunciar el Evangelio del Reino de la Vida; animados por el Espíritu Santo. Melguizo, resalta que: “estos cuatro puntos, llamados, configurados, enviados, animados, no se pueden vivir independientemente los unos de los otros sino que hay que tomarlos en conjunto, y así, de esa manera, los cuatro están íntimamente relacionados con la santidad; todos ellos se exigen y complementan” (2008, p. 39). Esta relación intrínseca es válida también para los presbíteros.

#### a. Llamados al seguimiento de Jesucristo

El proceso de santidad del presbítero inicia con el llamado de Dios que por amor, y a través de Jesús, su Hijo (cf. Hb 1,1ss), lo invita a ser santo (cf. Ga 4,4-5). “Dios nos ha elegido en Él antes de la fundación del mundo, para que vivamos ante Él santamente y sin defecto alguno, en el amor” (Ef 1,4-5). El amor de Dios, fundamento de la elección y llamado que hace al presbítero para ser santo (cf. Col 3,12).

El primer elemento del proceso de la santidad, “es la vocación dinámica a la que se sigue nuestra respuesta también dinámica. Respuesta consciente y libre que se renueva y se actualiza siempre” (Melguizo, 2008, p. 40). Por lo que un rasgo importante que debe tener

el proyecto de vida del presbítero es corresponder a la elección y llamado de amor de Dios asumiendo algunas actitudes básicas:

Debe recordar permanentemente que recibió el llamamiento de Dios por medio de Jesús, el Maestro que lo eligió para vincularse estrechamente con Él y enviarlo después a predicar (cf. Mc 3,14; DA 131); debe tener una vinculación estrecha con Jesús, pasando por la dinámica: siervo-amigo y amigo-hermano (cf. Jn 15, 1-15; DA 132); ser consciente que forma parte de la familia de Jesús (cf. DA 133); fortalecer su respuesta de fe y asumir con alegría el privilegio de anunciar el Evangelio con competencia (cf. DA 134); convertirse en el buen samaritano del prójimo (cf. Lc 10,29-37) y ser el primer promotor de una sociedad sin marginados y excluidos (cf. DA 135).

#### b. Configurados con el Maestro

La santidad del presbítero crece y madura, cuando busca permanentemente identificarse y configurarse con el Maestro. “Cuanto mayor es la fascinación que Jesús ejerce sobre nosotros, y mayor es la fascinación que sentimos por Él, mayor es la preocupación por identificarnos y configurarnos con Él” (Melguizo, 2008, p. 40). Es necesario, por tanto que el presbítero considere algunos aspectos básicos para lograr este segundo momento del proceso de santidad:

Asumir como criterio fundamental el mandamiento del amor expresado en el testimonio de la caridad fraterna (cf. Jn 13,35); aprender y practicar las bienaventuranzas del reino y auto-apropiarse el estilo de vida de Jesús de Nazaret (cf. DA 139); ofrecer la vida como un testimonio martirial, si es el caso (cf. Mc 8,34); tener un amor preferencial en su vida sacerdotal por María (cf. DA 141); y realizar y renovar permanentemente el encuentro con Jesucristo a través de la escucha orante de la Palabra, experimentando y ofreciendo la misericordia de Dios en el sacramento de la Reconciliación, en la celebración diaria de la Eucaristía y los otros Sacramentos, en la caridad fraterna en el presbiterio y pastoral con los hermanos.

c. Enviados a anunciar el Evangelio de Reino de la Vida

El presbítero manifiesta y contagia la santidad cuando asume el privilegio de anunciar el Evangelio del Reino con alegría y pasión, convirtiéndose en un testigo auténtico y coherente. Este tercer momento del proceso de santidad implica que:

Participe de la misión de Jesús, se convierta en testigo del misterio pascual de su muerte y resurrección (cf. DA 143); recuerde que al recibir el llamado de Jesús para seguirlo y configurarse con Él, asuma el don y tarea de anunciar el Evangelio del reino competentemente a todo el mundo (cf. DA 144; 146); asuma como misión principal compartir su experiencia de encuentro con Cristo y por el testimonio y anuncio llevar a hombres de buena voluntad a experimentarlo (cf. DA 145); como evangelizador y promotor de la evangelización debe tener como prioridad pastoral permanente la opción preferencial por los pobres, la promoción humana integral y la auténtica liberación cristiana, haciendo visible la misericordia de Dios que incluye a todo hombre (cf. DA 147).

d. Animados por el Espíritu Santo

La plenitud de la santidad la vive el presbítero cuando se deja conducir por el Espíritu Santo. Por lo que el presbítero, en este cuarto momento del proceso de santidad debe considerar que:

Debe convertirse por la acción del Espíritu Santo en un misionero decidido y valiente como Pedro y Pablo, capaz de discernir los lugares prioritarios para evangelizar, y las personas que lo deben realizar (cf. 2 Co 3,3; DA 150); asumir que con la fuerza del Espíritu Santo puede llevar a cabo la misión que Jesucristo le confirió por el sacramento del orden (cf. DA 151); continuar su formación permanente bajo la acción y guía del Espíritu Santo, Maestro interior, para lograr auto-apropiarse integralmente la identidad y causa de Jesús de Nazaret (cf. Hch 1,2; Ga 5,25; DA 152); recordar que a través de la celebración de los sacramentos el Espíritu Santo lo ilumina, lo fortalece y lo renueva (cf. DA 153). “En virtud del Bautismo y la Confirmación, somos llamados a ser discípulos misioneros de Jesucristo

y entramos a la comunión trinitaria en la Iglesia, la cual tiene su cumbre en la Eucaristía, que es principio y proyecto de misión del cristiano” (DA 153; cf. SC 17).

## **2.3 EL MINISTERIO PRESBITERAL, CAMINO DE CONVERSIÓN PERSONAL Y PASTORAL PERMANENTE**

Si la conversión cristiana tiene sus notas específicas y si a ella están convocados todos los discípulos y misioneros de Jesucristo, con las características propias de la vocación y misión de los presbíteros, éstos han de asumir la misma exigencia a partir del reconocimiento de la gracia del sacramento del orden, recuperando las orientaciones e impulsos que se derivan de la liturgia de su ordenación y haciéndola experiencia en el “camino” de su ministerio pastoral.

### **2.3.1 La gracia del sacramento del orden y la actitud de apertura permanente**

Todo cristiano, por el bautismo, y con mayor razón el presbítero, por su vocación específica<sup>39</sup>, fundamenta su vida en una experiencia que lo fascina y lo apasiona; como señala Augustin (2011), “lo que en la vida cristiana es básico para todos, vale de modo especial para la vida del sacerdote en el seguimiento de Cristo” (p. 117). Esta experiencia, que se inicia y se desarrolla gracias al encuentro vital -siempre personal y eclesial- con Jesucristo, es mística, sacramental y ética, y se proyecta en la compasión y la solidaridad, componentes indispensables de la misión (Precht. 2002).

El sacramento del orden muestra y realiza un encuentro entre el don de Dios, por Jesucristo, y la respuesta libre y consciente del ordenando; encuentro que transforma y

---

<sup>39</sup> La vocación sacerdotal tiene los mismos elementos fundamentales de la vocación cristiana que se fundamenta en el sacramento de bautismo: es elección para seguir a Cristo Buen Pastor y hacer visible su acción en el mundo, ya que Jesús “llamó a los que quiso” (Mc 3,13) para compartir con ellos su misión (cf. Jn 20,18). Pero ante la llamada es necesaria una respuesta o decisión pronta y fiel sin olvidar su carácter procesual y que se va definiendo de forma más precisa a medida que se realiza. Silva Carlos (2008), señala las características principales de toda vocación: es un llamado, un don, es personal, integral, permanente, dinámico, carismático, concreto y situacional, y un llamado a la vida escatológica y a la gloria eterna. Esquerda (2002), menciona que las encíclicas sacerdotales [San Pío X a Juan Pablo II] dan siempre algunas indicaciones sobre la vocación. “La carta apostólica *Summi Dei Verbum* de Pablo VI (4 de noviembre 1963) es prácticamente el único documento monográfico sobre este tema. Es un resumen teológico sobre la vocación, analizando su naturaleza, intención, cualidades y formación adecuada” (p. 236).

envía, capacitando para cumplir la misión. Esta gracia recibida exige una actitud de apertura permanente, es decir, el presbítero es “un ser en permanente recepción”. “La recepción del sacramento del orden no es más que el comienzo de un camino con Cristo y no queda puntualmente concluida con la ordenación” (Augustin, 2011, p. 166).

El encuentro que acontece por el sacramento del orden y la gracia que implica no es un acontecimiento puntual-estático, sino puntual-dinámico y renovador permanentemente. Como acontecimiento existencial y dialógico es fundamental en la vida y ministerio sacerdotal. “La ordenación sacerdotal no es primordialmente para un servicio objetivo, sino que se orienta por completo a un vínculo personal: al vínculo exclusivo y de por vida del sacerdote con Cristo, en quien se funda su sacerdocio” (Augustin, 2011, p. 151).

El presbítero, al revalorar la gracia del sacramento recibido debe asumir una actitud de apertura permanente, a mayor conciencia de la gracia recibida mejor signo de salvación y de la presencia de Dios. Con esta actitud de apertura permanente los presbíteros serán mejores representantes de Cristo y de la Iglesia, es decir, mejores “sacramentos” por su ser y quehacer sacerdotal y signos visibles del seguimiento de Jesús. “Esta certeza fortalece mi identidad sacerdotal y libera en mí las fuerzas que preciso para entregarme a mi ministerio ante Dios en beneficio de los seres humanos” (Augustin, 2011, p. 169).

El presbítero, por la gracia del sacramento del orden, inicia un camino procesual de configuración con Cristo que es a la vez don y tarea. Don, porque realmente en el sacramento del orden se realiza una configuración con Cristo, Cabeza, Pastor y esposo; tarea, porque el presbítero debe esforzarse cada día por hacer más creíble lo que representa, presencia de Dios en el mundo y para los hermanos. “Signos de la santidad sacerdotal se hacen manifiestos en la capacidad de relación, la amabilidad y la bondad, la tolerancia, el respeto y la credibilidad” (Augustin, 2011, p. 163).

### **2.3.2 La liturgia de la ordenación como orientación e impulso para la vida y ministerio del presbítero**

Los diferentes momentos de la liturgia de la ordenación sacerdotal acentúan las características esenciales de la identidad y misión del presbítero<sup>40</sup>, sin olvidar que también expresan la convicción de fe de la Iglesia con respecto del origen divino del sacerdocio, su fuente trinitaria y su carácter cristológico y pneumatológico como se puede reconocer en Augustin (2011) cuando afirma: “La liturgia de la ordenación contiene una plétora de valiosas orientaciones teológicas e impulsos espirituales para que nuestra vida y ministerio sacerdotal pueda dar frutos hoy” (pp. 133-134).

#### **a. Disponibilidad de asumir el ministerio presbiteral por toda la vida**

En la declaración “sí estoy dispuesto – lo prometo”, el presbítero hace una entrega pública de su vida que implica asumir un nuevo y definitivo estilo de vida. Esta declaración sella el encuentro entre la llamada de Dios y la respuesta de servicio a Dios y los hombres que se ha ido dando a lo largo de la formación inicial, se trata de una declaración que incorpora al presbítero en un presbiterio en obediencia a un mandato de la Iglesia. “La actitud de entrega a Dios es la de aquel que recibe los dones divinos y, en comunión con Jesucristo su pone confiadamente en manos de Dios. De esta entrega extraemos nueva energía y valentía, así como la alegría de dar cumplimiento de nuevo a la tarea de nuestra vida en Cristo, con él y en él” (Augustin, 2011, pp. 197-198).

#### **b. La imposición de manos y la acción transformadora permanente del Espíritu**

Es mediante la imposición de manos del Obispo y la oración de consagración como el presbítero recibe el don del Espíritu Santo para realizar su ministerio sacerdotal. “Te pedimos, Padre todopoderoso, que confieras a estos siervos tuyos la dignidad del

---

<sup>40</sup> Melguizo (2010), presenta en su obra “Perfil del presbítero hoy” unas tipología del perfil del presbítero presentadas por algunos autores en un período de 35 años y las complementa con las conclusiones que ofrece el documento de Aparecida. Al respecto afirma “El presbítero de hoy será entonces, el que: Ha hecho la gratificante y comprometedor experiencia de Dios amor [...] Vive un permanente proceso de configuración con Cristo [...] Es fundamentalmente un discípulo de la Palabra [...] Es el hombre de Iglesia [...] Es el hombre de Dios encarnado en realidad histórica de su pueblo al que anima en su espiritualidad [...] Tiene un perfil fundamentalmente mariano” (pp. 55-56).

presbiterado; renueva en sus corazones el Espíritu de santidad; reciban de ti el sacerdocio de segundo grado y sean, con su conducta, ejemplo de vida” (Oración consecratoria).

Es Dios quien acepta al presbítero en su servicio y le concede el Espíritu, fuente de su renovación interior, de su misión y de la potestad sacerdotal que se le otorga; la acción del Espíritu en el ordenando es una acción transformadora permanente. “Por medio de la unción de los sacerdotes, recién ordenados, se expresa gráficamente que han recibido el Espíritu Santo. Sin la efusión de los dones de Espíritu no es posible el cumplimiento de su ministerio” (Augustin, 2011, p. 145).

c. Tener el privilegio de anunciar el Evangelio

El presbítero, configurado por el sacramento del orden, es testigo auténtico y veraz de la presencia del reino de Dios y tiene el privilegio de anunciar el Evangelio y la conversión (Precht, 2003). “El sacerdote ha sido escogido para mantener despierta en los seres humanos esa presencia, que siempre exige una conversión (o vuelta) a los orígenes, un alzar la mirada desde la horizontal a la vertical” (Augustin, 2011, p. 111).

El presbítero recibe el encargo de proclamar y celebrar el Evangelio particularmente en toda liturgia que presida. “En ella hacemos fiesta por el paso del Señor por la vida de los hombres: lo reconocemos, lo delatamos, lo proponemos, lo ofrecemos” (Precht, 2002, p. 33). Esta vocación de anunciar la Palabra, renueva su corazón (lugar de las grandes conversiones y encuentros con Dios) convirtiéndose en apóstol, es decir, en testigo y mensajero. Por tanto, es necesario que el presbítero permanezca unido al que lo envió (cf Mc 3,14) y facilite el encuentro entre Jesucristo y sus oyentes.

d. Celebrar los misterios del amor de Dios: la eucaristía y la reconciliación

La celebración litúrgica, lugar de encuentro entre Dios y los hombres, es un acontecimiento de gracia. De la liturgia, y “sobre todo de la eucaristía, mana hacia nosotros, como de una fuente, la gracia y con la misma eficacia se obtiene la santificación de los

hombre en Cristo y la glorificación de Dios, a la que tienden todas las demás obras de la Iglesia como a su fin” (SC 10).

El presbítero recibe el encargo de celebrar los misterios del amor de Dios en toda celebración litúrgica, particularmente en los sacramentos de la Eucaristía y de la reconciliación, y como bien señala Augustin (2011) “El profundo respeto del sacerdote ante el misterio de Dios en la liturgia y la alegre serenidad y devoción durante la celebración son ya en sí un anuncio vivo de la presencia de Dios” (p. 177).

El presbítero, al celebrar el sacramento de la Eucaristía se fortalece para afrontar los desafíos pastorales de cada época y cuando reflexiona sobre la acción que realiza puede entender la profundidad de su sacerdocio (cf. SC 7) ya que, como indica Lumen Gentium “Su verdadera función sagrada la ejercen sobre todo en el culto o en la comunidad eucarística” (LG 28). Al administrar el sacramento de la reconciliación el presbítero facilita el encuentro entre la bondad de Dios, concretada en Jesucristo, y la acogida de dicha bondad por parte del penitente.; Por la reconciliación el penitente se reconoce en su propia verdad interior y recupera la alegría de la salvación; a su vez, el presbítero se ha de reconocer mediador de esta bondad de Dios, lo cual también contribuye a que viva con profundidad su ministerio.

e. Actitud permanente de orar por el Pueblo de Dios

“Los presbíteros, ya se entreguen a la oración y a la adoración, ya prediquen la palabra, ofrezcan el sacrificio eucarístico... contribuyen a un tiempo al incremento de la gloria de Dios y a la dirección de los hombres en la vida divina” (PO 2). El presbítero recibe el encargo de orar por el Pueblo de Dios y al realizar este encargo desarrolla y logra una amistad profunda con Cristo, fundamento de su identidad y misión. “Considera lo que realizas e imita lo que conmemoras y conforma tu vida con el misterio de la cruz del Señor” Desde esta relación de amistad viva y vivida, el sacerdote desarrolla y realiza la figura del ser sacerdote, de ser en Cristo.

No sólo el presbítero, considerado individualmente, sino el presbiterio en su conjunto imploran la misericordia de Dios en favor de las personas que se le han encomendado. Esta actitud de orar permanentemente por el Pueblo de Dios es a la vez súplica para realizar fielmente su ministerio sacerdotal.

f. La comunión con el pastor diocesano y el presbiterio

El ordenando, mediante una de las promesas de la ordenación, acepta guardar obediencia y respeto al obispo; de esta manera entra en comunión con el pastor diocesano y se incorpora a la tarea que se le encomienda. “Los presbíteros están unidos a los obispos en la dignidad sacerdotal y, por el sacramento del orden, son consagrados a imagen de Cristo, sacerdote eterno [triple oficio de Jesucristo, que entrelazados hacen crecer la vida cristiana en fe, esperanza y caridad; cf. LG 26-29], para anunciar el evangelio, pastorear a los creyentes y celebrar la eucaristía [...] son participes de la misión universal confiada por Cristo a los apóstoles” (Augustin, 2011, p. 157).

La comunión con el Obispo forma parte del ser sacramental del presbítero. El obispo es imagen del Padre, por la autoridad que ejerce, por el lugar que tiene en la Iglesia y porque tiene la plenitud del sacerdocio (Precht, 2002). El obispo representa la unidad de la Iglesia universal, concede la autorización al presbítero para llevar a cabo la misión encomendada a su vez le corresponde el cuidado y el acompañamiento personal y pastoral del presbítero. “Tengan los Obispos a sus sacerdotes como hermanos y amigos” (PO 7).

El presbítero, en la liturgia de la ordenación, no solo recibe la imposición de manos del obispo, sino también del presbiterio, así se realiza un signo de acogida y fraternidad sacerdotal. “En virtud de la común ordenación sagrada y de la común misión, todos los presbíteros se unen entre sí en íntima fraternidad, que debe manifestarse en espontánea y gustosa ayuda mutua, tanto espiritual como material, tanto pastoral como personal, en las reuniones, en la comunión de vida, de trabajo y de caridad” (LG 28).

### **2.3.3 El ministerio presbiteral como lugar concreto de conversión personal y pastoral**

La ordenación sacerdotal tuvo fecha, lugar y hora; en ella el presbítero experimentó de un modo especial, por la consagración, un encuentro vital y fundante con Cristo vivo. El ser y quehacer del presbítero se vigoriza cuando en el desarrollo del ministerio se asume una actitud permanente de verificación para reconocer si se están poniendo en acto la gracia del sacerdocio recibido y las orientaciones específicas contenidas en la liturgia de la ordenación.

Para realizar una autocrítica o examen de conciencia personal y pastoral que facilite un cambio en la manera de comprender y vivir el sacerdocio es necesario cultivar la virtud de la humildad para reconocer las faltas, carencias y pecados, y revalorar la necesidad de vivir una auténtica e integral conversión personal (identidad con Jesús y su causa, el reino de Dios) y pastoral (asumiendo los desafíos del cambio de época como posibilidad de renovación y reformas pastorales). “La conversión del corazón al Señor nos lleva a buscar primero el Reino de Dios y su justicia (cf. Mt 6,33), la conversión pastoral nos abre a los signos de la presencia del Reino de Dios en nuestro tiempo, en nuestro momento histórico y cultural concreto, del cual la pastoral de Iglesia no puede prescindir” (Fernández, 2010, p. 24).

Para facilitar la verificación y descubrir los cambios necesarios a fin de vivir la riqueza del sacramento del orden en el ministerio conviene no perder de vista las actitudes básicas que se esperan del presbítero. A continuación se destacan algunas de ellas.

- a. Realizar toda actividad pastoral como hombre de Dios

“No hay alternativa: si queremos ser fieles a nuestro ministerio, lo primero que necesitamos es estar vueltos hacia Dios y ponernos en sus manos” (Valadez, 2003, p. 95).

Parodiando lo que *Gaudium et spes* afirmó de la Iglesia en general se puede decir de los presbíteros: los gozos y las esperanzas, las angustias y las tristezas de nuestros pueblos desafían el ministerio de los presbíteros. “Ocurre cuando el pastor, interpelado por las angustias y necesidades de la gente, orienta más decididamente su corazón a servir generosamente al pueblo” (Fernández, 2010, p. 33). Con todo, lo que nuestros pueblos esperan de sus pastores es que les faciliten el encuentro con Cristo y esto no lo hace sino quien está con Él y en Él pone su confianza.

Por otro lado, la fe del pueblo estimula al presbítero; el presbítero es interpelado y motivado a la conversión, el cambio o vuelta a Dios es suscitada por la fe de la gente, que no sólo se conmueve con el dolor del prójimo sino que reconoce el sentido de trascendencia y el horizonte nuevo que Dios ofrece; de esta manera, la tarea evangelizadora que realiza el presbítero lo interpela a ser más “hombre de Dios”.

El presbítero que se vuelve al “primer amor” y reorienta su vida y tarea evangelizadora es quien se entrega más a “la gloria de Dios”. Al regresar al “primer amor” reafirma el llamado de Jesús para vivir su vocación específica e integra sus tres tareas fundamentales (cf. Mt 3,13.17): estar con Él; ser enviado a evangelizar; y sanar y liberar con su poder. (Precht, 2002). El presbítero adquiere conciencia de que solamente convencido, apasionado y entusiasmado por la causa de Jesús, es hombre de Dios para responder a los desafíos de cada época.

#### b. Ser proclamador competente del Evangelio

El presbítero, al ser consciente de que tiene el privilegio de anunciar el Evangelio por el sacramento del orden y por encargo del obispo en la liturgia de la ordenación, busca ser competente en el ministerio de la Palabra y en la explicación-profundización de las verdades básicas de la fe para que los creyentes tengan sólidos cimientos en su vida. Como señala Augustin, “Una formación teológica integral y una competencia humana y espiritual contribuyan de forma necesaria a este ministerio de la palabra” (2011, p. 135).

Para anunciar de forma competente el Evangelio, el presbítero discierne e interpreta los signos de los tiempos de cada época, con sus cambios profundos y acelerados. “Los nuevos desafíos del mundo requieren una actitud abierta para que, acogiendo la interpelación de Dios a través de los reclamos del mundo, el anuncio del Evangelio desarrolle nuevas dimensiones que este momento necesita” (Fernández, 2010, p. 35).

El presbítero examina permanentemente cómo transformar su tarea evangelizadora para responder a las necesidades actuales y para mostrar de forma atractiva la propuesta del Evangelio (cf. DA 159). “Cuando el pastor hace una *lectio divina* de los Evangelios, se encuentra con Jesús tratando al ciego del camino, contemplando a la viuda pobre, levantando a la mujer pecadora, y entonces no puede dejar de sentir el llamado a convertir sus gestos en esa línea” (Fernández, 2010, p. 349).

c. Mantener presencia y cercanía con los excluidos y marginados

El presbítero, por ser discípulo misionero de Jesús, Buen Pastor, vive en forma concreta las dimensiones del amor al prójimo mediante la caridad pastoral; busca a los marginados y excluidos de la sociedad, y tiene una profunda convicción y defensa de su dignidad.

Valadez (2003) recuerda que “la figura de Jesús Buen Pastor constituye la encarnación de la solidaridad y de la misericordia de Dios con su pueblo. Su vida y ministerio son el cumplimiento de la promesa de un Pastor-Mesías, hecha por Dios, a través de los profetas” (p. 65). Realizando la acción sanadora y liberadora de Jesús en el ministerio presbiteral, que no exenta la fatiga física, el presbítero logrará mayor coherencia y experimentará las bienaventuranzas del Señor.

d. Vivir en permanente camino de santidad

Ya *Presbiterorum Ordinis* exhorta a todos los sacerdotes a que se esfuercen por alcanzar una santidad cada vez mayor, esto permitirá que sean cada día mejores instrumentos en servicio al pueblo de Dios (cf. PO 12).

Al vivir en una actitud permanente de conversión, el presbítero será capaz de establecer cada vez mejor relación con Dios, por Jesucristo en el Espíritu Santo, y relaciones cada vez más duraderas, fraternas y estables con los seres humanos, desempeñando así un apostolado auténticamente afectivo y efectivo. De esta manera, el presbítero se convierte en un testigo público, autorizado por Cristo al servicio de la humanidad, y vive un proceso especial de santidad desde su vocación específica. “El éxito de nuestro ministerio depende de que en nuestro interior crezcamos en energía y fortaleza por obra del Espíritu de Cristo, de suerte que las personas que se encuentran con nosotros descubran cuál es la fuente de nuestra energía. La gente debe poder notar que Cristo habita en nosotros” (Augustin, 2011, p. 165).

e. Valorar y promover la fraternidad sacramental en el presbiterio

Si bien por participar del mismo sacramento, todos los ministros ordenados (diáconos, presbíteros y obispo) dentro de una Iglesia particular han de conformar una “familia”, el presbítero ha de valorar y promover de manera particular la fraternidad sacramental en el presbiterio.

Los presbíteros, llamados a tener los mismos sentimientos de Jesús (cf. Flp 2, 3-5), en la praxis pastoral deben establecer relaciones fraternas y de caridad con todos los que conforman su presbiterio. “En la praxis, esto significa ayudarse entre sí en los momentos difíciles, aprender de lo bueno del otro y repartir con generosidad lo bueno que uno tiene. Conlleva también el intento de conocer mejor al otro, de entenderse y aceptarse recíprocamente” (Augustin, 2011, p. 160).

El presbiterio es el primer lugar donde el presbítero debe vivir y practicar la caridad pastoral: “Y tú, una vez convertido, fortalece a tu hermano” (Lc 22,32). Un medio concreto, será la dirección espiritual entre sacerdotes (Melguizo, 2009). “La calidad espiritual de nuestra vida sacerdotal se hará visible también en el trato que demos a los curas jubilados” (Augustin, 2011, p. 161).

### CAPÍTULO III

## LOS PROCESOS DE CONVERSIÓN PASTORAL DE LOS PRESBITEROS Y LOS DESAFÍOS DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

Paulo VI, en su exhortación apostólica del 8 de diciembre de 1975, *Evangelii nuntiandi*<sup>41</sup>, declara que la evangelización es tarea y misión de toda la Iglesia (cf. Mt 28,19-20), “ella existe para evangelizar...; nacida de la misión de Jesucristo es, a su vez, enviada por Él” (EN 14-15). Casi cuatro décadas después, cuando la Iglesia es llamada a una Nueva Evangelización<sup>42</sup>, es necesario retomar la riqueza de la citada exhortación y tener presente que para colaborar en una “evangelización renovada” (EN 82) todos los cristianos, y especialmente los presbíteros, deben afianzar sus “actitudes interiores” (EN 74) a través del encuentro con Jesucristo y de procesos permanentes de conversión pastoral.

El tercer capítulo de este trabajo se propone explicitar las implicaciones y exigencias de la Nueva Evangelización, así como la necesidad de la conversión personal y pastoral de los presbíteros en nuestro tiempo para mostrar que la conversión de éstos impulsa el relanzamiento de la acción pastoral de la Iglesia a través de opciones concretas.

### 3.1 TIEMPO DE NUEVA EVANGELIZACIÓN

Para comprender el tiempo de la Nueva Evangelización, es necesario tener en cuenta sus implicaciones básicas, los nuevos escenarios en los que se ubica y, particularmente, la conversión pastoral que exige a toda la Iglesia.

---

41 Es uno de los documentos postconciliares clave y más importante para comprender la Evangelización; su contenido contempla la naturaleza de la evangelización, sus medios, destinatarios, agentes y espiritualidad.

42 El llamado a la Nueva Evangelización tiene un largo recorrido: Lo hace Juan Pablo II en su Alocución al CELAM del 9 de marzo 1983 en Puerto Príncipe, Haití y lo repite el 12 octubre de 1984 en Santo Domingo, República Dominicana. El tema, después de repetirse en todos los viajes del Papa a Latinoamérica, aparece en la encíclica *Redemptoris Missio* nn. 2-3.30. 33 y 59; en la exhortación Apostólica *Ecclesia in América* n. 66 y en la carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte* n. 58 (Esquerda, 2002).

### 3.1.1 Implicaciones básicas de la Nueva Evangelización<sup>43</sup>

El *Instrumentum Laboris* para el XIII Sínodo de los obispos, que sistematiza las respuestas a las preguntas planteadas por los *Lineamenta* respectivos, no proporciona una definición propia de Nueva Evangelización, pero señala que ésta implica una actitud permanente de discernimiento y viene a ser un estímulo para la Iglesia actual (cf. No.44). Para comprenderla es necesario leerla en el contexto de un plan unitario que tiene como finalidad renovar la acción evangelizadora de la Iglesia. En esa línea, y en continuidad, se ha de reconocer el magisterio y el ministerio apostólico de los últimos Papas, desde Juan XXIII hasta Francisco. Sólo dentro de este plan unitario encuentra su lugar el recientemente creado Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización (21 de septiembre de 2010).

Otro aspecto indispensable es asumir la Nueva Evangelización como un acontecimiento del Espíritu, un nuevo Pentecostés en la dinámica del Concilio Vaticano II; una llamada para examinar la experiencia y la comunicación de la fe<sup>44</sup>. No se puede olvidar que la dirección de la acción evangelizadora corresponde al Espíritu Santo; por Él se reconocen los instrumentos, los tiempos y los espacios para anunciar el Evangelio, es el principal dinamizador de la acción evangelizadora de la Iglesia, como lo experimentó y expresó san Pablo en los orígenes de la comunidad creyente.

La Nueva Evangelización no es una reduplicación de la primera, no es una simple repetición, sino que consiste en el coraje de atreverse a transitar por nuevos senderos, frente

---

43 Sobre la Nueva Evangelización se puede consultar la obra “Hacia una Nueva Evangelización. Aportes desde América Latina y El Caribe”, publicada por el CELAM; “La Nueva Evangelización. Itinerario, Identidad y Características a partir del Magisterio Episcopal Latinoamericano”, de Álvaro Cadavid. (2012) y Carlos María Galli (2012), “Novidades de la Nueva Evangelización en y desde la Iglesia de América Latina y el Caribe. Aportes al Sínodo de 2012, del Concilio Vaticano II a Aparecida”.

44 Andrés Torres (2012), en el editorial de la revista Medellín número 152 dedicada a los 50 años del Concilio Vaticano II, después de reconocer que el “Concilio Vaticano II es un *kairós*, hace ver que “ aunque una manera de celebrar es volver a la riqueza de los documentos que han estado iluminando la vida y la misión de la Iglesia, sabemos que no sólo reconocemos el paso de Dios en la comunidad de entonces, sino que lo nuestro es una verdadera anamnesis: memoria que se actualiza, espíritu que se renueva, iluminación que se devela y amplifica” (p.449). En la misma revista se pueden encontrar otros aportes sobre este tema: Alberto Parra, “Vaticano II: Concilio y post-concilio post-moderno”; Félix Javier Serrano, “Vaticano II. Herencia y Desafíos”; Antonio Luiz Catelan, “A pastoralidad do Concilio: possível hermenéutica”; Alberto Ramírez, “Redescubrir el camino de la fe en los cincuenta años de la inauguración del Concilio”. Otro aporte sobre este tema: Espeja, J. (2012), “A los 50 años del Concilio. Camino abierto para el siglo XXI”. Madrid: San Pablo.

a nuevas condiciones en las cuales la Iglesia está llamada a vivir hoy el anuncio del Evangelio<sup>45</sup>.

### **3.1.2 Los nuevos escenarios para asumir los desafíos de la Nueva Evangelización**

Ya desde la segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, celebrada en Santo Domingo en 1992, se hacía ver que la propuesta de la Nueva Evangelización planteaba nuevos desafíos: “Hablar de Nueva Evangelización significa que hoy hay desafíos nuevos, nuevas interpelaciones que se hacen a los cristianos y a las cuales es urgente responder” (SD 24).

Veinte años después, esta convicción se vuelve a expresar en el segundo numeral de los “*Lineamenta*” donde se afirma que la Nueva Evangelización se presenta como “El instrumento gracias al cual es posible enfrentar los desafíos de un mundo en acelerada transformación, y como el camino para vivir el don de ser congregados por el Espíritu Santo para realizar la experiencia de Dios, que es para nosotros Padre, dando testimonio y proclamando a todos la Buena Noticia- el Evangelio- de Jesucristo”.

Silva (2007) señala que la Nueva Evangelización ha de preocuparse por asumir la realidad (encarnación) y anunciar el Reino de Justicia y vida (redención) en respuesta a los desafíos que nos presenta la sociedad. Es ineludible aceptar que los contextos socioculturales actuales, tan cambiantes, generan nuevos escenarios, presentan nuevos desafíos y han de provocar una actitud crítica para el discernimiento cristiano. Se hace necesario realizar una relectura del estilo de vida de los hombres, de sus estructuras de pensamiento, de sus valores y de sus lenguajes a partir de la perspectiva de la esperanza cristiana (cf. SS 22) para mostrar cómo el Evangelio da un horizonte nuevo a los grandes problemas existenciales de la humanidad.

---

45. Expresiones similares se pueden encontrar en las diferentes Asambleas Sinodales Continentales como preparación al Jubileo del 2000 (cf. Juan Pablo II, Exhortación Apostólica postsinodal, *Ecclesia in África* (14 de septiembre de 1995), 57.63: AAS 85(1996) 35-36,39-40; Exhortación Apostólica postsinodal *Ecclesia in América* (22 de enero de 1999, 6,66:AAS 91(1999),10-11,56; Exhortación Apostólica postsinodal *Ecclesia in Asia* (6 de noviembre de 1999), 2: AAS 92 (2000), 450-451; Exhortación Apostólica postsinodal *Ecclesia in Oceania* (22 de noviembre de 2001), 18:AAS 94 (2002), 386-389.

El tiempo que vivimos es el “lugar” donde se ha de desarrollar la capacidad de leer e interpretar los nuevos desafíos que se presentan en los nuevos escenarios que los actuales cambios de época, tan profundos y acelerados, han creado; es necesario conocer estos escenarios para habitarlos y transformarlos en lugares de testimonio y de anuncio del Evangelio<sup>46</sup>:

- *Escenario cultural de fondo*: La secularización es el rasgo más característico de este escenario donde se pierde la capacidad de escuchar y de comprender el Evangelio como mensaje que fascina y transforma; es la historia humana sin trascendencia, que da paso al culto del individuo. La cultura de la imagen, el hedonismo y el consumismo, propuestas de la secularización, influyen y marcan también la vida de los cristianos que se percibe marcada por la superficialidad y el egocentrismo. “En un escenario de este tipo la Nueva Evangelización se presenta como un estímulo del cual tienen necesidad las comunidades cansadas y débiles, para descubrir nuevamente la alegría de la experiencia cristiana, para encontrar de nuevo el amor de antes que se ha perdido (cf. Ap 2,4), para reafirmar una vez más la naturaleza de la libertad en la búsqueda de la Verdad” (*Lineamenta*, 6).
- *Escenario social*: Dentro de este escenario se refleja también la globalización y se destaca el fenómeno migratorio que provoca la movilidad de las personas que dejan su tierra natal y van a vivir en contextos urbanizados donde se encuentran con una mezcla de culturas que ocasiona mayores índices de contaminación y desmoronamiento. La Nueva Evangelización debe desvincularse de los límites geográficos. “Desvincularse de los confines geográficos, significa tener la energía para proponer la cuestión de Dios en todos aquellos procesos de

---

46 Los escenarios que se describen están tomados de los “*Lineamenta*”, numeral 6. Estos, también ya han sido identificados de forma analítica y explicados varias veces (cf. Juan Pablo II, Carta Encíclica *Redemptoris Missio* (7 de diciembre de 1990), 37; AAS 83 (1991), 282-286. El *Instrumentum Laboris*, de la XIII Asamblea presenta otros dos escenarios: el escenario comunicativo (numeral 59 al 62), resaltando la cultura mediática y digital, para la difusión de la buena nueva; y el escenario religioso (numeral del 63 al 67) donde se profundizan el diálogo ecuménico y el interreligioso, resaltando el avance en el diálogo de la Iglesia católica con otras Iglesias y comunidades eclesiales. Otros aportes con respecto a este tema: Rodríguez, A. (2012) “La nuova evangelizzazione dello scenario político”; Tanzella, G. (201). “Nuova evangelizzazione e cultura científica”; Schlag, M. (2012) “La nuova evangelizzazione nello scenario económico”.

encuentro, mixtura y reconstrucción de tejidos sociales, que están en acto en cada uno de nuestros contextos locales” (*Lineamenta* 6).

- *El escenario de los medios de comunicación:* Éstos, tienen gran influencia en países industrializados y en vías de desarrollo, e influyen en la vida pública y social. Hoy vivimos la cultura de los medios de comunicación y digital con sus aspectos positivos y negativos. “En tal contexto, la nueva evangelización exige a los cristianos, la audacia de estar presentes en estos nuevos areópagos, buscando los instrumentos y los caminos para hacer comprensible, también en estos lugares ultramundanos, el patrimonio de educación y sabiduría custodiado por la tradición cristiana” (*Lineamenta* 6).
- *El escenario económico:* La crisis económica actual es signo de la falta de reglas de un mercado global que tutele una convivencia justa y solidaria (cf. CV 42). “El Magisterio de los Sumos Pontífices ha denunciado los crecientes desequilibrios entre el Norte y el Sur del mundo, en el acceso y en la distribución de los recursos, así como también en el daño a la creación” (*Lineamenta* 6).
- *El escenario de la investigación científica y tecnológica:* La humanidad se maravilla y beneficia de todos los progresos de la ciencia y de la tecnología; sin embargo, no se puede desconocer el riesgo de convertirlos en nuevos ídolos y de crear una nueva religión por el contexto globalizado y digitalizado actual.
- *El escenario de la política:* En la actualidad ha desaparecido la división occidental por la crisis de la ideología comunista pero existen nuevos actores económicos, políticos y religiosos que generan expectación y crecimiento, pero que también estimulan el dominio y el poder. “En este escenario, existen temas y sectores que han de ser iluminados con la luz del Evangelio” (*Lineamenta* 6).

### **3.1.3 La conversión pastoral, una exigencia de la Nueva Evangelización**

El mismo documento *Lineamenta* destaca la necesidad de la conversión cuando afirma: “La nueva evangelización es el nombre dado a este impulso espiritual, a este lanzamiento de un movimiento de conversión que la Iglesia pide a sí misma, a todas sus

comunidades, a todos sus bautizados..., para ser el lugar en el cual ya ahora se realiza la experiencia de Dios, donde bajo la guía del Espíritu del Resucitado nos dejamos transfigurar por el don de la fe” (No. 88). Tres aspectos que, aunque ya están presentes en la actividad misionera de la Iglesia, deben ser renovados ya que la expresión “nueva evangelización va acompañada de una fuerte propuesta espiritual: dejarse evangelizar para evangelizar, dialogar con el mundo, y ser testigos santos, más que maestros. (García, 2013).

La Nueva Evangelización exige la conversión de todo miembro de la Iglesia y profundas reformas de la Iglesia en su conjunto; reformas integrales, transformaciones históricas concretas que tengan en cuenta las situaciones y necesidades de todos los actores sociales y eclesiales, se trata entonces de una conversión personal y pastoral<sup>47</sup>.

El término pastoral, señala Fernández (2010), ha pasado a ser sinónimo de algo de “poca calidad”, de menor nivel, de poca seriedad y profundidad. Esto se piensa muchas veces cuando se estudia Teología Pastoral pero, destaca el mismo autor, no hay algo más serio, exigente, desafiante y comprometedor que un compromiso pastoral; “lo pastoral exige una formación teológica sólida, una actitud espiritual honda y motivadora, una peculiar aptitud para leer los signos de los tiempos, y una especial habilidad pedagógica y comunicativa. Todo ello para lograr que el Evangelio se vuelva realmente significativo en una determinada situación histórica cultural y se perciba como una respuesta que movilice un dinamismo comunitario de transformación” (Fernández, 2010, p. 31).

Esta comprensión de la pastoral nos lleva a reconocer la importancia y trascendencia de la conversión pastoral de la que aquí se está tratando. Merlos (2002) deja ver que la conversión pastoral está ligada a tres ámbitos importantes: las personas, las estructuras y los

---

47 Aparecida, suponiéndola y asumiéndola, la profundiza y afina a través de su convocatoria a la llamada Misión Continental, es decir, como un modo de ser y un estado permanente de la Iglesia del Continente (Cadavid, 2012). El Consejo Episcopal Latinoamericano (2008), en la obra “La misión Continental para una Iglesia misionera”, presenta orientaciones aprobadas por los Presidentes de las Conferencias Episcopales para lograr este gran impulso misionero del Espíritu: una Iglesia misionera en el continente, la misión continental y servicios complementarios. La red continental de teólogos y agentes de pastoral, AMERINDIA (2009), publicó la obra “La misión en cuestión. Aportes a la luz de Aparecida”, donde se presentan aportes y sugerencias para el buen resultado de este proyecto tan importante. Silva Retamales (2012), en su obra “Misión Continental y Nueva Evangelización. Aportes y propuestas”, señala que al fortalecer el carácter permanente de la Misión continental, será posible realizar la Nueva Evangelización que tiene como exigencia la conversión personal y pastoral, centrada en la Palabra y en la Eucaristía.

métodos, “se trata de tres realidades inseparables, que se complementan y se condicionan” (Valadez, 2003, p. 102). Por otro lado, Jesús Espeja (2008) menciona que es necesario tomar conciencia que ante las nuevas realidades y cambios acelerados y profundos, la Iglesia debe revisar sus paradigmas, métodos y lenguajes como parte del proceso de conversión pastoral que exigen los nuevos desafíos de la evangelización para afrontar la Misión Continental.

El tema de la conversión pastoral ha tenido un destacado desarrollo en los últimos tiempos<sup>48</sup>. El Magisterio de la Iglesia, especialmente a partir del Concilio Vaticano II, ha facilitado su comprensión y asimilación, al presentarla como renovación eclesial que implica reformas permanentes a modo de examen de conciencia interior (cf. ES 9) o purificación (cf. GS 43). En 1992, en Santo Domingo, por primera vez se usa la expresión conversión pastoral y aparece vinculada al tema de la Nueva Evangelización: “La Nueva Evangelización exige la Conversión Pastoral de la Iglesia. Tal conversión deber ser coherente con el Concilio. Lo toca todo y a todos: en la conciencia, en la praxis personal y comunitaria, en las relaciones de igualdad y autoridad; con estructuras y dinanismos que hagan presente cada vez con más claridad a la Iglesia, en cuanto signo eficaz, sacramento de salvación universal” (SD 30).

En el documento conclusivo de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, en los numerales 365 al 372, se presenta la conversión pastoral desde la perspectiva de la renovación misionera de las comunidades eclesiales, como respuesta a los nuevos desafíos a partir de un discernimiento de los signos de los tiempos (Moronta, 2012). “La pastoral de la Iglesia no puede prescindir del contexto histórico donde viven sus miembros. Su vida acontece en contextos socioculturales bien concretos. [...] representan nuevos desafíos para la Iglesia en su misión de construir el Reino de Dios. De allí nace la

---

48 Melguizo (2008) realiza un recorrido histórico del magisterio eclesial sobre este tema, a partir del Vaticano II hasta nuestros días. Desde el llamamiento universal a la santidad (LG), hasta el sínodo de 1985; desde Pablo VI hasta Juan Pablo II; desde la Conferencia de Santo Domingo hasta Aparecida. Presenta los diversos nombres y dimensiones: reforma, renovación, conversión eclesial, etc., afirmando que es un llamamiento universal a la santidad, y es, y será siempre una urgencia pastoral. Fernández (2010), describe: donde y como aparece; el sentido que tiene en Aparecida, y la aceptación en autores y Obispos latinoamericanos. También Moronta (2012), realiza una síntesis de las enseñanzas del Magisterio eclesial acerca de la conversión pastoral.

necesidad, en fidelidad al Espíritu Santo que la conduce, de una renovación eclesial, que implica reformas espirituales, pastorales y también institucionales” (DA 367).

Valadez (2003) afirma que la conversión pastoral consiste principalmente “en la firme decisión, tanto a nivel personal como comunitario, de estar siempre en marcha, bajo la guía del Buen Pastor, buscando y poniendo los medios necesarios para realizar el ministerio pastoral según el Espíritu de Jesús [...] Tal conversión afecta y compromete la totalidad de nuestro ser: modos de pensar, sentir y actuar, así como el ser y actuar de toda la Iglesia” (p. 95) <sup>49</sup>. De esta definición, Moronta (2012), destaca algunos aspectos:

- Es un proceso, por tanto un camino, permanente. No responde sólo a situaciones coyunturales; a éstas las ilumina y les da respuesta, pero desde ese camino continuo.
- Se trata de un cambio que conlleva la apertura de mente y corazón.
- Es un proceso propio de la Iglesia, se requiere la participación de todos sus miembros, de manera personal y comunitaria.
- Con ese proceso de cambio, la Iglesia pretende actuar y adecuar todo lo referente a su ministerio; buscar y colocar los medios necesarios para un más eficaz ejercicio de su ministerio; dejarse guiar por Espíritu de Jesús y así actuar en su nombre, en el aquí y en el ahora que le corresponde vivir.

A partir de los elementos considerados se facilita la comprensión del significado de la conversión pastoral que exige la Nueva Evangelización: se puede reconocer el “qué” y el

---

<sup>49</sup> El “qué” de la conversión pastoral se refiere a un dinamismo que “lo toca a todo y a todos”, es decir, se trata de una fuerza que afecta “todo” lo que forma parte de la Iglesia (aspecto institucional), pero también afecta “todo” lo que constituye la vida de cada uno y de “todos” sus miembros (identidad); el “para que” tiene como finalidad que la Iglesia sea un sacramento de la “salvación universal” (Valadez, 2008). El jesuita Libanio (2008), al hablar de conversión pastoral, hace un juego de palabras para mostrar cómo puede ser entendida y asumida: conversión “de” la pastoral, “en” la pastoral, “a la” pastoral, “por” la pastoral, “desde” la pastoral. Ascenjo (2008) afirma que la conversión pastoral es un llamado a vivir en libertad y comunión. Rodríguez (2008), menciona que la conversión como desafío implica algunas exigencias: proximidad pastoral, ímpetu y audacia evangelizadora, corresponsabilidad de todos en la implantación del Reino, transformación misionera de las estructuras pastorales, renovación de las parroquias en la línea de comunión y proyectos pastorales orgánicos que respondan a las exigencias del mundo actual. Merlos (2009), señala que una auténtica conversión pastoral, se debe traducir en una acción misionera. Fernández (2010) afirma que, comprendiendo las dimensiones de la conversión cristiana (conversión a Dios, a Jesucristo, fraterna y comunitaria, social, pastoral misionera, estructural eclesial), se puede explicitar la riqueza de sentido que tiene la conversión pastoral, además, es una modo de discernir sobre la autenticidad de la conversión.

“para qué” de la conversión, se muestra el fundamento teológico de la sacramentalidad de la Iglesia y se comprende la exigencia de que la Iglesia realice un examen de conciencia sobre la forma de impulsar la tarea evangelizadora. Desde la actitud de conversión permanente, nos tenemos que preguntar si de verdad estamos siendo discípulos-seguidores de Jesús; si estamos haciendo lo que Él nos ha mandado de ir al encuentro de todos para hacerlos discípulos (cf. DA 367-368).

### **3.2 LA CONVERSIÓN PERSONAL Y PASTORAL, EXIGENCIA DE LOS PRESBITEROS EN TIEMPOS DE NUEVA EVANGELIZACIÓN**

La necesidad de renovación o conversión de los presbíteros, la urgencia de impulsar una pastoral presbiteral que tenga como prioridad la espiritualidad específica y la formación permanente e integral de los sacerdotes es tanto más necesaria cuando, afirma el Cardenal Hummes, “Todos sabemos, y la experiencia cotidiana lo demuestra, que la Iglesia se mueve en gran parte gracias al esfuerzo de los Presbíteros. Cuando ellos se mueven, la Iglesia se mueve”. Y en seguida, ubicándose en la opción hecha por Aparecida, sostiene “Por tanto, si este precioso y urgente proyecto de la misión es acogido por ellos con pasión y lucidez la Iglesia Latinoamericana y caribeña será de verdad, misionera, capaz de ir, con la fuerza del Espíritu, en busca de nuevos pueblos y de cada persona para conducirlos a un re-encuentro con la persona de Jesucristo, muerto y resucitado, fuente de la verdad y de la vida plena y abundante” (2008, p. 224).

A fin de destacar la necesidad de la conversión de los presbíteros en nuestros tiempos, es necesario tener en cuenta, como lo señala Aparecida, que ellos también viven su discipulado y su misión en el contexto de un cambio de época que les plantea desafíos propios.

### 3.2.1 Un cambio de época, contexto de los discípulos misioneros

Ya el Concilio Vaticano II, en la Constitución *Gaudium et spes*, hacía ver la situación de cambio: “La propia historia está sometida a un proceso tal de aceleración, que apenas es posible al hombre seguirla. El género humano corre una misma suerte y no se diversifica ya en varias historias dispersas. La humanidad pasa así de una concepción más bien estática de la realidad a otra más dinámica y evolutiva, de donde surge un nuevo conjunto de problemas que exige nuevos análisis y nuevas síntesis” (GS 5).

Cuarenta y dos años después de esta constatación del Vaticano II, el Documento Conclusivo de Aparecida, en su primera parte, *La vida de nuestros pueblos hoy*, en su capítulo segundo, *Mirada de los discípulos misioneros sobre la realidad*, afirma que: “Los pueblos de América Latina y el Caribe viven hoy una realidad marcada por grandes cambios que afectan profundamente sus vidas... La novedad de estos cambios, a diferencia de los ocurridos en otras épocas, es que tienen un alcance global que, con diferencias y matices, afectan al mundo entero. Habitualmente se los caracteriza como el fenómeno de la globalización” (DA 33-34)<sup>50</sup>.

Melguizo (2008), en sintonía con las conclusiones de diversos pensadores y retomando el Documento de Participación como preparación a la V Conferencia General del Episcopado latinoamericano, menciona que la realidad actual está marcada por un momento ambivalente llamado postmodernidad que, más que reconocerse como una época de cambios, está significando un cambio de época. En el numeral 28, al respecto afirma: “Este es un horizonte lleno de realidades nuevas, de investigaciones asombrosas, de sufrimiento y búsquedas esperanzadas, de nuevas propuestas religiosas, de iniquidades, de adicciones y corrupciones, pero también está lleno de ansias de solidaridad, lleno de desafíos”.

---

50 El capítulo dos de Aparecida, a la vez que hace ver la realidad que nos interpela como discípulos misioneros, también se detiene a considerar la situación de nuestra Iglesia en esta hora histórica de desafíos, haciendo ver las luces y las sombras (cf. DA 98-100)

El Documento de Síntesis, elaborado con los aportes de las Conferencias Episcopales de América Latina, como preparación inmediata de la V Conferencia, al hablar del cambio de época afirma: “El pluralismo cultural y religioso de la sociedad repercute fuertemente en la Iglesia [...] No todos los católicos estaban preparados para resistir a esta multiplicidad de discursos y de prácticas presentes en la sociedad [...] Esta situación se ve agravada por el relativismo ético y religioso de la cultura actual. Por otro lado, el pluralismo religioso abre espacios para la libertad personal y la opción religiosa consciente” (DS 74).

Leonidas Ortíz (2006), señala que en este cambio de época, cada discípulo, vive un proceso particular de seguimiento del Señor, ya que por su vocación específica, asume su compromiso bautismal de forma contextualizada y vive de una manera puntual su discipulado, por lo que es necesario tener en cuenta: edad, estado de vida, profesión u oficio, cultura, retos y desafíos de cada época “En el fiel cumplimiento de su vocación bautismal, el discípulo ha de tener en cuenta los desafíos que el mundo de hoy le presenta a la Iglesia de Jesús”. (DA 185).

### **3.2.2 Situaciones que afectan y desafían la vida y el ministerio de los presbíteros<sup>51</sup>**

Al considerar el cambio de época, el Documento de Síntesis, elaborado con los aportes de las Conferencias Episcopales como preparación inmediata de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, hace ver que el conjunto de fenómenos que la manifiestan “es el escenario del Evangelizador de hoy y más concretamente del Presbítero” (Melguizo, 2008, p. 15).

“Una mirada a nuestro momento actual nos muestra situaciones que afectan y desafían la vida y el ministerio de nuestros presbíteros. Entre otras, la identidad teológica del ministerio presbiteral, su inserción en la cultura actual y particulares situaciones que

---

51 Ya el magisterio eclesial había estudiado la problemática sacerdotal en dos momentos claves: el Sínodo de 1971 (el sacerdocio ministerial y la justicia en el mundo), y luego en el Sínodo de 1990 (la formación de los sacerdotes en la situación actual) de la cual surgió la Exhortación Apostólica de Juan Pablo II, *Pastores Dabo Vobis* de 1992.

inciden en su existencia” (DA 192). Siguiendo a Aparecida nos detenemos a considerar estos tres grandes aspectos.

a. La Identidad sacerdotal

Los cambios ideológicos y sociológicos han cuestionado la vida sacerdotal, su razón de ser, lo afectivo y efectivo de su acción pastoral y la autenticidad de su vida, en una palabra, su identidad sacerdotal. “No se puede hablar hoy sobre la identidad sacerdotal sin tomar conciencia de algunos aspectos de la cultura actual que inciden negativamente en la configuración y en el afianzamiento de dicha identidad [...] Hay una excesiva división entre lo sagrado y lo mundano” (Fernández, 2007, pp. 65-66).

Fernández, al hablar de esta dicotomía (lo sagrado y mundano) en la vida de los presbíteros, menciona que se produce una esquizofrenia donde pueden coexistir dos cosas: “por un lado un rechazo del mundo perdido, un lamento ante el fenómeno de la secularización, un dolor por los ataques a la Iglesia, un espíritu religioso que se siente amenazado, etc. Pero por otra parte, una tendencia casi inconsciente a amoldarse al mundo, a no perderse nada de lo que la modernidad ofrece, en una especie de obsesión por ser como todos y tener lo que tienen los demás procurando esconder las propias opciones” (Fernández, 2007, p. 66).

El Beato Juan Pablo, en la carta del Jueves Santo de 1988, en su número siete menciona que “el sacerdocio, que tiene su principio en la última cena, nos permite participar en esta transformación esencial de la historia espiritual del hombre”. “Profundizando en la propia razón de ser como sacerdote, sin admitir dudas enfermizas, se entra en sintonía con la exigencia evangélicas, se renuevan métodos pastorales, se abren nuevos campos a la evangelización y se redescubre que la propia vida debe ser un trasunto más claro y auténtico de la caridad del Buen Pastor. Sólo así se puede responder evangélicamente a una nueva época de gracia y de cambios” (Esquerda, 2002, p. 32).

El documento conclusivo de Aparecida, en el numeral 193, presenta una síntesis sobre la identidad teológica del ministerio y recuerda que el sacerdocio ministerial está al servicio del sacerdocio común (cf. LG 10), a la vez que advierte sobre el peligro de que el sacerdote se considere solo un mero delegado o representante de la comunidad olvidando que es “un don para ella por la unción del Espíritu y por su especial unción con Cristo Cabeza (cf. Hb 5,1)”. La identidad sacerdotal debe estar fundamentada en una espiritualidad cristológica, eclesial y antropológica” (Esquerda, 2002, p. 40).

No hay que perder de vista que ninguna persona es un ser terminado, sino que se va haciendo en un proceso permanente, de ahí que el desafío de la identidad sacerdotal sea una oportunidad, ya que “para el discípulo de Jesús el Evangelio es fuente de desafíos permanente, pero también es el origen de sus criterios para interpretar la existencia a la manera de Jesús” (Merlos, 2002, p. 130). Hablar hoy identidad sacerdotal es ponerse en la perspectiva de renovar en forma permanente la gracia del sacramento del orden; es volver al “primer amor<sup>52</sup>”, a fin de estar capacitado para amar integralmente. “La identidad sacerdotal está en línea de sentirse amado y capacitado para amar. Esta identidad se reencuentra cuando se quiere vivir el sacerdocio en todas sus perspectivas o dimensiones” (Esquerda, 2002, p. 32).

#### b. Inserción en la cultura actual<sup>53</sup>

El segundo desafío que presenta el Documento Conclusivo de Aparecida, en el numeral 194, se refiere al ministerio del presbítero inserto en la cultura<sup>54</sup>.

---

52 El amor primero para un presbítero significa regresar al momento en el que el Señor decidió llamarlo por amor, después vendrá los momentos de formación inicial, incluso la misma ordenación sacerdotal. “El re-poso del primer amor llega plenamente cuando se sabe, y se siente, que ese amor es voluntad de Dios, (por más débil que sea mi respuesta), y que Dios jamás revoca su elección” (Precht, 2002, p. 31)

53 Domingo Salvador, Ángelo (2008), especialista en cultura brasileña, en su obra “Formación presbiteral inicial y permanente” menciona que “vivimos en un cambio de época, inclusive en una nueva época, cuyas características dominantes son la globalización del tener y del modo urbano de existir, en el cual los bienes son de carácter dominante [yo elijo y decido], y el bien [yo sigo u obedezco] es de carácter recesivo” (p. 36).

54 Se percibe en el mismo documento de Aparecida al realizar una lectura transversal, primero, un temor ante la cultura moderna y, segundo, su poco uso como concepto ya que se entiende de forma peyorativa y con significados diversos. Aparecida hace una propuesta de una pastoral en las culturas: “Discernir juicio crítico y diálogo con las culturas; en cuanto a la evangelización de la cultura, se debe profundizar en su dimensión ética y religiosa, y procurar los nuevos areópagos de la cultura y ante la creciente separación entre fe y cultura, se debe nuevamente encarnar la fe en la cultura, insertando en los nuevos lenguajes, sin encerramiento en métodos antiguos y actitudes defensivas” (Suess, 2010, p. 34). Para Andrés Torres

Esquerda (2002) afirma que ya se había constatado, desde los años setentas del siglo pasado que los cambios acelerados ocasionaron cuestionamientos y crisis en los presbíteros, cuyos efectos fueron constantemente negativos: “dudas sobre el sacerdocio, secularizaciones, descenso de vocaciones, desánimo” y agrega, “en realidad, toda situación sociológica nueva cuestiona al creyente para que sea más coherente con el evangelio” y concluye: “el cansancio, el desánimo, el abandono, así como la angustia o el entregarse a ideologías al margen del evangelio, son reacciones caducas y estériles” (p. 31).

El análisis cristiano de la realidad equivale a discernir los signos de los tiempos<sup>55</sup> y cumple su finalidad cuando produce un nuevo modo de transformar la vida en la entrega sincera de sí mismo a Dios y a los hermanos, ya que se descubre a la luz de los misterios de Cristo (cf. GS 22, 24,32), en los acontecimientos, un hecho o un tiempo de gracia (*kairos*) que transforma la vida.

De una situación sociológica nueva debe surgir un cristiano y un sacerdote renovado, ya que se profundizan los datos evangélicos como encuentro con Cristo. “El análisis cristiano de la realidad hace profundizar en el mensaje evangélico de las bienaventuranzas y del mandato del amor. Ahondar en el evangelio para iluminar unos acontecimientos nuevos significa, para el llamado a ser signo del Buen Pastor, re-estrenar la vocación como declaración de amor” (Esquerda, 2002, pp. 31-32).

Aparecida, en el número ya citado, exhorta al presbítero a conocer la cultura actual para “sembrar en ella la semilla del Evangelio, es decir, para que el mensaje de Jesús llegue a ser una interpelación válida, comprensible, esperanzadora y relevante para la vida del hombre y de la mujer de hoy, especialmente para los jóvenes”.

---

(2010), ante los retos que presenta la cultura hoy, es necesario repensar y relanzar la formación presbiteral tanto inicial como permanente de los presbíteros desde el desarrollo del pensamiento crítico y creativo para que sean capaces de pensar, decidir e insertarse creativamente.

<sup>55</sup> La frase signos de los tiempos (cf. Mt 16,4) o equivalente, se encuentra frecuentemente en los documentos del Vaticano II, ya desde la Constitución *Humanae Salutis* por la que Juan XXIII convocó el Concilio (Cf. GS 4; 11, 44). Para la vida sacerdotal: PO 6, 9, 15, 17, 18. El documento final del Sínodo Episcopal de 1971 (El sacerdocio ministerial) hace una descripción muy detallada de la situación: “Algunos sacerdotes se sienten extraños a los movimientos que afectan a los grupos humanos y al mismo tiempo impreparados para resolver los problemas de mayor preocupación para el hombre... En semejante situación se presentan graves problemas y muchos interrogantes” (Esquerda, 2002, p. 31). También lo hace PDV capítulo I.

### c. Situaciones existenciales

El tercer aspecto que destaca Aparecida con relación a lo que está afectando y desafiando la vida y el ministerio de los presbíteros en el momento actual es lo que denomina “situaciones que inciden en su existencia” (DA 192).

Se puede decir que no solo el numeral 195 de este Documento ha de ser tenido en cuenta para considerar este aspecto, aunque en él se nos ofrezca una concentrada síntesis, sino que también los siguientes numerales nos dan la oportunidad de reconocer las diversas y variadas situaciones existenciales que desafían al presbítero.

Una primera situación existencial “se refiere a los aspectos vitales y afectivos” ligados muy estrechamente “al celibato y a una vida espiritual intensa fundada en la caridad pastoral, que se nutre en la experiencia personal con Dios y en la comunión con los hermanos” (DA 195). Situación que se hace más complicada en medio de un contexto secularista, individualista y hedonista. En forma particular, el numeral 196 de Aparecida exhorta al presbítero a valorar, como un don de Dios, el celibato “que le posibilita una especial configuración con el estilo de vida del propio Cristo y lo hace signo de su caridad pastoral en la entrega a Dios y a los hombres con corazón pleno e indiviso”. Esta opción libre, plena y consciente del sacerdote por el celibato implica asumir con madurez la propia afectividad y sexualidad, viviéndolas con serenidad y alegría en un camino comunitario (cf. PDV 44).

Otra situación existencial que se ve afectada por el momento actual es el “cultivo de relaciones fraternas” estrechamente vinculado a la tarea pastoral en comunión que ha de desempeñar el presbítero para que su ministerio sea “coherente y testimonial dentro de una pastoral orgánica o de conjunto. Situación que se hace más difícil ante “la existencia de parroquias demasiadas grandes, que dificultan el ejercicio de una pastoral adecuada; parroquias muy pobres, que hacen que los pastores se dediquen a otras tareas para poder subsistir; parroquias situadas en sectores de extrema violencia e inseguridad, y la falta y mala distribución de presbíteros en la Iglesias del Continente” (DA 197).

Es cierto que “El presbítero, a imagen del Buen Pastor, está llamado a ser hombre de la misericordia y de la compasión, cercano a su pueblo y servidor de todos, particularmente de los que sufren grandes necesidades” (DA 198). Sin embargo, asumir esta propuesta sin discernimiento, sin visión eclesial y sin procesos está dando lugar a una situación de desgaste de la vida sacerdotal: estilo de vida inadecuado, el peso de la misión, el fracaso del apostolado, una espiritualidad insuficiente, la conversión aplazada (Precht 2002).

Para responder a esta situación se empiezan a ver trabajos como el de Helena López (2012) que estudia el sacerdocio y al síndrome de burnout, también conocido como síndrome de quemarse por el trabajo, y señala la urgencia de plantear nuevas estrategias, enfocadas a la prevención de las demandas laborales, particularmente en situaciones de estrés crónico de los sacerdotes (afrontamiento, autocuidado y la inteligencia emocional) temas de gran importancia para la vivencia de un sacerdocio más equilibrado y maduro en las circunstancias actuales.

### **3.2.3 La conversión personal y pastoral de los presbíteros en un cambio de época**

Los desafíos encierran “una fuerte carga de provocación y de cuestionamiento” que exige poner en juego los mejores talentos y recursos para dar respuestas inaplazables, revisar actitudes y reformular proyectos (Merlos, 2002). Sin embargo, “desde una postura creyente, el desafío no se reduce a una realidad meramente humana, sino que constituye también una experiencia de fe. En términos pastorales, el desafío es también una verdadera fuente de espiritualidad, que todo Agente ha de descubrir y aprovechar para su vida y ministerio” (Valadez, 2003, p. 183).

Tenemos que reconocer que el cambio de época, con las situaciones que afectan y desafían la vida y el ministerio de los presbíteros, hacen sentir con mayor fuerza la necesidad de la conversión personal y pastoral de los mismos. Las nuevas situaciones plantean desafíos, muchos de ellos urgentes, que interpelan una “pastoral de conservación” o la “pérdida de pasión” en la caridad pastoral. A este respecto, Melguizo afirma que

“Aparecida anota con preocupación que, de cara a la evangelización, nos encontramos muy lejos de estar a la altura de los grandes cambios culturales” (2008, p. 18).

Retomando lo dicho sobre el cambio de época y las situaciones que afectan y desafían a los presbíteros, podemos sintetizar ahora, en breves puntos, la importancia y la urgencia de reconocer, sentir y promover la conversión personal y pastoral los ministros ordenados.

- De una situación sociológica nueva, debe surgir un sacerdote renovado que, reconociéndose llamado a volver al “amor primero”, haga el correspondiente “camino” de conversión. “El análisis cristiano de la realidad hace profundizar en el mensaje evangélico de las bienaventuranzas y del mandato del amor. Ahondar en el evangelio para iluminar unos acontecimientos nuevos significa, para el llamado a ser signo del Buen Pastor, re-estrenar la vocación como declaración de amor” (Esquerda, 2002, pp. 31-32).
- Si todo cristiano se santifica en su propio estado de vida y en medio de circunstancias concretas, por un proceso de sintonía con Cristo, en el Espíritu Santo, según los designios o voluntad del Padre (cf. Ef 2,18), el presbítero, por su ordenación sacerdotal, ha de asumir el cambio de época y encaminar los cambios necesarios en criterios, escala de valores y actitudes para configurarse real y permanente con Cristo para sentir y amar como Él, Buen Pastor. “Hay una fisonomía esencial del sacerdote que no cambia, un rostro definitivo del presbítero que apareció en Cristo, una dimensión destinada a durar y a reproducirse incesantemente; si bien el sacerdote debe adaptarse a cada época y a cada ambiente de vida para producir sus frutos”(Melguizo, 2010, pp. 18-19).
- El momento de cambio de época que vivimos “es el escenario del evangelizador de hoy, más concretamente del presbítero” (Melguizo, 2008, p. 15). La conversión personal y pastoral del presbítero no puede suceder sino dentro de este real y nuevo escenario, no el de ayer ni en el que le brinde la fantasía. El presbítero, desde la riqueza de su consagración bautismal y de su vocación

específica, ha de mirar desde la fe los desafíos que el mundo le presenta a la Iglesia de Jesús (cf. DA 185).

- El fenómeno del cansancio en la vida ministerial, reflejo de una espiritualidad insuficiente, conduce a un estilo de vida inadecuado, a sentir el peso de la misión y, en no pocas ocasiones, al fracaso en el apostolado. Melguizo (2008) sintetiza esta experiencia en lo que llama una “conversión aplazada”. Para lograr la fecundidad de su vocación, es necesario que los presbíteros asuman que la vocación sacerdotal se renueva en toda circunstancia histórica, que forman parte de una Iglesia solidaria de los gozos y esperanzas de la sociedad actual y que están comprometidos en una nueva evangelización que implica una espiritualidad o estilo de vida que tome en cuenta las realidades concretas. “Sin esta renovación los acontecimientos y las situaciones sociológicas (que son también hechos indicativos de gracia) se convierten en ocasiones de deserción, de rutina, de ruptura o de desviación” (Esquerda, 20002, p. 32).
- Como afirma Fernández (2007), la obsesión del presbítero por estar en contacto con la modernidad, ser como todos, es un modo de “aplazar la propia conversión”; esta manera de vivir es desgastante, porque se pretende negar aquello que origina y fundamenta su identidad y misión. “Sin esta identidad las tareas se vuelven forzadas. Aquí aparece la dicotomía más peligrosa, porque afecta profundamente al ser personal; es la separación entre la identidad personal y la misión religiosa. La misión que Dios confía no termina de marcar a fondo la identidad personal” (p. 67).
- Es necesario que la conversión personal y pastoral “pase” por el corazón, por las costumbres, por el entendimiento. Confrontar la vida y el ministerio sacerdotal con las Sagradas Escrituras será un camino para superar la conversión aplazada. El Evangelio es un camino de conversión intelectual que exige adhesión a los criterios de Dios; adhesión a la lógica, perspectivas y horizontes, de Jesús de Nazaret; disposición a vivir según el Espíritu y vencer los criterios que ofrece este mundo que provocan vacío, estrés y hastío (Precht, 2002).
- Los nuevos contextos socioculturales, tan cambiantes y llenos de desafíos, exigen la conversión de los presbíteros discípulos misioneros de Jesús Buen

Pastor. Sólo desde esta conversión personal y pastoral serán auténticos promotores de reformas integrales y transformaciones históricas concretas de la vida y misión de la Iglesia.

La conversión personal y pastoral de los presbíteros es innegablemente necesaria y urgente y hay que emprenderla y promoverla desde el convencimiento categórico que hace Melguizo (2008): “a pesar de los pesares, a pesar de las circunstancias dolorosas, a pesar del contexto socio eclesial adverso, a pesar del desencanto que nos invade por doquier”.

En el camino hacia una Nueva Evangelización, el problema más urgente es la renovación espiritual de los presbíteros para que se conviertan en auténticos y coherentes agentes de pastoral<sup>56</sup>. Es necesario que asuman una personalidad pastoral en proceso de crecimiento y madurez. Esquerda (2002) menciona algunas actitudes o cualidades del presbítero (apóstol) que son exigencia del dinamismo evangelizador de la Iglesia<sup>57</sup>: “una vida de profunda comunión eclesial; la fidelidad a los signos de la presencia y la acción del Espíritu en los pueblos y en las culturas; la preocupación porque la Palabra de verdad llegue al corazón de los hombres y se vuelva vida; el aporte positivo a la edificación de la comunidad; el amor preferencial y la solicitud por los pobres y necesitados; la santidad del evangelizador; la alegría de saberse ministro del evangelio” (p. 27).

El presbítero, al realizar la tarea de la evangelización con estas nuevas actitudes, tendrá el coraje de atreverse a transmitir el Evangelio en estos cambios de época que son profundos y acelerados (cf. GS 4) y descubrir la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda<sup>58</sup>: evangelizar el mundo de hoy, a partir sus nuevos desafíos. Al

---

56 “La palabra agente, proviene del latín *gens* y significa: el que hace, el que conduce, guía, pone en movimiento. En su sentido más amplio, es aquella persona que obra en poder de otro o que tiene a su cargo una encomienda y la autoridad para gestionar asuntos ajenos” y todo agente de pastoral “es todo miembro de la Iglesia (Sacerdote, Religioso, Religiosa, Laico) a quien se le asignan tareas o funciones específicas, en orden a realizar el ministerio pastoral de la Iglesia” (Valadez, 2003, p. 21).

57 La tarea evangelizadora, en el contexto de un mundo globalizado, pide algunas actitudes básicas que inspiren la mística evangélica de la Nueva Evangelización: leer los signos de los tiempos, la nueva contemplación; mostrar a Dios, más que demostrarlo, la fuerza del testimonio; inculturarse e inculturar, pastoral de la encarnación; valorar y respetar la sociedad plural, espiritualidad de diálogo; innovar e innovarse, mentalidad de cambio; aprender de los demás, otra forma de testimoniar la fe; discernir juntos, nunca solos, humildes ante la verdad (CELAM, 2004).

58 El tema del anuncio y de transmisión de la fe ya se había reflexionado en las exhortaciones apostólicas “*Evangelii Nuntiandi*” (1975) y “*Catechesi Tradendae*” (1979), por lo que el presbítero encontrará en estos dos eventos reflexiones

transmitir el Evangelio al hombre concreto, facilitará encontrarse con Jesús, concreción del amor y bondad de Dios y llamarle a la conversión y al bautismo, es decir, iniciará a la persona en un proceso de cambio de actitudes, a fin de que se realice integralmente. Esta actitud o estilo audaz<sup>59</sup>, exige también el ejercicio continuo del discernimiento ya que “la evangelización confronta al hombre consigo mismo y con la comunidad, para revisar su vida y orientarla hacia el amor [...] Los acontecimientos son una llamada para ver la realidad tal como es, juzgarla a la luz del evangelio y actuar según el mandamiento nuevo” (Esquerda, 2002, p. 29).

La conversión de los presbíteros tiene que hacer presente a Jesús de Nazaret y su praxis en este tiempo de nueva Evangelización para afrontar los nuevos desafíos; entre otros aspectos se requiere “cambio de mentalidad” o “mentalidad de cambio” con nuevas actitudes, nuevos métodos y estructuras: implica un cambio de paradigma<sup>60</sup>. Es necesario asumir la identidad Jesús de Nazaret y su causa, el anuncio del Reino de Dios, de lo contrario, toda acción pastoral no es auténtica e integral y, además no merece el calificativo de pastoral (Valadez, 2003, p. 20).

---

valiosas para la revisión y revitalización del mandato misionero que ha recibido por el sacramento del bautismo y orden sacerdotal. Vela (2010), afirma que es necesario evangelizar de nuevo el kerigma cristiano en un mundo roto.

59 Esta actitud ya era conocida en la literatura patrística, como lo aseveran los “*Lineamenta*” para la celebración de la XIII Asamblea sinodal, mencionando a S. Clemente de Alejandría y S. Agustín. Por esta actitud los Santos Padres conjugaron en sí mismos al pastor, al teólogo y al místico. “Fueron pastores entregados incansablemente al servicio de sus hermanos; teólogos que “pensaron” a Dios y nos iluminaron con su conocimiento; místicos que “gustaron” y experimentaron a Dios y lo supieron transmitir a través de su propia vida” (Valadez, 2003, p. 27).

60 Un paradigma como conjunto de normas y reglamentos tiene dos finalidades: “establecen unos límites y explican las forma exitosa de resolver los problemas que se presentan dentro de esos límites [...] Los paradigmas filtran nuestras experiencias. En todo momento observamos el mundo a través de nuestro paradigma. [...] Toda persona que sigue normas y reglas estrictas en su vida, y no se abre a otras posibilidades, incurre en el efecto paradigma, que le impide adoptar medidas nuevas, enfoques y respuestas novedosas [...] Si queremos enfrentar con éxito los nuevos desafíos que la realidad nos va presentando es necesario superar nuestros viejos paradigmas” (Valadez, 2003, pp. 99-100).

### **3.3 LA CONVERSIÓN DE LOS PRESBITEROS, CAMINO PARA REAVIVAR LA PASTORAL LA IGLESIA<sup>61</sup>**

Los obispos latinoamericanos reunidos en Aparecida afirmaron: “... Percibimos una evangelización con poco ardor y sin nuevos métodos y expresiones, un énfasis en el ritualismo sin el conveniente itinerario formativo..., nos preocupa una espiritualidad individualista...” (DA 100c).

Se ha destacado de diversas formas la importancia del ser y quehacer del presbítero para impulsar la Nueva Evangelización, pero si la conversión personal y pastoral no se expresa en opciones pastorales concretas que expliciten la praxis pastoral de Jesús de Nazaret no tendrá lugar el relanzamiento de la acción evangelizadora de la Iglesia. Tres opciones que impactan toda la acción pastoral de la Iglesia han de ser asumidas para que se exprese y favorezca a la vez la conversión pastoral en tiempos de Nueva Evangelización: la animación bíblica de la pastoral, como alma de la acción evangelizadora; la iniciación cristiana, como modelo operativo de un itinerario de formación que ha de ser permanente; y la espiritualidad de comunión, que ha de favorecer e impulsar una pastoral orgánica o de conjunto.

---

<sup>61</sup> Gasperin (2008), en su XI Carta Pastoral “La conversión pastoral”, afirma que la conversión pastoral “toca todo y a todos” y no es asunto exclusivo, aunque siempre lo será prioritario, de los pastores: la conversión de las personas o ardor misionero implica un cambio de personalidad pastoral bajo el signo de la santidad; la conversión en las estructuras pastorales o expresiones, deben estar al servicio del Espíritu y la misión, sin olvidar que debe iniciarse con una visión integral de la acción pastoral que responda a la eclesiología o espiritualidad de comunión, que se llama “pastoral orgánica” siendo vitales los consejos de pastoral, tanto diocesanos como los parroquiales; y la conversión de los métodos pastorales que son los cómo, deben buscar nuevos caminos del Evangelio, dando primacía a la gracia y acción del Espíritu Santo. Un compendio de varias obras del mismo autor donde retoma estas temáticas es “La gloria de Dios es que el hombre viva. Carta pastorales y otros escritos” (2003).

### 3.3.1 Animación bíblica de la pastoral<sup>62</sup>

Con la Constitución dogmática “*Dei Verbum*”, la Iglesia ha logrado, entre otras cosas, un mayor acercamiento a la Palabra de Dios a través de versiones de la Biblia en lengua vulgar; sin embargo aún se está lejos de haberla asumido como alma de toda pastoral.

En el discurso inaugural de Aparecida, en el numeral 3, el Papa Benedicto planteaba la pregunta: “¿cómo conocer realmente a Cristo para seguirlo y vivir con él, para encontrar la vida en él y para comunicar esta vida a los demás, a la sociedad y al mundo?”. A manera de respuesta él mismo afirmaba: “ante todo, Cristo se nos da a conocer en su persona, en su vida y en su doctrina por medio de la Palabra de Dios [...] es condición indispensable el conocimiento profundo de la Palabra de Dios”.

Queda claro que la Nueva Evangelización exige este conocimiento y obediencia a la Palabra para afrontar los nuevos desafíos y, en consecuencia, el presbítero, llamado a conocer la realidad tan cambiante en la que se ha de desarrollar la Nueva Evangelización, debe “sembrar en ella la semilla del Evangelio, es decir, para que el mensaje de Jesús llegue a ser una interpretación válida, comprensible, esperanzadora y relevante para la vida del hombre y de la mujer de hoy” (DA 194).

El presbítero, además de proponer la Palabra de Dios como lugar de encuentro con Jesucristo y fuente del discipulado misionero (cf. DA 172), debe hacerla eje fundamental de

---

62 La Exhortación Apostólica Postsinodal, “*Verbum Dómini*”, del Papa Benedicto XVI, es fruto de la XII Asamblea de los Obispos 2008, que tuvo como tema “la Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia, en el numeral 2, el Papa afirma que la prioridad más grande en la Iglesia es “abrir de nuevo al hombre de hoy el acceso a Dios, al Dios que habla y nos comunica su amor para que tengamos vida abundante (cf. Jn 10,10)”, ya que “la Palabra del Señor permanece eternamente. Y ésta es la palabra: la Buena Nueva que se os ha anunciado” (1 P 1,25; cf. Is 40,8). Además recuerda que la Iglesia se funda sobre la Palabra de Dios, nace y vive de ella. “A lo largo de la historia, el Pueblo de Dios ha encontrado siempre en ella su fuerza, y la comunidad eclesial crece también hoy en la escucha, en la celebración y en el estudio de la Palabra de Dios” (No.4). El estudio de la Biblia es fundamento de la teología (cf. DV 24), por lo que nunca está completamente terminado, por lo que la Pontificia Comisión Bíblica (2011), en la obra “La interpretación de la Biblia en la Iglesia”, cien años después de *Providentissimus Deus* y cincuenta años después de *Divino Afflante Spiritu*, busca definir la posición de exégesis católica en la situación actual. Silva Retamales (2007), afirma que el tema asumido por Aparecida, la Palabra de Dios es fuente de inspiración e incluso utiliza más citas bíblicas que en otras Conferencias generales, por lo que plantea el gran desafío de pasar de lo que tradicionalmente se ha llamado “pastoral bíblica” a una animación bíblica pastoral. Gasperin (2000), presenta la necesidad de desarrollar una auténtica y plena “pastoral bíblica” en cada diócesis, recordando que al obispo le corresponde el oficio de manera plena en la Iglesia el oficio pastoral.

su toda praxis pastoral. Valorar la importancia de una pastoral bíblica: “entendida como animación bíblica de la pastoral, que sea escuela de interpretación o conocimiento de la Palabra, de comunión con Jesús u oración con la Palabra, y de evangelización inculturada o de proclamación de la Palabra” (DA 248). Esto le exige que el estudio y contacto con la Sagrada Escritura no sea como “teólogo académico” sino “orgánico”, es decir con un corazón hambriento de oír la Palabra del Señor (cf. Am 8,11).

El presbítero, por la animación bíblica pastoral, renovará la parroquia, “llamada a ser el espacio donde se recibe y se acoge la Palabra, se celebra y se expresa en la adoración del Cuerpo de Cristo” (DA 172). Es necesario “educar al pueblo en la lectura y meditación de la Palabra de Dios [*lectio divina*]: que ella se convierta en alimento para que, por propia experiencia, vean que las palabras de Jesús son espíritu y vida [...] Hemos de fundamentar nuestro compromiso misionero y toda nuestra vida en la roca de la Palabra de Dios” (DA 26). El encuentro con Jesucristo en la Palabra de Dios es fundamento para vivir una iniciación cristiana verdadera: “da la posibilidad de un aprendizaje gradual en el conocimiento, amor y seguimiento” (DA 291).

### **3.3.2 La iniciación cristiana como modelo operativo**

El documento conclusivo de Aparecida presenta la necesidad de fundamentar la conciencia de la identidad cristiana que en un alto porcentaje de creyentes se percibe frágil y vulnerable. Este gran desafío cuestiona el cómo la Iglesia está educando en la fe. “Son muchos los creyentes que no participan en la Eucaristía dominical, ni reciben con regularidad los sacramentos, no se insertan activamente en la comunidad eclesial”, constituyen “un alto porcentaje de católicos sin conciencia de su misión de ser sal y fermento en el mundo” (DA 286). Por lo que se impone la tarea irrenunciable de ofrecer una modelo operativo de iniciación cristiana, que señale el qué, el quién, el cómo y el dónde debe realizarse (cf. DA 287). “o educamos en la fe, poniendo realmente en contacto con Jesucristo e invitando a su seguimiento, o no cumpliremos nuestra misión evangelizadora” (DA 287).

Los *Lineamenta* de la XIII Asamblea Sinodal, en el numeral 18, afirman que la iniciación cristiana es “ya un concepto y un instrumento pastoral reconocido y bien consolidado en la Iglesias locales”. La transmisión y educación de la fe, con los nuevos desafíos que presenta la Nueva Evangelización, exhortan a los presbíteros a revalorar de nuevo los instrumentos madurados en la tradición de la Iglesia y, en particular, el primer anuncio, la iniciación cristiana y la educación, respetando los procesos personales y comunitarios, continuos y graduales (cf. DA 281), además de adaptarlos a las actuales condiciones culturales y sociales (CELAM, 2012).

El presbítero, por la iniciación cristiana como modelo operativo, pone en contacto a los fieles con Jesucristo e inicia con ellos un proceso de discipulado. “La iniciación cristiana, que incluye el kerigma, es la manera práctica de poner en contacto con Jesucristo e iniciar en el discipulado. Nos da, también, la oportunidad de fortalecer la unidad de los tres sacramentos de iniciación y profundizar en su rico sentido”, además, “se refiere a la primera iniciación en los misterios de la fe, sea en la forma de catecumenado bautismal para los no bautizados, sea en la forma de catecumenado post-bautismal para los bautizados no suficientemente catequizados” (DA 288). El “Ritual de Iniciación Cristiana de Adultos - RICA”, es una referencia necesaria y un apoyo seguro<sup>63</sup>.

Merlos (2003), haciendo referencia a la naturaleza del Ritual, menciona que “es el directorio pastoral que nos da el más claro modelo de lo que la Iglesia es a la luz del Concilio; además, es el itinerario eclesial para la iniciación cristiana de los adultos, en la que los sacramentos son momentos de un proceso [evangelizador] con carácter catecumenal” (p. 265). Casiano Floristán (1976) nos señala los cuatro momentos del catecumenado o de la iniciación cristiana: el precatecumenado o etapa de evangelización; el catecumenado o etapa de catequesis de iniciación; tiempo de purificación e iluminación; y la etapa de mistagogía o etapa pascual, post-sacramental.

---

<sup>63</sup> El Ritual de la Iniciación Cristiana de los adultos es el instrumento que traza el camino, ofrece la ayuda espiritual para la preparación y la celebración fructuosa de los sacramentos de la iniciación, por lo que tiene como estructura básica: los *praetonada* o “notas previas” que orientan la catequesis y la estructura o proceso del catecumenado. “El hecho mismo de denominarlo *Ordo Initiationis Christianae Adultorum*, denota su carácter de ordenamiento o itinerario dinámico vinculado más que a efectos rituales, a procesos vitales que buscan introducir gradualmente al discípulo de Jesús en la más pura esencia de la vida cristiana, configurada por los valores del Evangelio” (Merlos, 2003, p. 280).

El presbítero al asumir la dinámica catequética de la iniciación cristiana, posibilita la renovación de vida comunitaria de la parroquia, despierta su carácter misionero y pone las bases para un itinerario de desarrollo permanente. Por la iniciación cristiana se ponen las bases para que se desarrollen los rasgos del discípulo: que tenga como centro la persona de Jesucristo, que viva el espíritu de oración, que sea asiduo a lectura y meditación de la Palabra de Dios, que participe frecuentemente del Sacramento de la reconciliación y la Eucaristía, que se desenvuelva como miembro activo y cordial en la comunidad eclesial y social, que sea solidario con el prójimo y misionero alegre (cf. DA 292).

Por ello, el proceso catequético formativo para la iniciación cristiana será la manera ordinaria e indispensable, la catequesis básica y fundamental; la catequesis permanente continuará el proceso de maduración de la fe incluyendo un discernimiento vocacional y la orientación para crear proyectos personales de vida (cf. DA 293).

### **3.3.3 La espiritualidad de comunión para una pastoral orgánica o de conjunto<sup>64</sup>**

En el Directorio para el ministerio y la vida de los Presbíteros se afirma que “la identidad, el ministerio y la existencia del presbítero están relacionadas esencialmente con las tres Personas Divinas, en orden al servicio sacerdotal de la Iglesia” (No. 9). Esto exige del sacerdote “una relación personal con la Trinidad” (No. 4). Tal relación “debe ser necesariamente vivida [...] de modo íntimo y personal, en el diálogo de adoración y de amor con las tres Personas divinas, sabiendo que el don recibido le fue otorgado para el servicio de los demás” (No. 10). “Esto significa que el ministerio pastoral brota de la experiencia de Dios Trinidad y es experiencia de Dios: experimenta al Padre que es quien nos llama a colaborar en la obra de salvación; se experimenta al Hijo, cuya presencia y

---

64 La Diócesis de Querétaro, México (2010), en la obra “Yo soy el buen Pastor. El Buen Pastor da la vida por sus ovejas. Misión permanente”, presenta la tercera etapa 2010-2016 del plan diocesano de Pastoral a las que le anteceden la primera (1992-2000), la segunda (2000-2008), siendo uno de muchos signos de conversión pastoral que en nuestro continente se están realizando por hacer realidad una pastoral de conjunto en las Iglesias particulares y vivir una espiritualidad de comunión. Rodríguez (2004), en su obra “Vocación Pastoral de la Diócesis contemporánea. Tareas impostergables”, afirma que el plan de diocesano de pastoral es generador de espiritualidad diocesana.

praxis actualizamos; y se experimenta al Espíritu Santo, bajo cuyo impulso actuamos” (Valadez, 20003, p. 32)<sup>65</sup>

Es por ello que la acción pastoral en la Iglesia debe tener como fundamento la espiritualidad de comunión o *koinonia*, expresión del amor de Dios, que “encarna y manifiesta la misma esencia del misterio de la Iglesia” (NMI, 42). Consiste “en un mirar el corazón de la Santísima Trinidad y ver la luz amorosa reflejada en nuestros corazones y presente también en los hermanos que está a nuestro lado y que nos pertenecen” (Gasperin, 2008, p. 10), además permite realizar “una pastoral con alma” que tiene como fuente y origen la Eucaristía (cf. DA 252)<sup>66</sup>.

El documento conclusivo de Aparecida afirma que “en la Iglesias Particulares, todos los miembros del Pueblo de Dios, según sus vocaciones específicas, estamos convocados a la santidad en la comunión y la misión” (DA 163). Por lo que la diócesis es “lugar privilegiado de la comunión” (DA 164): “es totalmente Iglesia, pero no es toda la Iglesia. Es la realización concreta de la Iglesia Universal, en un determinado lugar y tiempo” (DA 166). Por ser el primer ámbito de la comunión y misión debe impulsar y conducir una acción pastoral orgánica fundamentada en la espiritualidad de comunión, es decir, un proyecto misionero eficiente que incluye en un mismo proyecto a “todas las fuerzas vivas de la Iglesia”. “Este proyecto, que surge de un camino de variada participación, hace posible la pastoral orgánica, capaz de dar respuesta a los nuevos desafíos” (DA 169).

Las actitudes indispensables para una pastoral orgánica o de conjunto son: identidad creyente (brota de una experiencia de fe); solidaridad (interna y externa); fidelidad, tanto al Evangelio como al Magisterio de la Iglesia; pobreza de espíritu; audacia; conversión continua (para no caer en posiciones rígidas que dificultaran la tarea y llevan a posiciones ahistóricas); corresponsabilidad; espíritu de colaboración; creatividad (que brota de la

---

65 A partir de los *Lineamenta* de la XIII Asamblea sinodal para la nueva Evangelización, la Iglesia debe tener en primer lugar en los programas por realizar, el testimonio confrontado con el misterio de Dios uno y trino, considerando tres aspectos importantes: Dios uno y Trino, principio y fin de todas las cosas; la Iglesia, un icono de la Trinidad y sacramento de unidad; y la unidad de los cristianos, motivo de credibilidad en la evangelización (Musoni, 2013).

66 Al realizar un recorrido en las 5 Conferencias Episcopales de Latino América, José María Cantó (2012), en una de sus conclusiones afirma que la Eucaristía ha estado siempre presente en la vida y misión de la Iglesia siendo un eje fundamental en cada pequeña comunidad, en la vida parroquial, y en la Iglesia Local.

sensibilidad para captar las necesidades de los demás en cada momento); eclesialidad; trascendencia; testimonial (con gestos y palabras fácilmente comprensibles); coherencia (entre lo que se cree y lo que se vive); tolerancia y condescendencia; confianza; universalidad; caridad (Valadez, 2003). “La pastoral de conjunto es mucho más que un método o modo de trabajar: es un estilo de vida que requiere, y a la vez genera una mística” (Valadez, 2003, p. 141).

Por esta razón, la espiritualidad de comunión debe ser el fundamento de la planeación pastoral en la Iglesia (diócesis, parroquia, pequeñas comunidades, movimientos eclesiales, etc.) y la pastoral orgánica o de conjunto ha de ser el objetivo de toda planeación pastoral. Es necesario recordar que el documento Conclusivo de la III Conferencia del Episcopado Latinoamericano propuso la pastoral planificada como “la respuesta específica, consciente e intencional a las necesidades del evangelización” (DP 1306), y Aparecida reconoce los avances “en la estructuración de la pastoral orgánica” y se alegra por ello, pues hace posible que la diócesis cumpla su cometido respecto a la comunión y misión (cf. DA 169). “Toda auténtica pastoral está llamada a ser orgánica o de conjunto, pues de otra manera no expresa suficientemente el misterio de la Iglesia y puede desviarse hacia la uniformidad o hacia la dispersión” (Gasperin, 2008, p. 44).

Gasperin (2008), al afirmar que el plan de pastoral es un signo operativo de la eclesiología de comunión y de conversión pastoral, señala que al realizarlo en comunión y participación bajo la guía del Espíritu Santo, convertirá a cada miembro de la Iglesia en un verdadero discípulo misionero de Jesucristo, ya que podrá “evangelizar de un modo armónico e integrado en el proyecto pastoral de la Diócesis” (DA 169). “El gran desafío de pastoral de conjunto es hacer de la Iglesia una comunión de comunidades, evangelizadora misionera y ministerial” (Valadez, 2003, p. 145). Para lograr estas transformaciones efectivas y consistentes es necesario asumir procesos lentos y graduales, pero permanentes, a fin de que la conversión pastoral que “toca todo y a todos”, suscite acciones pastorales renovadas, creativas y guiadas por la inspiración del Espíritu.

## CONCLUSIONES GENERALES

El propósito de la presente investigación ha sido mostrar los elementos teológico-pastorales de los procesos de conversión pastoral de los presbíteros desde la identidad y misión de Jesús de Nazaret para responder a los retos de la Nueva Evangelización.

El punto de partida del itinerario que se ha seguido en este trabajo ha sido la recuperación de los elementos fundamentales de la conversión cristiana en general para desembocar en aquellos que tiene que ver directamente con los procesos particulares de la conversión personal y pastoral de los sacerdotes en los tiempos que vivimos. Ahora, para dar cierre a la presente investigación, en un proceso inverso al que se siguió en la elaboración del trabajo se destacan nueve conclusiones generales en las que se recogen los elementos teológico-pastorales que fundamentan e impulsan los procesos de conversión personal y pastoral de los presbíteros: tres referidas explícitamente al tiempo de Nueva Evangelización en el cual viven los presbíteros de hoy, tres que se derivan de las exigencias del ser y quehacer del presbítero que no cambia, y tres que hunden sus raíces en el “campo común” de la consagración fundamental del bautismo.

- La conversión personal y pastoral de los presbíteros debe expresarse en opciones pastorales concretas que expliciten la praxis de Jesús de Nazaret y favorezcan el relanzamiento de la acción evangelizadora de la Iglesia en tiempos de Nueva Evangelización. En esta línea se han de asumir ineludiblemente tres opciones pastorales por ser transversales a toda acción pastoral: la animación bíblica de la pastoral, como alma de toda acción evangelizadora; la iniciación cristiana, como modelo operativo de un itinerario de formación personal, grupal y comunitario que ha de ser permanente; y la espiritualidad de comunión, como dinamismo que ha de favorecer e impulsar una pastoral orgánica o de conjunto.

- Para que la conversión personal y pastoral de los presbíteros llegue a concretarse en las opciones pastorales señaladas, es indispensable tener presente que los presbíteros viven en un contexto de cambio de época, con movimientos acelerados y profundos que, según Aparecida, afectan tres de sus ámbitos particulares: su identidad sacerdotal, su inserción en la cultura actual y algunas de sus situaciones existenciales. Dado que en estos ámbitos no faltan ni los desafíos ni las oportunidades han de ser asumidos como verdaderas fuentes de espiritualidad donde se alimenten la vida y el ministerio de los presbíteros.
- El documento Conclusivo de Aparecida, retomando la riqueza del Magisterio universal y latinoamericano a partir del Concilio Vaticano II, presenta la conversión pastoral desde la perspectiva de la renovación misionera de las comunidades eclesiales a partir de un discernimiento de los signos de los tiempos. Los procesos de conversión personal y pastoral de los presbíteros, además de reconocer y trabajar el impacto que las nuevas situaciones provocan en el ministro ordenado, han de tener en cuenta los nuevos escenarios para asumirlos como lugares de testimonio y de anuncio del Evangelio.
- El sacramento del orden realiza un encuentro entre el don de Dios por Jesucristo y la respuesta libre y consciente del ordenando. Se trata de un encuentro puntual y dinámico a la vez; por la gracia del sacramento del orden el presbítero inicia un camino procesual de configuración con Cristo, configuración que es don y tarea. Es por ello que el desempeño del propio ministerio se convierte en camino de conversión personal y pastoral para los presbíteros a condición de que, desde las características propias de su vocación y misión, confronten su quehacer con la gracia recibida en el sacramento del orden, recuperen y tomen como referencia permanente las orientaciones e impulsos que se derivan de la liturgia de su ordenación y desde ahí verifiquen su acción y discernan los cambios necesarios para asumir las actitudes que se esperan de su ser y quehacer.

- Si de la confrontación del ministerio con la liturgia de la ordenación se derivan elementos para impulsar procesos de conversión personal y pastoral para los presbíteros es porque fundamentalmente no existen auténticos procesos de conversión en los presbíteros si no se parte de lo específico de su configuración como “discípulos misioneros de Jesús Buen Pastor”. Sólo desde esta categoría se clarifica su identidad y su misión, ella debe ser la fuente primordial de su espiritualidad pastoral; las actitudes más profundas de Jesús deben ser asumidas por los presbíteros que están llamados a ser signo transparente de Cristo Buen Pastor en medio del mundo. Desde este carácter propio los presbíteros han de asumir la “*metanoia*” permanente, desde este talante han de aprovechar los procesos de acompañamiento que le ofrecen la formación inicial y permanente y desde esta especificidad han de aspirar a la meta última de su santificación.
- En cuanto discípulo misionero, los procesos de conversión personal y pastoral del presbítero encuentran su raíz más profunda en los elementos teológicos que se desprenden de la revelación, particularmente del Nuevo Testamento, de donde se deriva que ser discípulo misionero de Jesús exige establecer una comunión de vida entre maestro y discípulo por la que éste asume una vocación específica, una vida comunitaria donde realizarla y una misión única, cuyo absoluto es el Reino.
- No habrá auténticos procesos de conversión personal y pastoral de los presbíteros, ni de cualquier otro cristiano, sin asumir la centralidad del encuentro con Jesucristo y su índole trinitaria; sólo desde este encuentro la respuesta del presbítero reunirá los tres rasgos que la distinguen como auténtica: su carácter totalizante e integral; su carácter permanente y procesual; y su carácter eclesial.
- La conversión personal y pastoral del presbítero, como la de todo creyente verdadero, ha de pasar por un conocimiento cada vez más profundo del contexto y del mundo vital de Jesús de Nazaret para experimentar una auténtica configuración que le impulse a comprometerse con su misión. Sólo desde esta experiencia podrá asumir su identidad de discípulo misionero que reconoce la relación entre Reino de

Dios y mundo; sólo desde esta vivencia podrá hablar de Dios como testigo y asumirá el proceso gradual de conversión en el seguimiento y configuración con Cristo iniciado en el sacramento del bautismo.

- La conversión personal y pastoral del presbítero pasa por el reconocimiento de que la categoría teológica de la conversión, en relación y complementariedad con otras categorías teológicas, es uno de los hilos conductores de toda la historia de la salvación. También el presbítero, como todo cristiano, ha de comprender y asumir la relación y el proceso de comunicación y comunión entre Dios y el hombre que se muestra en un doble movimiento, distintivo de la conversión evangélica: Dios que llama permanentemente al hombre y el hombre que responde a Dios.

Los procesos de la conversión personal y pastoral de los presbíteros comparten los elementos teológicos y pastorales de los procesos de conversión de los cristianos de ayer y de mañana; encuentran elementos teológicos específicos para impulsar sus propia experiencia de conversión desde su propia identidad de discípulo misionero de Jesús Buen Pastor que es la misma para todo presbítero en todas las épocas y, sin perder la exigencia y dinamismo que se derivan de estos elementos comunes, ha de asumir los elementos propios que se requieren en el tiempo de la Nueva Evangelización que estamos viviendo.

## BIBLIOGRAFIA

- Alonso, J. (2011). *La conversión cristiana. Estudios y perspectiva*. Navarra: Eunsa.
- Alonso, J & Alviar, J. (2011). *Conversión cristiana y evangelización. Estudios y perspectiva*. Navarra: Eunsa.
- Ascenjo, L. (2008). La conversión pastoral: un llamado a vivir en libertad y comunión. *Medellín*, 35 (134), 247-275.
- Asociación Española de Catequetas. (2005). *Comentario al directorio general de catequesis*. Madrid: PPC.
- Augustin. G. (2011). *Llamados a la alegría. El gozo de ser sacerdote*. Santander: Sal Terrae.
- Benedicto XVI. (2007). Carta encíclica En esperanza fuimos salvados. “*Spe Salvi*”. Bogotá: Paulinas.
- \_\_\_\_\_. (2009). *Exhortación Apostólica Sacramento del Amor. “Deus caritas est”*. (3ª Ed.). Bogotá: San Pablo.

Benedicto XVI. (2009). *Carta encíclica La caridad en la verdad. "Caritas in veritate"*. Bogotá: San Pablo.

\_\_\_\_\_. (2010). *Exhortación Apostólica Postsinodal. "Verbum Dómini"*. Bogotá: San Pablo.

Biblia de Jerusalén. (2009). (4ª. Ed.). Bilbao: Desclee de Brouwer.

Borobio, D. (1983). Conversión. En Floristán, C. *Conceptos fundamentales de Pastoral*. (pp. 209-226). Madrid: Cristiandad.

Brighenti, A. (2008). *Para entender el documento de Aparecida*. Bogotá: San Pablo.

Cáceres, Á. (2005). *La conversión cristiana. Elementos bíblicos, magisteriales y teológico-pastorales*. Trabajo de grado para optar al título de teología. Facultad de Teología. Universidad Pontificia Bolivariana. Bogotá, Colombia.

Cadavid, Á. (2012). *La nueva evangelización. Itinerario, identidad y características a partir del Magisterio Episcopal Latinoamericano*. Bogotá: CELAM.

Calvo, R. (2005). *Diccionario del animador de Pastoral*. Burgos: Monte Carmelo.

Cantó, J. (2012). La eucaristía en la vida y misión de la Iglesia. Un estudio de Medellín a Aparecida. *Medellín*, 38 (152), 511-575.

Catelan, A. (2012). A pastoralidade do Concílio: possível hermenéutica. *Medellín*, 38 (152), 483-509.

Concilio Ecueménico Vaticano II. (1993). *Documentos Completos. Constituciones. Decretos. Declaraciones*. Madrid: BAC.

Congregación para el Clero. (1994). *Directorio para el ministerio y la vida de los Presbíteros*. Ciudad del Vaticano: Editrice Vaticana.

\_\_\_\_\_. (1977). *Directorio general para la catequesis*. Ciudad del Vaticano: Editrice Vaticana.

\_\_\_\_\_. (2011). *El sacerdote confesor y director espiritual. Ministro de la misericordia divina*. Bogotá: San Pablo.

Consejo Episcopal Latinoamericano, CELAM. (1976). *Ritual conjunto de los sacramentos, Departamento de Liturgia del Celam*. Bogotá: CELAM.

\_\_\_\_\_. (1994). *Rio de Janeiro. Medellín. Puebla. Santo Domingo. Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano*. (5ª. Ed.). Bogotá: CELAM.

\_\_\_\_\_. (2004). *Globalización y la nueva evangelización en América Latina y el Caribe. Reflexiones del CELAM 1999-2003*. Bogotá: CELAM.

Consejo Episcopal Latinoamericano, CELAM. (2005). *Documento de participación para la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano*. Bogotá: CELAM.

\_\_\_\_\_. (2007). *Aparecida. Documento Conclusivo. V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe*. México: CEM.

\_\_\_\_\_. (2008). *La Misión continental para una Iglesia misionera*. Bogotá: CELAM.

\_\_\_\_\_. (2011). *Síntesis de los aportes recibidos para la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano*. Bogotá: CELAM.

\_\_\_\_\_. (2011). *Evangelios de la Biblia de la Iglesia en América. Los cuatro evangelios*. Bogotá: CELAM.

\_\_\_\_\_. (2012). *Hacia una Nueva Evangelización. Aportes desde América Latina y el Caribe*. Bogotá: CELAM.

Departamento de vocaciones y ministerios. DEVYM. (2003). *¡Reaviva el don de Dios!. La formación permanente de los presbíteros en América Latina y el Caribe*. Bogotá: CELAM.

\_\_\_\_\_. (2005). *La formación sacerdotal. Documentos Eclesiales 1965-2000. (3ª. Ed.)*. Bogotá: CELAM.

Diócesis de Querétaro. (2010). *Plan diocesano de pastoral. Tercer Etapa 2010-2016. Yo soy el Buen Pastor, el Buen Pastor da la vida por sus ovejas*. Querétaro: Diócesis.

Domingos, A. (2008). *Formación inicial y permanente*. Bogotá: CELAM.

Espeja, J. (2001). *Jesucristo. La invención del diálogo*. Navarra: Verbo Divino.

\_\_\_\_\_.(2008). La conversión pastoral como cambio de paradigmas, métodos y lenguajes. *Medellín*, 34 (134). 272-308.

\_\_\_\_\_. (2012). *A los 50 años del Concilio. Camino abierto para el siglo XXI*. Madrid: San Pablo.

Esquerda, J. (1998). *Diccionario de la evangelización*. Madrid: BAC.

\_\_\_\_\_. (2002). *Signos del buen pastor. Espiritualidad y misión sacerdotal*. Bogotá: CELAM.

Fernández, V. (2007). Claves de interpretación y aplicación del documento de Aparecida. *Medellín*, 38 (131), 363-375.

Fernández, V. (2007). La identidad espiritual del presbítero. En Secretaría general del Celam. *El presbítero, discípulo y misionero de Jesucristo, en América Latina y El Caribe* (pp. 65-157). Bogotá: CELAM.

\_\_\_\_\_. (2010). *Conversión pastoral y nuevas estructuras: ¿Lo tomamos en serio?*. Buenos Aires: Ágape.

Floristán, C. (1976). El Ritual de iniciación cristiana de adultos, en *Phase*, 94, 259-267.

\_\_\_\_\_. (2002). *Nuevo diccionario de Pastoral*. Madrid: San Pablo.

Fundación Amerindia (2009). *La misión continental en cuestión. Aportes a la luz de Aparecida*. Bogotá: San Pablo.

Galilea, A. (1994). *El camino de la espiritualidad*. Bogotá: Paulinas.

Galli, C. (2012). Novedades de la nueva evangelización en y desde la Iglesia de América Latina y el Caribe. Aportes al Sínodo de 2012, del Concilio Vaticano II a Aparecida. *Medellín*, 38 (150), 147-206.

García, J. (2013). Spiritualità e nuova evangelizzazione. *Salesianum*, 75, 125-148.

Gasperin, M. (2000). *La Pastoral bíblica en la pastoral de conjunto*. México: CEPB.

Gasperin, M. (2003). *La gloria de Dios es que el hombre viva. Cartas pastorales y otros Escritos*. Querétaro: Diócesis de Querétaro.

\_\_\_\_\_. (2008). *XI Carta pastoral. La conversión pastoral*. Querétaro: Diócesis.

Giblet, J.& Grelot, P. (2002). Penitencia y conversión. En León, X. *Vocabulario de Teología Bíblica*. (pp. 672-679 Barcelona: Herder. (672-679).

Guerra, A. (1988). Conversión. En Floristán, C. *Diccionario abreviado de pastoral*. (pp. 111-112).Navarra: Verbo Divino.

Herráez, F. (1993). Conversión. En Floristán, C. *Conceptos fundamentales del cristianismo*. (pp. 239-256).Madrid: Trotta.

Hummes, C. (2008). Los presbíteros discípulos misioneros. En Secretaría General del Celam. *Testigos de Aparecida. V. II*. (pp. 223-241). Bogotá: CELAM.

Iribarren, J. Gutiérrez, J. (1993). *Once grandes mensajes*. Madrid: BAC.

Juan Pablo II. (1979). *Exhortación Apostólica. "Catechesi Tradendae"*. Bogotá: Paulinas.

\_\_\_\_\_. (1992). *Exhortación apostólica. "Pastores Davo Vobis"*. Bogotá: Paulinas.

Juan Pablo II. (2000). *Carta Encíclica. "Redemptoris Missio"*. Bogotá: Paulinas.

\_\_\_\_\_. (2001) *Carta Apostólica. "Novo Milenium Ineunte"*. Bogotá: Paulinas.

\_\_\_\_\_. (2003). *Exhortación Apostólica Postsinodal. "Ecclesia in América"*. Bogotá: Paulinas.

León, X (1982). *Vocabulario de Teología Bíblica*. Barcelona: Herder.

Libanio, J. (2008). Conversáo pastoral e estruturas eclesiais. *Medellín*, 34 (134), 309-327.

López, H. (2012). *Sacerdocio y burnout. El desgaste en la vida sacerdotal*. Bogotá: San Pablo.

Maturkanic, P. (2011). Santità nella vita del sacerdote nel contesto del Concilio Vaticano II. *Angelicum*, 88 (1), 163-172.

Melguizo, G. (2007). *¿Vale la pena ser sacerdote hoy?. Pastoral de pastores*. Bogotá: CELAM.

\_\_\_\_\_. (2008). *Los presbíteros: discípulos misioneros de Jesús buen Pastor*. Bogotá, CELAM.

Melguizo, G. (2010). *Perfil del Presbítero hoy. A la luz de Aparecida*. Bogotá: CELAM.

Merlos, F. (2002). *Pastoral del futuro. Tensiones y esperanzas*. (2ª. Ed.). México: Palabra.

\_\_\_\_\_. (2003). Lectura teológica del RICA, en *Medellín*, 114, 279-290.

\_\_\_\_\_. (2009). La misión como conversión pastoral. En Fundación Amerindia. *La misión en cuestión. Aportes a la luz de Aparecida*. Bogotá: San Pablo.

Mongillo, D. (1982). Conversión. En Pacomio, L. *Diccionario teológico interdisciplinar II*. (pp. 121-139). Salamanca: Sígueme.

Montero, D. (2001). Conversión. En Fernández, F. *Diccionario de Jesús de Nazaret*. (pp. 216-226). Burgos: Monte Carmelo.

Moronta, M. (2012). *La conversión pastoral*. Bogotá: San Pablo.

Musoni, A. (2013). La testimonianza dell'unità, chiave della nuova evangelizzazione. *Salesianum*, 75, 105-123.

Nolan, A. (2007). *Jesús, hoy. Una espiritualidad de libertad radical*. Santander: Sal Terrae.

Oñoro, F. (2002). Elementos característicos de la pedagogía de Jesús en el Evangelio de Lucas. *Medellín*, 38(110), 5-50.

Ortíz, L. (2006). *La formación sacerdotal a la luz del discipulado*. Bogotá: CELAM.

\_\_\_\_\_. (2010). *Claves para su lectura. A la luz de Aparecida*. Bogotá: CELAM.

Pablo VI. (1997). *Carta Encíclica. Por la Divina Providencia. "Ecclesiam suam"*. En Iribarren, J. Gutiérrez, J. *Once grandes mensajes*. BAC: Madrid.

\_\_\_\_\_. (2012). *Exhortación Apostólica. Anuncio del evangelio hoy. "Evangelii Nuntiandi"*. Bogotá: Paulinas.

Pagola, J. (2012). *Jesús. Aproximación histórica*. (3ª. Ed.) Buenos Aires: Claretiana.

Parra, A. (2012). Vaticano II: Concilio moderno y post-concilio post-moderno. *Medellín*, 38 (152), 451-468.

Pontificia Comisión Bíblica. (2011). *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*. Bogotá: Verbo Divino.

Precht, C. (2002). *Pastores al estilo de Jesús*. Bogotá: CELAM.

- Precht, C. (2003). *El privilegio de anunciar el Evangelio*. Bogotá: CELAM.
- Ramírez, A. (2012). Redescubrir el camino de la fe en los cincuenta años de la inauguración del Concilio. *Medellín*, 38 (152), 469- 482.
- Ratzinger, J. (2005). *La Iglesia. Una comunidad siempre en camino*. Bogotá: Paulinas.
- Rodríguez, A. (2012). La nuova evangelizzazione dello scenario político. *Annales Theologici*, 26 (2), 359-368.
- Rodríguez, J. (2004). *Vocación pastoral de la diócesis contemporánea. Tareas impostergables*. México: Palabra.
- Rodríguez, O. (2008). Una conversión pastoral: el Desafío. En Secretaría General del Celam. *Testigos de Aparecida. V. I.* (pp. 411-425). Bogotá: CELAM.
- Schlag, M. (2012). La nuova evangelizzazione nello scenario económico. *Annales Theologici*, 26 (2), 419-435.
- Serrano, F. (2012). Vaticano II: Herencia y Desafíos. *Medellín*, 38 (151), 357-390.
- Silva, C. (2008). *Vocación: don, identidad y misión*. Montevideo: Don Bosco.

Silva, S. (2007). La palabra de Dios en la V Conferencia de Aparecida. *Medellín*, 38 (131) 377-415.

\_\_\_\_\_. (2012). *Misión continental y nueva evangelización: Aportes y propuestas*. Bogotá: CELAM.

Sínodo de los Obispos, XIII Asamblea General Ordinaria. (2011). *La Nueva Evangelización para la transmisión de la fe cristiana. "Lineamenta"*. Editrice Vaticana: Ciudad del Vaticano.

\_\_\_\_\_. (2012). *La Nueva Evangelización para la transmisión de la fe cristiana. "Instrumentum Laboris"*. Bogotá: Paulinas.

Suess, P. (2008). *Diccionario de Aparecida. 40 palabras clave para una lectura pastoral del documento de Aparecida*. Bogotá: San Pablo.

Tanzella, G. (2012). Nuova evangelizzazione e cultura científica. *Annales Theologici*, 26 (2), 345-358.

Torres, A. (2012). Vaticano II-50 años. *Medellín*, 38 (152), 449-450.

Valadez, S. (2003). *Espiritualidad pastoral. ¿Cómo superar un pastoral "sin alma"?* Bogotá: Paulinas.

Valadez, S. (2008), La conversión en la praxis pastoral, personal y comunitaria. *Medellín*, 35 (134), 331-348.

Vela, J. (2010). *Evangelizar de nuevo el kerigma cristiano en un mundo roto*. Bogotá: JAVEGRAF.

Vélez. O. (2008). *El Método Teológico. Fundamentos, Especializaciones. Enfoques*. Bogotá: PUJ.